PATRICK MODIANO

NOBEL 2014

Villa Triste

Principios de los años sesenta. Un joven de dieciocho años, bajo la identidad de conde Victor Chmara, se oculta del horror de la guerra franco-argelina en una ciudad de provincias. Chmara conoce a Yvonne, una joven actriz con la que iniciará una historia de amor, y a su mano derecha, René Meinthe, un médico homosexual. Y con ellos Victor se introduce en ese círculo de gente mundana que se reúne en la estación termal y que vive de espaldas a la Francia poscolonial de los años sesenta… Pero las cosas no son lo que parecen. Descubrimos que la mirada del narrador salta entre el presente y un pasado idealizado por la memoria. Y cuando el presente desvela unas cuantas verdades sorprendentes sobre Yvonne y René Meinthe, el relato de aquel amor de verano es una oda a la belleza de la juventud, pero también la crónica de una sociedad que no se hace cargo de su historia reciente. «Podríamos aplicarle la frase de William Faulkner, a quien no dejaban de preguntar sobre su obsesión por las historias de violencia y locura, repetidas de ficción en ficción: “Agoto un sueño”» (Claude Casteran, *El País*).

Patrick Modiano

Villa Triste

ePub r1.1
mandius 24.09.15

Título original: *Villa Triste*
Patrick Modiano, 1975
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia

Editor digital: mandius
ePub base r1.2

Para Rudy
Para Dominique
Para Zina

¿Y tú quién eres, veedor de sombras?

DYLAN
THOMAS

Capítulo I

Han derribado el Hotel de Verdun. Era un edificio curioso, enfrente de la estación, con una veranda alrededor cuya madera estaba pudriéndose. Dormían en él, entre dos trenes, viajantes de comercio. Tenía fama de ser un hotel de citas. El café de al lado, en forma de rotonda, ha desaparecido también. ¿Se llamaba Café des Cadrans o Café de
l'Avenir
? Entre la estación y las zonas de césped de la plaza de Albert-I^{er} ahora hay un hueco grande.

La calle Royale, en cambio, está igual, pero como estamos en invierno y ya es tarde, según va uno por ella parece que está cruzando una ciudad muerta. Escaparates de la librería Chez Clément Marot, de la joyería de Horowitz, *Deauville, Genève, Le Touquet*, y de la pastelería inglesa Fidel-Berger… Más allá, la peluquería René Pigault. Escaparates de Henry à la Pensée. La mayor parte de estas tiendas de lujo están cerradas fuera de temporada. Al entrar en los soportales, se ve el resplandor, al final y a la izquierda, del letrero de neón rojo y verde del Cintra. En la acera de enfrente, en la esquina de la calle Royale con la plaza de Le Pâquier, La Taverne, donde acudía la juventud en verano. ¿Sigue teniendo hoy en día esos mismos parroquianos?

No queda ya nada del café grande, de sus arañas, de sus espejos ni de las mesas con sombrilla que llegaban hasta la calzada. A eso de las ocho de la tarde, había idas y venidas entre las mesas, se formaban grupos. Carcajadas. Cabelleras rubias. Tintineo de vasos. Sombreros de paja. De vez en cuando, un albornoz playero añadía una nota abigarrada de color. Todo el mundo se estaba preparando para las festividades nocturnas.

Allá, a la derecha, el Casino, un edificio blanco y macizo; sólo abre de junio a septiembre. En invierno, la burguesía local juega al bridge dos veces por semana en el salón de bacará, y en el *grill-room* se reúne el Rotary Club provincial. Detrás, el parque de Albigny baja, en una pendiente muy suave, hasta el lago, que tiene sauces llorones, un quiosco de música y un embarcadero donde se coge el barco vetusto que va y viene entre las poblaciones pequeñas que hay a sus orillas: Veyrier, Chavoires, Saint-Jorioz,
Éden-Roc
, Port-Lusatz… Demasiadas enumeraciones. Pero es menester canturrear incansablemente algunas palabras con música de nana.

Se toma la avenida de Albigny, flanqueada de plátanos. Corre por la orilla del lago y, cuando dobla a la derecha, puede verse una portalada de madera blanca: la entrada del Sporting. A ambos lados de un paseo de grava, varias canchas de tenis. Luego, basta con cerrar los ojos para recordar la larga fila de cabinas y la playa de arena que tiene una extensión aproximada de trescientos metros. En segundo plano, un jardín inglés rodea el bar y el restaurante del Sporting, que ocupan un antiguo invernadero de naranjos. El conjunto constituye una península que pertenecía allá por 1900 al fabricante de automóviles Gordon-Gramme.

A la altura del Sporting, del otro lado de la avenida de Albigny, empieza el bulevar Carabacel. Sube, haciendo eses, hasta los hoteles
L'Hermitage
, Windsor y Alhambra, pero también se puede coger el funicular. En verano funciona hasta las doce de la noche y hay que esperarlo en una estacioncita que, desde fuera, parece un chalet. Aquí hay una vegetación variopinta y ya no sabe uno si está en los Alpes, a la orilla del Mediterráneo o, incluso, en los trópicos. Pinos piñoneros. Mimosas. Abetos. Palmeras. Yendo por el bulevar que recorre la ladera de la colina, puede contemplarse la vista panorámica: todo el lago, la cadena del Aravis y, en la otra orilla del agua, ese país escurridizo que llaman Suiza.

En
L'Hermitage
y en el Windsor no hay ya más que pisos amueblados. Pero a nadie se le ocurrió suprimir la puerta giratoria del Windsor ni la cristalera que servía de prolongación al vestíbulo de

L’Hermitage
. Recuerden que estaba cubierta de buganvillas. El Windsor era de la década de 1910 y la fachada blanca tenía la misma apariencia de tarta de merengue que las del Ruhl y del Negresco en Niza.
L’Hermitage
, en tono ocre, era más sobrio y más majestuoso. Se parecía al Hotel Royal de Deauville. Sí, como si fuera su hermano gemelo. ¿De verdad que los han convertido en pisos? Ni una luz en las ventanas. Sería necesario tener el valor de cruzar por esos vestíbulos oscuros y subir las escaleras. Y entonces es posible que nos diéramos cuenta de que nadie vive en ellos.

Del Alhambra no queda piedra sobre piedra, en cambio. Ni rastro de los jardines que lo rodeaban. Seguramente van a construir un hotel moderno en el solar. Esforcemos un poco la memoria: en verano, los jardines de
L’Hermitage
, del Windsor y del Alhambra tenían mucho que ver con la imagen que podemos hacernos del Paraíso Perdido o de la Tierra Prometida. Pero ¿en cuál de los tres estaba aquel gigantesco parterre de dalias y aquella balaustrada en donde se acodaba uno para contemplar, allá abajo, el lago? Qué más da. Está visto que fuimos los últimos testigos de un mundo.

Es muy tarde y es invierno. Apenas si se divisan, en la otra orilla del lago, las luces húmedas de Suiza. De la vegetación lujuriante de Carabacel apenas si quedan unos pocos árboles muertos y unos macizos encanijados. Las fachadas del Windsor y de
L’Hermitage
están oscuras y parecen calcinadas. La ciudad ha perdido su barniz cosmopolita y veraniego. Se ha encogido hasta quedarse en las dimensiones de una capital de provincias. Una ciudad pequeña agazapada en lo hondo del mundo provinciano francés. El notario y el subprefecto están jugando al bridge en el Casino cerrado. Y también la señora Pigault, la encargada de la peluquería, una cuarentona rubia que se perfuma con Shocking. A su lado, Fournier hijo, cuya familia tiene tres fábricas textiles en Faverges, y Servoz, de los laboratorios farmacéuticos de Chambéry, que juega estupendamente al golf. Por lo visto, la señora Servoz, tan morena como rubia es la señora Pigault, anda siempre al volante de un BMW, entre Ginebra y su villa de Chavoires; y le gustan mucho los chicos jóvenes. Se la ve mucho con Pimpin Lavorel. Y podríamos dar otros mil detalles, no menos insípidos, no menos deprimentes acerca de la vida cotidiana de esta ciudad pequeña, porque, desde luego, ni las cosas ni las personas han cambiado en doce años.

Los cafés están cerrados. Una luz sonrosada se cuela por la puerta del Cintra. ¿Quieren que entremos para comprobar si los paneles de caoba de las paredes siguen siendo los mismos y si está en su sitio, a la izquierda de la barra, la lámpara de pantalla escocesa? No han quitado las fotos de Émile Allais, tomadas en Engelberg cuando fue campeón mundial. Ni las de James Couttet. Ni la foto de Daniel Hendrickx. Están en fila encima de las hileras de botellas de licor. Se han puesto amarillas, claro. Y, en la media penumbra, el único cliente, un hombre congestionado que lleva una chaqueta de cuadros, le mete mano distraídamente a la camarera, que era de una belleza ácida al principios de los sesenta, pero se ha puesto fondona.

Oye uno los ruidos de los propios pasos por la calle de Sommeiller, desierta. A la izquierda, el cine Le Régent sigue idéntico a sí mismo: enfoscado en naranja, y pone Le Régent en letra inglesa de color granate. Pero habrán tenido que modernizar la sala, que cambiar los sillones de madera y las fotos Harcourt, los retratos de estrellas que adornaban el vestíbulo. La plaza de La Gare es el único sitio de la ciudad en donde brillan algunas luces y en donde reina aún cierta animación. El expreso de París pasa a las doce y seis minutos de la noche. Los soldados del cuartel Berthollet que se van de permiso llegan en grupitos bullangueros, cargados con la maleta metálica o de cartón. Hay quienes cantan *El abeto*: debe de ser porque se acerca la Navidad. Se concentran, pegados unos a otros, en el andén 2 y se dan palmadas en la espalda. Es como si se fueran al frente. Entre todos esos capotes militares, un traje de paisano de color beige. Al hombre que lo viste no parece afectarlo el frío: lleva al cuello una bufanda de seda verde, que aferra con mano nerviosa. Va de grupo en grupo, gira la cabeza a derecha e izquierda con expresión demudada, como si buscase un rostro entre aquel barullo. Acaba incluso de preguntarle a un soldado, pero éste y sus dos acompañantes lo miran de arriba abajo con cara socarrona. Otros de los que se van de permiso se vuelven y silban cuando pasa. Él hace como si no lo notara y mordisquea una boquilla. Ahora se ha apartado con un cazador alpino joven y muy rubio. Éste parece apurado y lanza de vez en cuando ojeadas furtivas a sus compañeros. El otro se le apoya en el hombro y le cuchichea algo al oído. El cazador alpino joven intenta soltarse. Entonces le mete a hurtadillas en el bolsillo del abrigo un sobre, lo mira sin decir nada y, como está empezando a nevar, se alza el cuello de la chaqueta.

El hombre se llama René Meinthe. Se lleva de pronto la mano izquierda a la frente y allí la deja,

haciendo visera, ademán habitual en él hace doce años. Qué viejo está…

El tren entra en la estación. Los soldados lo toman por asalto, se empujan en los pasillos, bajan los cristales de las ventanillas, se dan las maletas. Algunos cantan: *No es más que un «hasta luego», no es más que un simple adiós…*, pero la mayoría prefiere berrear *Qué verdes son, qué verdes son las hojas del abeto*… Nieva más. Meinthe está a pie firme, inmóvil, haciendo visera con la mano. El rubito lo mira desde detrás del cristal de la ventanilla con una sonrisa un tanto perversa en las comisuras de la boca. Soba la boina de cazador alpino. Meinthe le hace una seña. Los vagones pasan, llevándose los racimos de soldados que cantan y mueven los brazos.

Ha hundido las manos en los bolsillos y se encamina a la cantina de la estación. Los dos camareros están ordenando las mesas y barriendo la parte que tienen alrededor con ademanes amplios y desganados. En la barra, un hombre con gabardina recoge los últimos vasos. Meinthe pide un coñac. El hombre le contesta en tono seco que ya van a cerrar. Meinthe vuelve a pedirle un coñac.

–Aquí –contesta el hombre, arrastrando las sílabas–, aquí no servimos a los maricones.

Y los otros dos, a su espalda, se echan a reír. Meinthe no se mueve, mira fijamente ante sí, con expresión de agotamiento. Uno de los camareros apaga los apliques de la pared de la izquierda. Ya sólo queda una zona de luz amarillenta en torno a la barra. Están esperando, con los brazos cruzados. ¿Le partirán la cara? Pero ¿quién sabe? A lo mejor Meinthe pega un golpe con la mano abierta en la barra mugrienta y les espeta: «¡Soy la reina Astrid, la REINA DE LOS BELGAS!», arqueando la cintura y con risa insolente, como antaño.

Capítulo II

¿Qué hacía yo a los dieciocho años a orillas de este lago, en esta conocida ciudad termal? Nada. Vivía en una pensión familiar, Les Tilleuls, en el bulevar de Carabacel. Habría podido alquilar una habitación en el centro, pero prefería estar en las alturas, a dos pasos del Windsor, de
L'Hermitage
y del Alhambra, cuyo lujo y cuyos jardines frondosos me tranquilizaban.

Porque me moría de miedo, una sensación que no se me ha pasado desde entonces: era mucho más aguda y más irrazonable en aquellos tiempos. Había salido huyendo de París con la idea de que aquella ciudad se estaba volviendo peligrosa para las personas como yo. Imperaba en ella un ambiente policial desagradable. Muchas redadas, demasiadas para mi gusto. Estallaban bombas. Me gustaría aportar alguna especificación cronológica y, puesto que los mejores puntos de referencia son las guerras, ¿qué guerra era, de hecho? Esa que se llamaba de Argelia, en los primeros años de la década de 1960, aquella época en que se circulaba en Florides descapotables y las mujeres se vestían mal. Los hombres también. Yo tenía miedo, todavía más miedo que ahora, y había escogido aquel lugar para refugiarme porque estaba a cinco kilómetros de Suiza. A la menor alarma, bastaba con cruzar el lago. En mi ingenuidad creía que cuanto más cerca estás de Suiza, más probabilidades tienes de salir con bien. Aún no sabía que Suiza no existe.

La «temporada» había empezado el 15 de junio. Ahora vendrían galas y fiestas, una tras otra. Cena de «los embajadores» en el Casino. Recital de Georges Ulmer. Tres representaciones de *Écoutez bien Messieurs*. Castillo de fuegos artificiales en el campo de golf de Chavoires el 14 de julio. El ballet del marqués de Cuevas y más cosas que me volverían a la memoria si tuviera a mano el programa que editaba la oficina de turismo. No lo he tirado y estoy seguro de que lo encontraría entre las páginas de alguno de los libros que estaba leyendo el año aquel. ¿Cuál? Hacía un tiempo «espléndido» y los asiduos del lugar preveían que el sol iba a durar hasta octubre.

Iba a bañarme muy pocas veces. Solía pasar el día en el vestíbulo y en los jardines del Windsor y acababa por convencerme de que al menos allí no corría riesgo alguno. Cuando me entraba el pánico –una flor que abría los pétalos despacio algo más arriba del ombligo– miraba lo que tenía enfrente, en la otra orilla del lago. Desde los jardines del Windsor se veía un pueblo. A cinco kilómetros apenas en línea recta. Era un distancia que se podía atravesar a nado. Por la noche, con una lanchita de motor, se tardarían unos veinte minutos. Pues claro. Intentaba calmarme recalcando las sílabas: «De noche, con una lanchita de motor…» Me notaba mejor y seguía con la novela que estaba leyendo, o con una revista inofensiva (me había prohibido a mí mismo leer los diarios u oír las noticias de la radio. Cada vez que iba al cine, tenía buen cuidado de llegar después del noticiario). No, ante todo no saber nada del mundo. No empeorar ese miedo, esa sensación de catástrofe inminente. No interesarse sino por las cosas anodinas: la moda, la literatura, el cine, las revistas musicales. Echarse en las amplias tumbonas, cerrar los ojos, relajarse, sobre todo relajarse. Olvidar. ¿Verdad que sí?

A media tarde, bajaba al centro. En la avenida de Albigny me sentaba en un banco y miraba el bullicio del lago, las idas y venidas de los veleros pequeños y los patines. Resultaba reconfortante. Por encima de la cabeza, me protegían las frondas de los plátanos. Seguía andando con pasos lentos y cargados de precaución. En la plaza de Le Pâquier, escogía siempre una mesa en la parte trasera de la terraza de La Taverne y pedía siempre un Campari con soda. Y miraba a toda aquella juventud que me rodeaba y a la que, por lo demás, pertenecía. Iba llegando cada vez más gente joven según iba avanzando la hora. Oigo aún sus risas, me acuerdo de los mechones caídos encima de los ojos. Las chicas llevaban pantalones pirata y pantalones cortos de vichy. Los chicos no le hacían ascos a la chaqueta blazer con escudo y al fular metido por el cuello de la camisa. Llevaban el pelo corto, con ese corte que llamaban «Rond-Point». Organizaban guateques. Las chicas irían con vestidos entallados y de mucho vuelo y bailarinas. Juventud formal y romántica a la que iban a mandar a Argelia. A mí no.

A las ocho, me iba a cenar a Les Tilleuls. A aquella pensión familiar, cuyo aspecto externo recordaba, según mi punto de vista, al de un pabellón de caza, iban todos los años alrededor de diez clientes

habituales. Todos pasaban de los sesenta y, al principio, los irritaba mi presencia. Pero yo me mostraba muy discreto. Haciendo gala de gran economía de gestos, de una mirada voluntariamente apagada y de un rostro petrificado –parpadeaba lo menos posible–, me esforzaba por no agravar una situación ya precaria en sí. Se percataron de mi buena voluntad y creo que acabaron por mirarme con ojos más benévolos.

Servían las comidas en un comedor de estilo saboyano. Habría podido trabar conversación con los comensales que me caían más cerca, un matrimonio mayor y muy pulcro que venía de París; pero, por determinadas alusiones, me pareció entender que el marido era un inspector de policía retirado. Los demás también cenaban por parejas, salvo un señor de bigotes finos y cara de perro de aguas que daba la impresión de que lo habían dejado abandonado allí. Entre el barullo de las conversaciones, lo oía soltar, de vez en cuando, hipidos breves que parecían ladridos. Los huéspedes pasaban al salón y se sentaban, suspirando, en los sillones con fundas de cretona. La señora Buffaz, la dueña de Les Tilleuls, les servía una infusión o alguna copita de un licor digestivo. Las mujeres charlaban entre sí. Los hombres empezaban una partida de canasta. El señor con pinta de perro seguía la partida sentado aparte, tras haber encendido un puro melancólicamente.

Y yo me habría quedado muy a gusto con ellos, bajo la luz suave y apaciguadora de las lámparas con pantalla de seda rosa salmón, pero habría tenido que hablar o que jugar a la canasta. ¿Es posible que hubieran tolerado que me quedase, sin decir nada, mirándolos? Me bajaba otra vez el centro. A las nueve y cuarto en punto –nada más acabar el noticiario–, me metía en el cine Le Régent o me decidía por el cine del Casino, más elegante y más cómodo. He encontrado un programa de Le Régent que data de por entonces:

CINE LE RÉGENT

Del 15 al 23 de junio:
Tendre et violente Elisabeth de H. Decoin.
Del 24 al 30 de junio:
dernière à Marienbad
L'Année
de A. Resnais.
Del 1 al 8 de julio:
R.P.Z. appelle Berlin de R. Habib.
Del 9 al 16 de julio:
Le Testament
d'Orphée
de J. Cocteau.
Del 17 al 24 de julio:
Le Capitaine Fracasse de P. Gaspard-Huit.
Del 25 de julio al 2 de agosto:
Qui, M. Sorge
êtes-vous
? de Y. Ciampi.
Del 3 al 10 de agosto:
La Nuit de M. Antonioni.
Del 11 al 18 de agosto:
Le Monde de Suzie Wong.
Del 19 al 26 de agosto:
Le Cercle vicieux de M. Pecas.
Del 27 de agosto al 3 de septiembre:
Le Bois des amants de C. Autant-Lara.

Me gustaría mucho volver a ver unas cuantas imágenes de esas películas antiguas.

Después del cine, me iba a tomarme otro Campari en La Taverne. Ya no quedaba gente joven. Las doce. Debían de estar bailando en algún sitio. Me fijaba en todas aquellas sillas, en aquellas mesas vacías y en los camareros, que estaban recogiendo las sombrillas. Miraba fijamente el surtidor alto y luminoso del otro lado de la plaza, delante de la puerta del Casino. Cambiaba continuamente de color. Me entretenía contando cuántas veces se ponía verde. Una forma de pasar el tiempo como otra cualquiera, ¿verdad? Una vez, dos veces, tres veces. Cuando llegaba a 53, me levantaba, pero, la mayor parte de las veces, ni siquiera me molestaba en jugar a aquel juego. Pensaba en cosas inconcretas mientras bebía mecánicamente, a traguitos. ¿Se acuerdan de Lisboa durante la guerra? Todos aquellos individuos desplomados en los bares y en el vestíbulo del Hotel Aviz, con sus maletas y sus baúles, esperando un transatlántico que no iba a llegar. Bueno, pues me daba la impresión de ser, veinte años después, uno de aquellos individuos.

Las pocas veces en que llevaba el traje de franela y la única corbata que tenía (una corbata azul oscuro salpicada de flores de lis que me había regalado un americano y que llevaba cosidas al forro las palabras:

«International Bar Fly»; me enteré más adelante de que era una sociedad secreta de alcohólicos. Merced a esa corbata podían reconocerse y hacerse mutuamente pequeños favores), me metía a veces en el Casino y me quedaba unos cuantos minutos en el umbral del Brummel, mirando bailar a la gente. Eran personas de entre treinta y sesenta años y a veces llamaba la atención alguna chica más joven en compañía de algún quincuagenario esbelto. Una clientela internacional bastante «fina» y que ondulaba al ritmo de éxitos italianos o de calipsos, el baile ese jamaicano. Subía, luego, a la sala de juego. Había con frecuencia quienes jugaban elevadas cantidades y copaban la banca. Los jugadores más opulentos venían de la cercana Suiza. Me acuerdo de un egipcio muy tieso, un pelirrojo de pelo lustroso y ojos de gacela, que se acariciaba pensativamente con el índice el bigote de mayor inglés. Jugaba con fichas de cinco millones y decían que era primo del rey Faruk.

Salir de nuevo al aire libre me suponía un alivio. Volvía despacio hacia Carabacel por la avenida de Albigny. No he vuelto a ver noches tan hermosas, tan límpidas como las de entonces. Las luces de las villas de las orillas del lago deslumbraban la vista con su resplandor, en el que yo notaba un algo musical, un solo de saxofón o de trompeta. Me llegaba también, muy leve, inmaterial, el rumor de los plátanos de la avenida. Esperaba el último funicular sentado en el banco de hierro del chalet. La sala de espera no tenía más luz que la de una lamparilla y me deslizaba, con una sensación de confianza total, dentro de aquella penumbra violácea. ¿Qué podía temer? El ruido de las guerras, el estrépito del mundo tendrían que atravesar, para llegar hasta aquel oasis de vacaciones, un muro de algodón. ¿Y a quién se le iba a ocurrir venir a buscarme entre estos veraneantes tan distinguidos?

Me bajaba en la primera estación: Saint-Charles-Carabacel y el funicular seguía subiendo, vacío. Parecía una luciérnaga grande.

Cruzaba por el pasillo de Les Tilleuls de puntillas, tras haberme quitado los mocasines, porque los viejos tienen el sueño ligero.

Capítulo III

Estaba sentada en el vestíbulo de
L'Hermitage
, en uno de los sofás grandes del fondo y no le quitaba ojo a la puerta giratoria, como si estuviese esperando a alguien. Yo estaba en un sillón, a dos o tres metros de ella, y la veía de perfil.

Pelo caoba. Vestido de shantung verde. Y esos zapatos con tacones de aguja que llevaban las mujeres. Blancos.

Tenía un perro tendido a los pies. A ratos bostezaba y se desperezaba. Un dogo alemán gigantesco y linfático, con manchas negras y blancas. Verde, castaño rojizo, blanco, negro. Aquella combinación de colores me causaba algo así como un entumecimiento. ¿Cómo me las ingenié para acabar en el sofá, a su lado? ¿Quizá se me acercó el dogo, para olisquearme, con sus andares perezosos, y me hizo las veces de alcahuete?

Me fijé en que tenía los ojos verdes y unas pecas muy pálidas y en que tenía algunos años más que yo.

Aquella mañana nos paseamos por los jardines del hotel. El perro abría la marcha. Íbamos por un paseo que discurría bajo una bóveda de clemátides con grandes flores en malva y azul. Yo apartaba las frondas en racimo de los cítisos; caminábamos a lo largo de praderas de césped y de matas de aligustre. Había –si no recuerdo mal– plantas de roca de tonos escarchados, espinos albares de color de rosa, unas escaleras que flanqueaban jardineras vacías en forma de copa. Y el gigantesco parterre de dalias amarillas, rojas y blancas. Nos asomamos a la balaustrada y miramos el lago, allá abajo.

Nunca he podido saber con exactitud qué pensó de mí en aquel primer encuentro. A lo mejor me tomó por un hijo de familia millonario que se aburría. Lo que le hizo gracia, en cualquier caso, fue el monóculo que llevaba en el ojo derecho para leer, no por hacerme el dandy ni el afectado, sino porque veía mucho peor con ese ojo que con el otro.

No hablamos. Oigo el murmullo del chorro de un aspersor, que da vueltas en el centro de la pradera de césped más próxima. Alguien baja por las escaleras y se nos acerca, un hombre cuyo traje amarillo pálido he vislumbrado de lejos. Nos hace una seña con la mano. Lleva gafas de sol y se seca el sudor de la frente. Ella me lo presenta como René Meinthe. Él la corrige en el acto: «Doctor Meinthe», recalcando las dos sílabas de la palabra doctor. Con una sonrisa que parece una mueca. Ahora me toca presentarme a mí: Victor Chmara. Es el nombre que he escogido para rellenar la ficha de huésped en Les Tilleuls.

–¿Es usted un amigo de Yvonne?

Ella le contesta que acaba de conocerme en el vestíbulo de
L'Hermitage
y que uso monóculo para leer. Está visto que le hace mucha gracia. Me pide por favor que me ponga el monóculo para que lo vea el doctor Meinthe. Obedezco. «Muy bien», dice Meinthe, asintiendo con la cabeza con expresión pensativa.

Se llamaba Yvonne, pues. Pero ¿y el apellido? Se me ha olvidado. Así que basta con doce años para que se nos olviden los datos de las personas que han tenido importancia en nuestras vidas. Era un apellido afable, muy francés, algo así como: Coudreuse, Jacquet, Lebon, Mouraille, Vincent, Gerbault…

René Meinthe, a primera vista, era mayor que nosotros. Rondaba los treinta años, era de estatura media, tenía la cara redonda y nerviosa y el pelo rubio, peinado hacia atrás.

Volvimos al hotel cruzando por una parte del jardín que yo no conocía. Los paseos de grava eran rectilíneos, las praderas de césped simétricas y segadas a la inglesa. Alrededor de todas ellas llameaban platabandas de begonias o de geranios. Y, continuamente, el suave, el tranquilizador murmullo de los chorros de agua que regaban el césped. Me acordé del parque de Les Tuileries de mi infancia. Meinthe nos

propuso que fuéramos a tomar algo y que almorzásemos luego en el Sporting.

Mi presencia les parecía de lo más natural y habría podido jurarse que nos conocíamos de toda la vida. Yvonne me sonreía. Hablábamos de cosas insignificantes. No me hacían preguntas, pero el perro me apoyaba la cabeza en la rodilla y me observaba.

Yvonne se levantó y nos dijo que iba a su cuarto a buscar un fular. ¿Así que estaba en L'Hermitage? ¿Qué hacía aquí? ¿Quién era? Meinthe se había sacado del bolsillo una boquilla y la mordisqueaba. Me fijé entonces en que estaba lleno de tics. Muy de tarde en tarde, se le crispaba el pómulo izquierdo como si intentase frenar la caída de un monóculo invisible, pero las gafas oscuras le tapaban a medias ese temblor. A veces, sacaba la barbilla y habría podido pensarme que estaba provocando a alguien. Y, para terminar, le sacudía de vez en cuando el brazo derecho una descarga eléctrica que le llegaba hasta la mano, que dibujaba arabescos en el aire. Todos aquellos tics se coordinaban de forma muy armoniosa y le daban a Meinthe una elegancia sobresaltada.

–¿Está usted de vacaciones?

Contesté que sí. Y que era una suerte que hiciera un tiempo tan «soleado». Y que aquel lugar de veraneo me parecía «paradisíaco».

–¿Es la primera vez que viene? ¿No lo conocía?

Le noté una pizca de ironía en la voz y me permití preguntarle, a mi vez, si él también estaba aquí de vacaciones. Titubeó.

–Bueno, no exactamente. Pero hace mucho que conozco este sitio… –Estiró el brazo indolentemente hacia un punto del horizonte y dijo, con voz cansada–: Las montañas… El lago… El lago…

Se quitó las gafas oscuras y me miró con ojos dulces y tristes. Sonreía:

–Yvonne es una chica maravillosa –me dijo–. Mara-vi-llo-sa.

Yvonne se estaba acercando a nuestra mesa con un fular de muselina verde alrededor del cuello. Me sonreía y no apartaba la vista de mí. Algo se me dilataba del lado izquierdo del pecho y decidí que aquel día era el más hermoso de mi vida.

Nos metimos en el coche de Meinthe, un Dodge antiguo de color crema, descapotable. Nos sentamos los tres en el asiento de delante, Meinthe al volante, Yvonne en medio, y el perro detrás. Meinthe arrancó con mucha brusquedad; el Dodge derrapó en la grava y casi raspa la pintura de la entrada del hotel. Íbamos despacio por el bulevar de Carabacel. Ya no oía el ruido del motor. ¿Lo habría apagado Meinthe para bajar por inercia? Los pinos piñoneros, a ambos lados, de la carretera, detenían los rayos del sol y se formaba un juego de luces. Meinthe silbaba bajito, yo dejaba que me acunase un leve balanceo y la cabeza de Yvonne se me apoyaba en el hombro en todas las curvas.

En el Sporting estábamos solos en el restaurante, el antiguo invernadero de naranjos que amparaban del sol un sauce llorón y unos macizos de rododendros. Meinthe le explicaba a Yvonne que tenía que ir a Ginebra y que volvería a primera hora de la noche. Pensé que eran hermanos. Pero no. No se parecían ni pizca.

Entró un grupo de alrededor de diez personas. Escogieron la mesa de al lado de la nuestra. Venían de la playa. Las mujeres llevaban marineras de felpa, de colores; y los hombres, albornoces. Uno, más alto y más atlético que los demás, de pelo rubio y ondulado, hablaba con todos a la vez. Meinthe se quitó las gafas oscuras. De pronto se había puesto muy pálido. Señaló con el dedo al hombre alto y rubio y con voz agudísima, casi como un silbido, dijo:

–Anda, si está aquí la Carlton… La GU-A-RRA mayor de la provincia…

El hombre se hizo el que no oía, pero sus amigos se volvieron hacia nosotros, boquiabiertos.

–¿Te has enterado de lo que he dicho, tú, Carlton?

Durante unos segundos reinó un silencio absoluto en el restaurante. El rubio atlético tenía la cabeza gacha. Los de alrededor estaban petrificados. Yvonne, en cambio, ni se había inmutado, como si estuviera acostumbrada a incidentes de ésos.

–No se asuste –me cuchicheó Meinthe, inclinándose hacia mí–, no pasa nada, nada de nada…

Se le había vuelto la cara inexpresiva e infantil; no se le notaba ya ni un tic. Seguimos charlando los tres y le preguntó a Yvonne qué quería que le trajera de Ginebra. ¿Bombones? ¿Cigarrillos turcos?

Nos dejó delante de la entrada del Sporting y nos dijo que podíamos volver a vernos a eso de las nueve

de la noche, en el hotel. Yvonne y él hablaron de un tal Madeya (o Madeja) que daba una fiesta en una villa, a orillas del lago.

–Viene con nosotros, ¿verdad? –me preguntó Meinthe.

Miré cómo iba hacia el Dodge; y caminaba a sacudidas eléctricas sucesivas. Arrancó como la vez anterior, a toda marcha; y el coche volvió a rozar la entrada antes de perderse de vista. Alzaba el brazo para hacernos señas, sin volver la cabeza.

Estaba a solas con Yvonne. Me propuso que diéramos una vuelta por los jardines del Casino. El perro iba delante, cada vez más cansado. A veces se sentaba en medio del paseo y había que llamarlo a voces: «Oswald», para que accediera a seguir andando. Yvonne me explicó que no era por pereza sino por melancolía por lo que tenía ese paso indolente. Era de una variedad muy poco común de dogos alemanes que adolecían todos de una tristeza y un hastío de la vida congénitos. Algunos llegaban incluso a suicidarse. Quise saber por qué había escogido un perro de humor tan adusto.

–Porque son más elegantes que los demás –me contestó con vehemencia.

Me acordé en el acto de la familia de los Habsburgo, que había contado en sus filas con algunos seres exquisitos e hipocondríacos, como aquel perro. Se le achacaba aquello a los matrimonios consanguíneos y llamaban a ese estado depresivo la «melancolía portuguesa».

–Este perro –dije– padece «melancolía portuguesa».

Pero Yvonne no me oyó.

Habíamos llegado ante el embarcadero. Unas diez personas estaban subiendo a bordo del *Amiral-Guisand*. Ya retiraban la pasarela. Acodados en la borda, unos niños decían adiós con la mano y gritaban. El barco se alejaba y tenía un encanto colonial y destartalado.

–Una tarde –me dijo Yvonne– tenemos que coger ese barco. Sería divertido, ¿no te parece?

Era la primera vez que me tuteaba y pronunció la frase con un entusiasmo inexplicable. ¿Quién era? No me atrevía a preguntárselo.

Íbamos por la avenida de Albigny y los frondas de los plátanos nos brindaban su sombra. Estábamos solos. El perro iba delante, a unos veinte metros. No mostraba ya en absoluto la languidez acostumbrada y caminaba de forma altanera, con la cabeza erguida, dando a veces bandazos bruscos y trazando figuras de cuadrilla como los caballos de un espectáculo ecuestre.

Nos sentamos para esperar el funicular. Me puso la cabeza en el hombro y noté el mismo vértigo que me entró cuando íbamos en coche bulevar de Carabacel abajo. Aún estaba oyendo cómo me decía: «Una tarde… coger… barco… divertido, ¿no te parece?», con ese acento indefinible que yo no sabía si era húngaro, inglés o saboyano. El funicular subía despacio y la vegetación, a ambos lados, parecía cada vez más densa. Iba a sepultarnos. Los macizos de flores se aplastaban contra los cristales y, de vez en cuando, nos llevábamos por delante, al pasar, una rosa o una rama de aligustre.

En su habitación de
L'Hermitage
la ventana estaba entornada y se oía el golpeteo regular de las pelotas de tenis y las exclamaciones lejanas de los jugadores. Si aún existían afables y tranquilizadores imbéciles vestidos de blanco que lanzaban pelotas por encima de una red, eso quería decir que la tierra seguía girando y que teníamos unas cuantas horas de respiro.

Le salpicaban la piel unas pecas muy pálidas. Estaban combatiendo en Argelia, por lo visto.

La noche. Y Meinthe, que nos estaba esperando en el vestíbulo. Llevaba un traje de hilo blanco y un fular turquesa anudado impecablemente al cuello. Había traído cigarrillos de Ginebra y tenía empeño en que los probásemos. Pero no podíamos perder ni un segundo –a lo que decía– si no queríamos llegar tarde a casa de Madeya (o Madeja).

Esta vez fuimos a toda velocidad bulevar de Carabacel abajo. Meinthe, con la boquilla en los labios, aceleraba en las curvas y no sé por qué milagro llegamos sanos y salvos a la avenida de Albigny. Me volví hacia Yvonne y me sorprendió no verle en la cara expresión de miedo alguna. Incluso la había oído reírse una vez en que el coche dio un bandazo.

¿Quién era ese Madeya (o Madeja) a cuya casa íbamos? Meinthe me explicó que se trataba de un

director de cine austriaco. Acababa de rodar una película por la comarca –en La Clusaz para ser exactos–, en una estación de esquí que estaba a veinte kilómetros; Yvonne tenía un papel en ella. Me latió más fuerte el corazón.

–¿Trabaja en el cine? –le pregunté.

Ella se rió.

–Yvonne llegará a ser una grandísima actriz –afirmó Meinthe mientras pisaba a fondo el acelerador.

¿Hablaba en serio? Ac-triz-de-ci-ne. A lo mejor había visto antes una foto suya en *Cinémonde* o en ese *Anuario del cine* que había encontrado en un rincón de una librería antigua de Ginebra y que hojeaba durante las noches de insomnio. Al final, me sabía el nombre y la dirección de los actores y de los «técnicos». Hoy en día me vuelven a la memoria algunos retazos:

JUNIE ASTOR: Foto Bernard et Vauclair. Calle de Buenos-Aires, 1 – París-VII.

SABINE GUY: Foto Teddy Piaz. Comedia – Canto – Danza.
Películas: *Les Clandestins… Les pépées font la loi… Miss Catastrophe… La Polka des menottes… Bonjour toubib*, etc.

GORDINE (FILMS SACHA): calle de Spontini, 19 – París-XVI – KLE.
77-94
.
M. Sacha Gordine, GER.

¿Tenía Yvonne un «nombre artístico» que yo conociera? Cuando se lo pregunté, susurró: «Es un secreto» y me puso el dedo índice en los labios. Meinthe añadió con una risa aguda inquietante:

–Sabe usted, es que está aquí de incógnito.

Íbamos siguiendo la orilla del lago. Meinthe conducía más despacio y había encendido la radio. El aire era tibio y nos deslizábamos por una oscuridad sedosa y clara como no he vuelto a ver desde entonces sino en Egipto o en la Florida de mis sueños. El perro me apoyaba la barbilla en el hombro, pegada al cuello, y me abrasaba con el aliento. A la derecha, los jardines bajaban hasta el lago. A partir de Chavoire, palmeras y pinos piñoneros flanqueaban la carretera.

Dejamos atrás el pueblo de Veyrier-du-Lac y nos metimos por un camino en cuesta. La portalada estaba a un nivel más bajo que la carretera. En un cartel de madera ponía: «Villa Les Tilleuls» (se llamaba como mi hotel). Un paseo de grava bastante ancho, con árboles a los lados y un cúmulo de vegetación descuidada, llevaba hasta el umbral de la casa, un edificio amplio de estilo Napoleón III, con postigos de color de rosa. Había unos cuantos coches, aparcados todos juntos. Cruzamos el vestíbulo para entrar en una habitación que debía de ser el salón. Allí, a la luz tamizada de dos o tres lámparas, vi a medias a unas diez personas, unas de pie junto a las ventanas, otras desplomadas en un sofá blanco, el único mueble que había, a lo que me pareció. Se servían de beber y mantenían animadas charlas en alemán y en francés. De un tocadiscos, que estaba en el suelo de tarima, salía una melodía lenta con la que se mezclaba la voz muy baja de un cantante, que repetía:

Oh, Bionda girl…
Oh, Bionda girl…
Bionda girl…

Yvonne me había cogido del brazo. Meinthe lanzaba en torno ojeadas rápidas, como si estuviera buscando a alguien, pero los miembros de aquella reunión no nos hacían ni el menor caso. Por la puerta acristalada salimos a una veranda con balaustrada de madera verde, en donde había tumbonas y sillones de mimbre. Un farolillo chino dibujaba sombras complicadas en forma de encajes de guipur y de líneas entrelazadas y parecía que, de repente, Yvonne y Meinthe llevaban la cara tapada con velillos.

Abajo, en el jardín, varias personas se agolpaban alrededor de un bufé lleno a rebosar de cosas de comer. Un hombre muy alto y muy rubio nos hacía señas con la mano y se nos acercaba, apoyado en un bastón. La camisa de hilo beige, desabrochada casi del todo, parecía una sahariana; y me acordé de esos personajes que andaban antes por las colonias y tenían un «pasado». Meinthe me lo presentó: Rolf Madeya, «el director de cine». Se inclinó para besar a Yvonne y le puso una mano en el hombro a Meinthe. Lo llamaba «Menthe» con un acento más británico que alemán. Nos condujo hacia el bufé y aquella mujer rubia, tan alta como él, aquella Walkiria de mirada perdida (nos miraba sin vernos o, si no, era que estaba mirando algo traspasándonos con la vista) era su mujer.

Dejamos a Meinthe en compañía de un joven con aspecto de alpinista; e Yvonne y yo íbamos de grupo

en grupo. Ella daba besos a todo el mundo, y cuando le preguntaban quién era yo, contestaba: «Un amigo.» Por lo que pude entender, la mayoría de aquellas personas habían trabajado en «la película». Andaban dispersas por el jardín. Se veía muy bien porque había luna llena. Yendo por los paseos, que invadía la hierba, se topaba uno con un cedro de un tamaño aterrador. Llegamos a la tapia, tras la que se oía el chapoteo del lago, y nos quedamos allí mucho rato. Desde aquel sitio se veía la casa, que se alzaba en medio de un parque abandonado, y te sorprendía su presencia como si acabaras de llegar a esa ciudad vieja de América del Sur en donde, por lo visto, la selva virgen tiene sepultados ahora un teatro de la ópera rococó, una catedral y palacetes de mármol de Carrara.

Los invitados no se aventuraban a alejarse tanto como nosotros, con la excepción de dos o tres parejas a las que divisábamos confusamente y les sacaban partido a los bosquecillos lujuriantes y a la oscuridad de la noche. Los demás estaban delante de la casa o en la terraza. Fuimos a reunirnos con ellos. ¿Dónde estaba Meinthe? Quizá dentro, en el salón. Madeya se acercó y con aquel acento entre británico y alemán nos explicó que de buena gana se habría quedado aquí quince días más, pero que tenía que ir a Roma. Volvería a alquilar la villa en septiembre «cuando ya estuviera montada la película». Le pasa a Yvonne el brazo por la cintura y no sé si le está metiendo mano o si hay algo paternal en el ademán aquel:

–Es una actriz estupenda…

Me mira fijamente y le noto en los ojos una niebla cada vez más compacta.

–Se llama usted Chmara, ¿verdad?

La niebla se ha disipado de pronto y le brillan los ojos con un resplandor azul mineral.

–Chmara…, digo bien, ¿no? Chmara.

Le contesto que sí de mala gana. Y los ojos se le vuelven a empañar, perdiendo la dureza, hasta licuarse por completo. Debe de tener el poder de regularles el brillo a voluntad, de la misma forma que se regulan unos prismáticos. Cuando quiere ensimismarse se le empañan los ojos y el mundo exterior no es ya sino un bulto desenfocado. Sé bien cuál es el procedimiento porque recurro a él a menudo.

–Había hace tiempo un Chmara en Berlín… –me estaba diciendo–. ¿Verdad, Ilse?

Su mujer, tendida en una tumbona en la otra punta de la veranda, charlaba con dos jóvenes y se volvió con la sonrisa en los labios.

–¿Verdad, Ilse? Había hace tiempo un Chmara en Berlín.

Ella lo miró sin dejar de sonreír. Luego, giró la cabeza y siguió charlando. Madeya se encogió de hombros y apretó el bastón con ambas manos.

–Sí…, sí… El Chmara aquel vivía en la Kaiser Allee… No me cree, ¿eh?

Se levantó, le hizo una caricia en la cara a Yvonne y se fue hacia la balaustrada de madera verde. Ahí se quedó, de pie, reciamente plantado, mirando el jardín a la luz de luna.

Yvonne y yo estábamos sentados juntos, en dos pufs, y ella me apoyaba la cabeza en el hombro. Una joven morena a la que le asomaban los pechos por la blusa escotada (con cada gesto algo brusco se le salían del escote) nos estaba tendiendo dos vasos llenos de un líquido rosa. Se reía a carcajadas, besaba a Yvonne y nos rogaba que nos tomásemos aquel cóctel que había «preparado especialmente para nosotros». Se llamaba, si no recuerdo mal, Daisy Marchi e Yvonne me explicó que interpretaba el papel de la protagonista en la «película». También ella iba a hacer una gran carrera. Era conocida en Roma. Ya se alejaba, riendo a más y mejor y sacudiendo la larga melena para ir junto a un hombre de alrededor de cincuenta años, esbelto y de rostro picado de viruelas que estaba en el hueco de la puerta acristalada con un vaso en la mano. Era Harry Dressel, un holandés, uno de los actores de la «película». Había más personas en los sillones de mimbre o apoyadas en la balaustrada. Algunas hacían corro alrededor de la mujer de Madeya, que seguía sonriendo con mirada ausente. Por la puerta acristalada salían un rumor de conversaciones y una música lenta y dulzona, pero ahora el cantante de voz de bajo repetía:

Abat-jour

Che sofonde la luce blu…

Y Madeya paseaba arriba y abajo por el césped con un hombrecillo calvo que le llegaba a la cintura, de forma tal que no le quedaba más remedio que agacharse para hablar con él. Pasaban una y otra vez por delante de la terraza, Madeja cada vez más torpe y encorvado y su interlocutor cada vez más de puntillas. Lanzaba un zumbido de abejorro y la única frase que decía en la lengua de los hombres era: «Va bene, Rolf… Va bene, Rolf… Va bene Rolf… Vabenerolf…» El perro de Yvonne, sentado al borde de la terraza, con postura de esfinge, seguía aquel ir y venir girando la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

¿Dónde estábamos? En plena Alta Saboya. Por más que me digo esta frase tranquilizadora: «en plena Alta Saboya», se me viene más bien a la cabeza un país colonial o las islas del Caribe. Si no, ¿qué explicación tiene esa luz suave y corrosiva, ese azul nocturno que hacía parecer fosforescentes los ojos, las epidermis, los vestidos y los ternos de alpaca? A toda aquella gente la rodeaba una misteriosa electricidad y lo que se esperaba uno, cada vez que hacían un gesto, era que hubiera un cortocircuito. Sus nombres –algunos se me han quedado en la memoria y siento no haberlos apuntado todos sobre la marcha: los habría dicho por la noche, antes de quedarme dormido, sin saber a quiénes correspondían, y me habría bastado con su sonoridad–, sus nombres hacían pensar en esos grupitos cosmopolitas de los puertos francos y de las sucursales comerciales de ultramar: Gay Orloff, Percy Lippitt, Osvaldo Valenti, Ilse Korber, Roland Witt von Nidda, Geneviève Bouchet, Geza Pellemont, François Brunhardt… ¿Qué habrá sido de ellos? ¿Qué decirles en este encuentro concertado en que los resucito? Ya por entonces –hará quince años dentro de nada–, me daba la sensación de que habían consumido sus vidas hacía mucho. Los observaba, los oía hablar bajo el farolillo chino que salpicaba de motas oscuras el rostro y los hombros de las mujeres. Les prestaba a todos y cada uno un pasado que tenía que ver con el de los demás y habría querido que me revelasen todo: ¿cuándo coincidieron por primera vez Percy Lippitt y Gay Orloff? ¿Conocía alguno de los dos a Osvaldo Valenti? ¿Quién había puesto en contacto a Madeya con Geneviève Bouchet y con François Brunhardt? ¿Cuál de esas seis personas había llevado a su grupo a Roland Witt von Nidda? (Y sólo cito a aquellos cuyos nombres se me han quedado.) Otros tantos enigmas, que implicaban muchísimas combinaciones, una tela de araña que habían tardado en tejer diez o veinte años.

Era tarde y buscábamos a Meinthe. No estaba en el jardín, ni en la terraza, ni en el salón. El Dodge había desaparecido. Madeya, con quien nos cruzamos en la escalera de la fachada y que iba con una joven de pelo rubio muy corto, nos dijo que «Menthe» acababa de irse con «Fritzi Trenker» y que lo más seguro era que no volviera ya. Soltó una carcajada que me dejó algo sorprendido y apoyó la mano en el hombro de la joven.

–El báculo de mi vejez –afirmó–. ¿Comprende, Chmara?

Luego, nos dio la espalda de repente. Cruzaba el pasillo apoyándose con más fuerza en el hombro de la joven. Parecía un ex boxeador ciego.

A partir de ese momento fue cuando las cosas tomaron un cariz diferente. Apagaron las lámparas del salón. No quedaba ya sino una lamparilla, encima de la chimenea, cuya luz sonrosada absorbían extensas zonas de sombra. Tras la voz del cantante italiano, le había tocado la vez a una voz femenina que se quebraba, que enronquecía tanto que ya no se entendía la letra de la canción y uno se preguntaba si era el quejido de una moribunda o un gruñido de placer. Pero, de pronto, la voz se purificaba y volvían las palabras de antes, repetidas con inflexiones suaves.

La mujer de Madeya estaba tendida, cruzada en un sofá, y uno de los jóvenes que le hacían corro en la terraza se inclinaba hacia ella y empezaba a desabrocharle despacio la blusa camisera. Ella clava la mirada en el techo con los labios entreabiertos. Algunas parejas bailan, demasiado pegadas y con gestos demasiado específicos. Al pasar, veo que el peculiar Harry Dressel le acaricia los muslos, con mano insistente, a Daisy Marchi. Junto a la puerta acristalada un grupito se ha quedado mirando un espectáculo: una mujer que baila sola. Se quita el vestido, la combinación, el sostén. Yvonne y yo nos sumamos al grupo por hacer algo. Roland Witt von Nidda, con expresión alterada, se la come con los ojos: la mujer no lleva ya más que las medias y el liguero y sigue bailando. Roland, de rodillas, intenta arrancarle a la mujer los enganches del liguero a mordiscos, pero ella se escabulle una y otra vez. Se decide por fin a quitarse ella esos complementos y sigue bailando, completamente desnuda, dando vueltas alrededor de Witt von Nidda y rozándolo; y éste se queda quieto, impasible, con la barbilla hacia fuera, el busto arqueado, torero grotesco. Su sombra contorsionada cubre la pared, y la de la mujer –de tamaño desmedido– recorre el techo. A poco no hay ya en la casa aquella sino un ballet de sombras que se persiguen entre sí, suben y bajan las escaleras y sueltan carcajadas y gritos furtivos.

Pared por medio con el salón, una habitación de esquina. El mobiliario consistía en un escritorio macizo con muchos cajones, como los que había, supongo, en el Ministerio Colonial, y un sillón grande de cuero verde oscuro. Allí nos refugiamos. Le eché una última ojeada al salón y todavía veo la cabeza de la señora Madeya, echada hacia atrás (tenía la nuca apoyada en el brazo del sofá). La melena rubia le caía hasta el suelo y aquella cabeza parecía recién cortada. Empezó a gemir. Yo apenas si vislumbraba el otro rostro, pegado al de ella. Ella gemía cada vez más fuerte y decía frases desordenadas: «Máteme… Máteme… Máteme… Máteme…» Sí, recuerdo todo eso.

Una alfombra de lana muy gruesa cubría el suelo del despacho y en ella nos tendimos. Junto a nosotros, un rayo de luz trazaba una línea gris azulada que cruzaba la habitación de punta a punta. Una de las

ventanas estaba entornada y oía cómo se estremecía un árbol cuyas hojas rozaban el cristal. Y la sombra de aquellas hojas cubría la librería con una rejilla de sombra y luna. Allí estaban todos los libros de la colección «Le Masque».

El perro se durmió delante de la puerta. Ni un ruido ni una voz nos llegaban ya del salón. ¿Se habrían ido todos, a lo mejor, de la villa y sólo quedábamos nosotros? Flotaba en el despacho un aroma de cuero viejo y me pregunté quién habría colocado los libros en las estanterías. ¿De quién eran? ¿Quién venía aquí por las noches a fumarse una pipa, a trabajar o a leer una de las novelas, o a escuchar el rumor de las hojas?

La piel de Yvonne tenía ahora un tono opalino. La sombra de una hoja le tatuaba el hombro. A veces le caía encima de la cara y parecía como si llevase antifaz. La sombra bajaba y le amordazaba la boca. Me habría gustado que no se hiciera nunca de día, para quedarme junto a ella, ovillado en lo hondo de aquel silencio y de aquella luz de acuario. Poco antes del amanecer oí un portazo, pasos apresurados por encima de nosotros y el ruido de un mueble volcado. Y, luego, unas carcajadas. Yvonne había vuelto a quedarse dormida. El dogo soñaba, lanzando a intervalos regulares un quejido sordo. Entorné la puerta. No había nadie en el salón. La lamparilla seguía encendida pero la luz era más débil, ya no era rosa sino de un verde muy suave. Me fui hacia la terraza para que me diera el aire. Tampoco había nadie bajo el farolillo chino, que seguía luciendo. El viento lo hacía oscilar y unas formas dolientes, algunas con apariencia humana, corrían por las paredes. Abajo, el jardín. Intentaba concretar qué perfume se desprendía de aquellas frondas e invadía la terraza. Pues sí, no sé si decirlo porque estábamos en Alta Saboya: me llegaba un olor a jazmín.

Volví a cruzar el salón. La lamparilla seguía iluminándolo con su fulgor verde claro, a oleadas lentas. Me acordé del mar y de ese líquido helado que se toma en los días calurosos: el Diábolo Menta. Volví a oír risas y me llamó la atención lo límpidas que eran. Llegaban desde muy lejos y se acercaban de repente. No conseguía localizarlas. Eran cada vez más cristalinas, volátiles. Ella dormía, con la mejilla apoyada en el brazo derecho, estirado. La franja azulada que lanzaba la luna a través de la habitación le iluminaba la comisura de los labios, el cuello, la nalga izquierda y el talón. En la espalda, le formaba algo así como una banda rectilínea. Yo contenía la respiración.

Vuelvo a ver cómo se mecían las hojas detrás de los cristales y aquel cuerpo que un rayo de luna dividía en dos. ¿Por qué a los paisajes de Alta Saboya que nos rodeaban se me superpone en la memoria una ciudad desaparecida, el Berlín de antes de la guerra? Quizá porque Yvonne «trabajaba» en una «película» de «Rolf Madeya». Más adelante, busqué información y me enteré de que Rolf había empezado muy joven en los estudios de la UFA. En febrero del 45 comenzó su primera película, *Confettis für zwei*, una opereta vienesa muy cursi y muy alegre cuyas escenas rodaba entre dos bombardeos. La película no llegó a acabarse. Y yo, cuando recuerdo aquella noche, voy andando entre las casas macizas del Berlín de antes, a lo largo de muelles y bulevares que ya no existen. Desde la Alexander Platz, fui todo seguido, crucé el Lust-Garten y el Spree. Cae la noche sobre las cuatro hileras de tilos y de castaños y sobre los tranvías que pasan. Van vacíos. Las luces se estremecen. Y tú me esperas en esa jaula de frondas verdes que reluce al final de la avenida, el jardín de invierno del Hotel Adlon.

Capítulo IV

Meinthe miró atentamente al hombre con gabardina que recogía los vasos. Éste acabó por agachar la cabeza y se ensimismó otra vez en la tarea. Pero Meinthe seguía ante él, clavado en una irrisoria posición de firmes. Luego, se volvió hacia los otros dos, que lo observaban con sonrisa malévola y apoyando la barbilla en el extremo del mango de la escoba. Tenían un parecido físico que llamaba la atención: el mismo pelo rubio cortado a cepillo, el mismo bigotito, los mismos ojos azules y saltones. Inclinaban el busto, uno hacia la derecha, otro hacia la izquierda, simétricamente, de forma tal que habría podido pensarse que se trataba de la misma persona reflejada en un espejo. A Meinthe debió de parecerle algo así, porque se acercó a los hombres despacio, con el ceño fruncido. Cuando estuvo a pocos centímetros de ellos, cambió de sitio para verlos de espaldas, de tres cuartos y de perfil. Los otros dos no se movían, pero se intuía que estaban listos para saltar y machacar a Meinthe con una granizada de puñetazos. Meinthe se apartó y fue, caminando de espaldas, hasta la salida del bufé, sin quitarles ojo. Seguían donde estaban, petrificados bajo la luz cicatera y amarillenta que rezumaba del aplique de la pared.

Cruza ahora la plaza de La Gare, con el cuello de la chaqueta subido y la mano izquierda crispada en la bufanda, como si tuviera una herida en el cuello. Nieva apenas. Los copos son tan livianos y tan sutiles que flotan en el aire. Se mete por la calle de Sommeiller y se para ante Le Régent. Están echando una película muy antigua que se llama *La Dolce Vita*. Meinthe se refugia bajo la marquesina del cine y mira una por una las fotos de la película, al tiempo que se saca del bolsillo de la chaqueta una boquilla. La aprieta entre los dientes y se hurga en todos los demás bolsillos, buscando –seguramente– un Camel. Pero no lo encuentra. Entonces le recorren la cara unos cuantos tics, siempre iguales: se le crispa el pómulo izquierdo y unas sacudidas secas le mueven la barbilla; más lentos y más penosos que hace doce años.

Parece dubitativo en cuanto al camino que va a seguir: ¿cruzar y meterse por la calle de Vaugelas, que sale a la calle Royale o echar calle de Sommeiller abajo? Algo más allá, a la derecha, el letrero verde y rojo del Cintra. Meinthe lo mira fijamente, guiñando los ojos. CINTRA. Los copos revolotean alrededor de esas seis letras y se tiñen también de verde y de rojo. Verde del color del ajenjo. Rojo Campari…

Se encamina hacia ese oasis, con la espalda arqueada, las piernas tiesas; y si no hiciera ese esfuerzo para mantener la tensión, lo más seguro es que cayera despacio en la acera, como un pelele desarticulado.

El cliente de la chaqueta de cuadros sigue allí, pero ya no está molestando a la camarera. Sentado a una mesa del fondo del todo, lleva el compás con el índice, repitiendo con una vocecita que podría ser la de una mujer muy vieja: «Zim…
Bum-bum
… Zim…
Bum-bum
…» Por lo que a la camarera se refiere, está leyendo una revista. Meinthe se encarama a uno de los taburetes y le pone una mano en el antebrazo.

–Un oporto claro, hijita –le dice en un cuchicheo.

Capítulo V

Me fui de Les Tilleuls para vivir con ella en
L'Hermitage
.

Una noche vinieron a buscarme. Meinthe y ella. Yo acababa de cenar y estaba esperando en el salón, sentado muy cerca del hombre con cara de perro de aguas triste. Los demás estaban empezando la partida de canasta. Las mujeres charlaban con la señora Buffaz. Meinthe se detuvo en el marco de la puerta. Llevaba un traje de un rosa muy suave y del bolsillo del pecho le asomaba un pañuelo verde oscuro.

Se volvieron para mirarlo.

–Señoras… Caballeros –susurró Meinthe con una inclinación de cabeza. Luego se me acercó y se puso tieso–: Lo estamos esperando. Puede mandar que le bajen el equipaje.

La señora Buffaz me preguntó con mucha brusquedad:

–¿Nos deja usted?

Bajé la vista.

–Es algo que tenía que suceder antes o después, señora –le contestó Meinthe con un tono que no admitía réplica.

–Pero al menos podría habernos avisado con antelación.

Me di cuenta de que esa mujer sentía por mí un odio repentino y que no habría vacilado en entregarme a la policía con el mínimo pretexto. Me sentí apenado.

–Señora –oí que le contestaba Meinthe–, este joven no puede evitarlo; acaba de recibir una orden de comisión de servicios que firma la reina de los belgas.

Todos nos miraban fijamente, petrificados, con las cartas en la mano. Mis vecinos de mesa habituales me inspeccionaban con expresión de sorpresa y de asco a la vez, como si acabasen de caer en la cuenta de que no pertenecía a la especie humana. Un murmullo generalizado recibió la alusión a «la reina de los belgas», y cuando Meinthe, que quería, seguramente, plantarle cara a la señora Buffaz, que se le había puesto delante con los brazos cruzados, repitió, recalcando las sílabas: «¿Me está oyendo, señora? LA REINA DE LOS BELGAS…», el murmullo creció y noté una punzada en el corazón. Entonces, Meinthe dio un taconazo, sacó la barbilla y dijo deprisa y corriendo, con palabras atropelladas:

–Y no se lo he dicho todo, señora… LA REINA DE LOS BELGAS soy yo…

Hubo gritos y ademanes de indignación: la mayoría de los huéspedes se puso de pie y formó un grupo hostil que se interpuso ante nosotros. La señora Buffaz dio un paso al frente y temí que le fuera a dar una bofetada a Meinthe o que me la diera a mí. Esta última posibilidad me parecía algo natural: notaba que el único responsable era yo.

Me habría gustado pedirles perdón a aquellas personas, o que un toque de varita mágica pudiera borrarles de la memoria cuanto acababa de ocurrir. Todos mis esfuerzos para pasar inadvertido y ocultarme en un lugar seguro habían quedado reducidos a la nada en pocos segundos. Ni siquiera me atrevía a recorrer con una última mirada aquel salón en donde las sobremesas de las cenas habían sido tan apaciguadoras para un corazón sobresaltado como el mío. Y, durante un breve momento, le guardé rencor a Meinthe. ¿Por qué consternar así a aquellos rentistas modestos, aficionados a la canasta? Me daban tranquilidad. En compañía de ellos no corría peligro alguno.

La señora Buffaz nos hubiera escupido veneno a la cara de buena gana. Los labios se le ponían cada vez más finos. La perdono. La había traicionado, en cierto modo. Había conmocionado ese apreciadísimo mecanismo de relojería que era Les Tilleuls. Si me está leyendo (cosa que dudo y, por lo demás, Les Tilleuls ya no existe), me gustaría que supiera que no era un mal chico.

Hubo que bajar el «equipaje» que había preparado por la tarde. Se componía de un baúl-armario y de tres maletas grandes. Había en ellas poca ropa, todos mis libros, mis guías de teléfonos antiguas y los números de *Match, Cinémonde, Music-hall, Détective* y *Noir et Blanc* de los últimos años. Pesaban mucho. A Meinthe casi lo aplasta el baúl-armario cuando quiso moverlo. Conseguimos tumbarlo a costa de inauditos

esfuerzos. Tardamos luego alrededor de veinte minutos en arrastrarlo por el pasillo hasta el rellano. Meinthe y yo nos arqueábamos, él delante y yo detrás, y nos faltaba el resuello. Meinthe se tendió, cuán largo era, en el suelo, con los brazos en cruz y los ojos cerrados. Yo volví a mi cuarto y, como pude, vacilante, llevé las tres maletas hasta el filo de la escalera.

Se apagó la luz. Fui a tientas hasta el interruptor, pero por mucho que lo pulsé todo seguía igual de oscuro. Abajo, se filtraba una incierta claridad por la puerta entornada del salón. Vislumbré una cabeza que se asomaba por la rendija: estoy casi seguro de que era la de la señora Buffaz. Me di cuenta enseguida de que debía de haber quitado uno de los plomos para que bajásemos el equipaje a oscuras. Y me entró una incontenible risa nerviosa.

Empujamos el baúl-armario hasta dejarlo al borde de las escaleras. Estaba en equilibrio precario en el primer peldaño. Meinthe se aferró a la barandilla y le dio una patada rabiosa: el baúl se deslizó, rebotando en todos los peldaños y haciendo un ruido espantoso. Era como si las escaleras fueran a hundirse. Volvió a aparecer por la rendija de la puerta del salón la cabeza de la señora Buffaz, rodeada de otras dos o tres. Oí que ladraban: «Fíjense en esos desgraciados…» Alguien repetía con voz sibilante la palabra: «Policía.» Cogí una maleta en cada mano y empecé a bajar. No veía nada. Y, además, prefería ir con los ojos cerrados y contar en voz baja para darme ánimos. Uno-dos-tres. Uno-dos-tres… Si tropezaba, las maletas me arrastrarían hasta la planta baja y el golpe me mataría. Imposible hacer un alto. Se me iban a romper las clavículas. Y me volvía aquella tremenda risa nerviosa.

Volvió la luz y me deslumbró. Me encontré en la planta baja entre las dos maletas y el baúl-armario, atontado. Meinthe me iba siguiendo con la tercera maleta (pesaba menos porque sólo contenía mis cosas de aseo) y me habría gustado mucho saber quién me había dado fuerzas para llegar vivo hasta allí. La señora Buffaz me alargó la factura y la pagué con mirada huidiza. Luego se volvió al salón y dio un portazo al entrar. Meinthe estaba apoyado en el baúl-armario secándose la cara a toquecitos con el pañuelo hecho un rebullo, con esos gestos menudos y de precisión con que se empolva una mujer.

–Hay que seguir, chico –me dijo, señalándome el equipaje–, seguir…

Arrastramos el baúl-armario hasta la escalera de la entrada. El Dodge estaba parado cerca de la portalada de Les Tilleuls e intuí la silueta de Yvonne, sentada delante. Estaba fumando un cigarrillo y nos hizo una seña con la mano. Por fin conseguimos subir el baúl al asiento de atrás. Meinthe se desplomó sobre el volante y yo fui a buscar las tres maletas al vestíbulo del hotel.

Había alguien, quieto, frente al mostrador de recepción: el hombre con cara de perro de aguas. Se me acercó y se detuvo. Yo sabía que quería decirme algo, pero no le salían las palabras. Creí que iba a soltar aquel ladrido suyo, aquella queja suave y prolongada que seguramente sólo oía yo (los huéspedes de Les Tilleuls seguían con su partida de canasta o con su charla). Ahí lo tenía, con el ceño fruncido y la boca entreabierta, haciendo esfuerzos cada vez más violentos para hablar. ¿O sería que le habían dado arcadas y no conseguía vomitar? Se agachaba, se asfixiaba casi. Al cabo de unos minutos, recobró la calma y me dijo con voz sorda: «Se va usted justo a tiempo. Adiós, caballero.»

Me tendía la mano. Llevaba una chaqueta de tweed tupido y unos pantalones beige de hilo, con vuelta. Le admiré el calzado: zapatos de ante grisáceo con unas suelas muy, muy gruesas de crepé. Estaba seguro de haber visto a aquel hombre antes de mi estancia en Les Tilleuls; y debía de hacer de eso alrededor de diez años. Y, de pronto… Pues claro, eran esos mismos zapatos; y el hombre que me tendía la mano era el mismo que tanto me había intrigado cuando era pequeño. Iba a Les Tuileries todos los jueves y todos los domingos con un barco en miniatura (una reproducción fidedigna de la *Kon Tiki*) y miraba cómo navegaba por el estanque, cambiando de puesto de observación, empujándolo con un bastón cuando encallaba contra el borde de piedra, comprobando la solidez de un mástil o de una vela. A veces, un grupo de niños, e incluso algunas personas mayores, seguían la operación y él les lanzaba una mirada furtiva, como si no se fiase de sus reacciones. Cuando le preguntaban por el barco, contestaba, tartamudeando: sí, era un trabajo muy largo y muy complicado eso de construir una *Kon Tiki*. Y, mientras hablaba, acariciaba el juguete. A eso de las siete de la tarde, recogía el barco y se sentaba en un banco para secarlo con una toalla. Lo veía luego ir hacia la calle de Rivoli, con su *Kon Tiki* debajo del brazo. Tiempo después, recordé muchas veces aquella silueta que se alejaba en el crepúsculo.

¿Iba a hablarle de aquellos encuentros nuestros? Pero seguramente se había quedado sin el barco. Dije, a mi vez: «Adiós, caballero.» Agarré las dos primeras maletas y crucé despacio el jardín. Él andaba a mi lado, en silencio. Yvonne estaba sentada en una aleta del Dodge. Meinthe, al volante, tenía la cabeza recostada en el asiento y los ojos cerrados. Metí las dos maletas en el maletero de detrás. El hombre espiaba cuanto hacía con expresión de ávido interés. Cuando volví a cruzar el jardín, iba delante y se volvía de vez en cuando para ver si yo seguía allí. Levantó la última maleta con un gesto escueto y me dijo: «Si me permite…»

Era la que pesaba más. Había metido en ella las guías de teléfonos. El hombre aquel la dejaba en el suelo cada cinco metros y recobraba el aliento. Cada vez que yo hacía ademán de cogerla, me decía:

–Se lo ruego, caballero…

Quiso, incluso, subirla personalmente al asiento de atrás. Lo consiguió trabajosamente y luego se quedó donde estaba, con los brazos colgando y la cara algo congestionada. No les hacía caso alguno a Yvonne ni a Meinthe. Cada vez tenía más aspecto de perro de aguas.

–¿Sabe usted, caballero? –susurró–. Le deseo buena suerte.

Meinthe arrancó despacio. Antes de que el coche tomase la primera curva, me volví. Estaba de pie en medio de la carretera, muy cerca de un farol que le iluminaba la chaqueta de tweed tupido y los pantalones beige con vuelta. En resumidas cuentas, sólo le faltaba la *Kon Tiki* debajo del brazo. Hay seres misteriosos –siempre los mismos– que montan guardia en todas las encrucijadas de nuestras vidas.

Capítulo VI

En
L'Hermitage
, Yvonne tenía no sólo un cuarto, sino también un salón que amueblaban tres sillones tapizados con telas estampadas, una mesa redonda de caoba y un sofá. En las paredes del salón y las del dormitorio estaba un papel pintado que reproducía las telas de Jouy. Mandé que pusieran el baúl-armario en un rincón del cuarto, de pie, para tener a mano todo cuanto estaba en los cajones. Jerséis o periódicos atrasados. Las maletas las metí a empujones al fondo del todo del cuarto de baño, sin abrirlas, porque hay que estar listo para irse en cualquier momento y hay que considerar todos los cuartos donde vamos a parar como refugios provisionales.

Por lo demás, ¿dónde habría podido colocar mi ropa, mis libros y mis guías de teléfonos? Los vestidos y los zapatos de ella llenaban todos los armarios y algunos andaban rodando por los sillones y el sofá del salón. La mesa de caoba estaba atestada de cosméticos. La habitación de hotel de una actriz de cine, pensé. Ese desorden que describen los periodistas en *Ciné Mondial* o en *Vedettes*. Leer todas esas revistas me había impresionado mucho. Y estaba soñando. Así que evitaba los ademanes demasiado bruscos y las preguntas demasiado concretas para no despertarme.

Ya la primera noche, creo, me pidió que leyera el guión de la película que acababa de rodar, con dirección de Rolf Madeya. Estaba muy emocionado. La película se llamaba. *Liebesbriefe auf dem Berg (Cartas de amor en la montaña)*. La historia de un monitor de esquí que se llama Kurt Weiss. En invierno da clase a las extranjeras ricas que pasan las vacaciones en esa estación elegante del Vorarlberg. Las seduce a todas con su cutis tostado y su extremada belleza física. Pero acaba por enamorarse como un loco de una de ellas, la mujer de un industrial húngaro, y ella comparte esos sentimientos. Bailan hasta las dos de la mañana en el bar elegantísimo de la estación ante las miradas envidiosas de las demás mujeres. Luego, Kurtie y Léna rematan la noche en el Hotel Bauhaus. Se juran amor eterno y hablan de su vida futura en un chalet aislado. Ella tiene que irse a Budapest, pero le promete que volverá lo antes posible. «Ahora en la pantalla cae la nieve; luego cantan unas cascadas y los árboles se cubren de hojas nuevas. Es primavera y no tardará en llegar el verano.» Kurt Weiss trabaja en su oficio de verdad, albañil, y cuesta ver en él al hombre guapo y tostado del invierno. Escribe todas las tardes una carta a Léna y espera en vano que ella le responda. Una joven de la comarca va a verlo de vez en cuando. Dan largos paseos juntos. Ella lo quiere, pero él no deja de pensar en Léna. Tras unas cuantas peripecias, que se me han olvidado, el recuerdo de Léna se va difuminando poco a poco y la joven va ganando puestos (ése era el personaje que interpretaba Yvonne) y Kurtie se da cuenta de que no tiene derecho a desatender un interés tan tierno. En la escena final, ambos se besan sobre un fondo de montañas y de sol poniente.

El panorama de una estación de deportes de invierno, de sus costumbres y su clientela, me parecía muy bien «pintado». En cuanto a la joven que encarnaba Yvonne, era «un papel estupendo para una principiante».

Le di mi opinión. Me escuchó muy atentamente. Y yo me sentí muy ufano. Le pregunté en qué fecha podríamos ver la película. No antes del mes de septiembre, pero Madeya haría seguramente un pase del «copión» en Roma dentro de quince días. En tal caso, me llevaría consigo porque tenía muchísimas ganas de saber qué me parecía su «interpretación»…

Sí, cuando intento recordar los primeros momentos de nuestra «vida en común», oigo, como en una cinta magnética desgastada, nuestras conversaciones acerca de su «carrera». Quiero hacerme el interesante, Le doy coba… «Esa película de Madeya es muy importante para ti, pero ahora tienes que encontrar a alguien que te dé a valer de verdad… Un individuo que sea un genio… Un judío, por ejemplo…» Ella está cada vez más atenta. «¿Tú crees?» «Sí, sí, estoy seguro.»

Me asombra el candor de su rostro, a mí, que sólo tengo dieciocho años. «¿Tú crees? ¿De verdad?», me dice. Y, en torno, la habitación está cada vez más desordenada. Creo que estuvimos dos días sin salir.

¿De dónde venía? Me di cuenta enseguida de que no vivía en París. Hablaba de París como de una ciudad que apenas conocía. Había estado alojada dos o tres veces, por pocos días, en el Windsor-Reynolds, un hotel de la calle de Beaujon, que yo recordaba muy bien: mi padre, antes de su extraña desaparición, me citaba allí a veces (tengo una laguna: ¿fue en el vestíbulo del Windsor-Reynolds o en el del Lutetia donde lo vi por última vez?). Dejando aparte el Windsor-Reynolds, sólo se le habían quedado de París la calle de Colonel-Moll y el bulevar de Beauséjour, en donde tenía unos «amigos» (no me atrevía a preguntarle qué amigos). En cambio, Milán y Ginebra salían a relucir con frecuencia cuando hablaba. Había trabajado en Milán, y en Ginebra también. Pero ¿qué clase de trabajo?

Miré a hurtadillas su pasaporte. Nacionalidad francesa. Domiciliada en Ginebra, plaza de Dorcière, 6 bis. ¿Por qué? Me quedé muy asombrado al ver que había nacido en la ciudad de Alta Saboya en donde estábamos. ¿Coincidencia? ¿O era oriunda de la zona? ¿Tenía aún familia aquí? Aventuré una pregunta indirecta al respecto, pero quería ocultarme algo. Me contestó de forma muy inconcreta y me dijo que la habían criado en el extranjero. No insistí. Con el tiempo, pensé, acabaré por saberlo todo. Ella también me hacía preguntas. ¿Estaba aquí de vacaciones? ¿Por cuánto tiempo? Enseguida había adivinado, me dijo, que yo venía de París. Puse en su conocimiento que «mi familia» (y notaba una gran voluptuosidad al decir «mi familia») tenía mucho empeño en que me tomase un descanso de varios meses por culpa de mi salud «precaria». Según le iba dando esas explicaciones, veía unas diez personas muy serias, sentadas alrededor de una mesa, en una habitación con las paredes forradas de madera: el «consejo de familia» que iba a tomar decisiones en lo tocante a mí. Las ventanas de la habitación daban al bulevar de Malesherbes y yo pertenecía a esa añeja burguesía judía que se había afincado allá por 1890 en el barrio de La Plaine-Monceau. Me preguntó a quemarropa: «Chmara es un apellido ruso. ¿Es ruso?» Entonces se me ocurrió otra cosa: vivíamos, mi abuela y yo, en una planta baja, cerca de
L'Étoile
, en la calle de Lord Byron, para ser exactos, o en la calle de Bassano (tengo necesidad de detalles concretos). Vivíamos de vender nuestras «joyas de familia», o de empeñarlas en el monte de piedad de la calle de Pierre-Charron. Sí, era ruso, y me llamaba conde Chmara. Pareció impresionada.

Durante unos días no tuve ya miedo de nada ni de nadie. Y, luego, me volvió. Antiguo dolor lancinante.

La primera tarde en que salimos del hotel, cogimos el barco, el *Amiral-Guisand*, que daba la vuelta al lago. Yvonne lucía unas gafas de sol de montura grande y cristales opacos y plateados. Todo se reflejaba en ellos como en un espejo.

El barco avanzaba perezosamente y tardó al menos veinte minutos en cruzar el lago hasta Saint-Jorioz. El sol me hacía guiñar los ojos. Oía el rumor lejano de las motoras, los gritos y las risas de la gente que se estaba bañando. Pasó por el cielo una avioneta, bastante alto, llevando a remolque una pancarta en donde leí estas palabras misteriosas: COPA HOULIGANT… La maniobra fue larga hasta que atracamos, o, más bien, hasta que el *Amiral-Guisand* dio un golpe contra el muelle. Subieron tres o cuatro personas, entre ellas un sacerdote con una sotana de un rojo resplandeciente, y el barco siguió con su navegación jadeante. Pasado Saint-Jorioz, iba hacia una localidad llamada Voirens. Vendría luego Port-Lusatz y, algo más allá, Suiza. Pero el barco daría media vuelta e iría hacia el otro lado del lago.

El viento le echaba a Yvonne sobre la frente un mechón de pelo. Me preguntó si sería condesa si nos casábamos. Lo dijo en un tono de broma tras el que yo intuía una gran curiosidad. Le contesté que se llamaría «condesa Yvonne Chmara».

–Pero ¿eso de Chmara es ruso de verdad?

–Georgiano –le dije–. Georgiano…

Cuando el barco llegó a Veyrier-du-Lac, reconocí de lejos la villa blanca y rosa de Madeya. Yvonne miraba en la misma dirección. Alrededor de diez jóvenes se acomodaron en cubierta, junto a nosotros. La mayoría llevaba ropa de tenis y, bajo las faldas blancas plisadas de las chicas, asomaban unos muslos gruesos. Todos hablaban con ese acento dental tan apreciado por la zona de Le Ranelagh y de la avenida de Bugeaud. Y me pregunté por qué estos muchachos y chicas de la buena sociedad francesa tenían algo de acné unos y unos cuantos kilos de más otros. Debía de tener que ver seguramente con lo que comían.

Dos componentes de la pandilla sopesaban los méritos respectivos de las raquetas Jack Kramer y Pancho Gonzales. El más charlatán llevaba barba en collar y una camisa adornada con un cocodrilito verde. Conversación técnica. Palabras incomprensibles. Zumbido suave y arrullador, al sol. Una de las chicas

rubias no parecía insensible al encanto de un moreno con mocasines y chaqueta blazer con escudo que se esforzaba por brillar ante ella. La otra rubia decía que «el guateque era pasado mañana por la noche» y que «sus padres les prestaban la villa». Ruido de agua contra el casco. La avioneta volvía hacia nosotros y leí otra vez la curiosa pancarta: COPA HOULIGANT.

Iban todos (por lo que me pareció entender) al club de tenis de Menthon-Saint-Bernard. Sus padres debían de tener villas a la orilla del lago. ¿Y nosotros, adónde íbamos? ¿Y nuestros padres, quiénes eran? ¿Era Yvonne de «buena familia» igual que los que llevábamos al lado? ¿Y yo? Mi título de conde desde luego valía más que un cocodrilito verde perdido en una camisa blanca… «Conde Victor Chmara, lo llaman por teléfono.» Sí, sonaba estupendamente, como unos platillos.

Bajamos del barco en Menthon, con ellos. Caminaban delante de nosotros, con las raquetas en la mano. Íbamos por una carretera que flanqueaban unas villas que, por fuera, recordaban los chalets de montaña y en donde, desde hacía ya varias generaciones, pasaba las vacaciones una burguesía soñadora. A veces las casas aquellas quedaban ocultas tras macizos de espinos albares o tras unos abetos. Villa Primevère, Villa Edelweiss, Les Chamois, Chalet Marie-Rose… Tiraron por un camino, a la izquierda, que llevaba hasta las verjas de una pista de tenis. Decrecieron su zumbido y sus risas.

Nosotros giramos a la derecha. Un cartel indicaba: «Grand Hôtel de Menthon». Un camino particular subía, en cuesta muy empinada, hasta una explanada cubierta de grava. Desde allí se tenía una vista tan despejada como la que se brindaba desde las terrazas de
L'Hermitage
, aunque más triste. Las orillas del lago, por esta zona, parecían abandonadas. El hotel era muy antiguo. En el vestíbulo, plantas de interior, sillones de roten y sofás grandes tapizados en escocés. Aquí venían familias en los meses de julio y agosto. Se alineaban siempre los mismos apellidos en el registro, apellidos dobles, muy franceses: Sergent-Delval, Hattier-Morel, Paquier-Panhard… Y, cuando tomamos una habitación, pensé que «conde Victor Chmara» iba a resultar como una mancha de grasa.

En torno, unos niños, su madre y sus abuelos, personas todas ellas muy dignas, se aprestaban a irse a la playa, con bolsas llenas de cojines y de toallas. Unos cuantos jóvenes rodeaban a un moreno alto, con camisa caqui del ejército y despechugado, de pelo muy corto. Se apoyaba en unas muletas. Los demás le preguntaban cosas.

Una habitación de esquina. Una de las ventanas daba a la explanada, y la otra la habían condenado. Un espejo de pie y una mesita con un tapete de encaje. Una cama de barrotes de cobre. Nos quedamos allí hasta que se hizo de noche.

Al cruzar por el vestíbulo, los vi; estaban cenando en el comedor. Todos iban arreglados. Hasta los niños llevaban corbata o vestiditos. Y éramos los únicos pasajeros en la cubierta del *Amiral-Guisand*. Cruzaba el lago aún más despacio que a la venida. Se detenía ante los embarcaderos vacíos y seguía adelante, en aquel crucero suyo de barcucho viejo y exhausto. Las luces de las villas parpadeaban entre las frondas. A lo lejos, el Casino, que iluminaban unos focos. Aquella noche había seguramente una fiesta. Me habría gustado que el barco se detuviera en medio del lago o pegado a uno de los pontones medio caídos. Yvonne se había quedado dormida.

Cenábamos muchas veces con Meinthe, en el Sporting. Las mesas, al aire libre, cubiertas con manteles blancos. En todas ellas, lámparas con dos pantallas. ¿Conocen esa foto en que se ve la cena del Baile de las Camitas Blancas, en Cannes, el 22 de agosto de 1939, y esta otra que llevo encima (sale en ella mi padre en medio de una concurrencia ya desaparecida), tomada el 11 de julio de 1948 en el casino de El Cairo, la noche de la elección de Miss Bathing Beauty, la joven inglesa Kay Owen? Pues esas dos fotos podrían haberse tomado en el Sporting aquel año, cuando cenábamos allí nosotros. El mismo decorado. La misma oscuridad «azul». Las mismas personas. Sí, reconocía algunas caras.

Meinthe llevaba en cada ocasión un esmoquin de un color diferente e Yvonne vestidos de muselina o de crespón. Le gustaban los boleros y los echarpes. Yo estaba condenado a mi único terno de franela y a mi corbata del International Bar Fly. Al principio, Meinthe nos llevaba al Sainte-Rose, un cabaret a la orilla del lago, pasado Menthon-Saint-Bernard, en Voirens, para ser exactos. Conocía al gerente, un tal Pulli, y me dijo que tenía prohibida la entrada en su país. Pero aquel hombre tripón con ojos de terciopelo parecía la dulzura en persona. Ceceaba. El Sainte-Rose era un sitio muy «fino». Andaban por allí los mismos veraneantes ricos del Sporting. El baile era en una terraza con pérgola. Me acuerdo de haber abrazado

fuerte a Yvonne pensando que nunca podría vivir sin el olor de su piel y de su pelo; y los músicos tocaban *Tuxedo Junction*.

En resumidas cuentas, estábamos hechos para conocernos y entendernos bien.

Volvíamos muy tarde y el perro dormía en el salón. Desde que me había instalado con Yvonne en L'Hermitage, su melancolía iba a más. Cada dos o tres horas –con la regularidad de un metrónomo– daba la vuelta al dormitorio y, luego, volvía a tumbarse. Antes de irse al salón, se quedaba unos cuantos minutos ante la ventana de nuestro cuarto, se sentaba, con las orejas tiesas, seguía quizá con la mirada el avance del *Amiral-Guisand* por el lago o contemplaba el paisaje. Me llamaba la atención la discreción triste de aquel animal y me conmovía sorprenderlo en su cometido de vigilante.

Yvonne se ponía un albornoz de playa, de rayas anchas de color naranja y verde y se tumbaba, cruzada, en la cama para fumar un cigarrillo. En la mesilla, junto a un lápiz de labios o un vaporizador, siempre andaban rodando fajos de billetes de banco. ¿De dónde salía aquel dinero? ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo en L'Hermitage? La «habían» alojado allí durante el rodaje de la película. Pero ¿y ahora que ya estaba acabada? Tenía mucho empeño –me explicaba– en pasar la «temporada» en aquel lugar de veraneo. La «temporada» iba a ser muy «brillante». «Veraneo», «temporada», «muy brillante», «conde Chmara»… ¿Quién le mentía a quién en aquella lengua extranjera?

Pero ¿a lo mejor necesitaba alguien que la acompañase? Yo era atento, solícito, delicado, apasionado, como se es a los dieciocho años. Las primeras noches, cuando no hablábamos de su «carrera», me pedía que le leyese una o dos páginas de la *Historia de Inglaterra* de André Maurois. En cuanto empezaba, el dogo alemán venía en el acto a sentarse en el umbral de la puerta que daba al salón y me miraba con ojos serios. Yvonne, echada, con el albornoz de playa puesto, atendía, con el ceño levemente fruncido. Nunca conseguí entender por qué le gustaba este tratado de historia, si nunca en la vida había leído nada. Me contestaba cosas imprecisas: «Es algo muy hermoso, ¿sabes?» «André Maurois es un grandísimo escritor.» Me parece que se había encontrado aquella *Historia de Inglaterra* en el vestíbulo de L'Hermitage y que para ella aquel libro se había convertido en algo así como un talismán o un amuleto de la suerte. Me repetía, de vez en cuando: «No leas tan deprisa» o me preguntaba qué quería decir una frase. Quería aprenderse de memoria la *Historia de Inglaterra*. Le dije que André Maurois se alegraría mucho si se enterase. Entonces empezó a hacerme preguntas acerca de aquel autor. Le expliqué que Maurois era un novelista judío muy dulce y que le interesaba la psicología femenina. Una noche, quiso que le dictase una nota: «Señor Maurois, lo admiro. Leo su *Historia de Inglaterra* y me gustaría tener un autógrafo suyo. Respetuosamente. Yvonne X.»

Nunca contestó. ¿Por qué?

¿Desde cuándo conocía a Meinthe? De toda la vida. También él tenía –por lo visto– un piso en Ginebra y no se separaban casi nunca. Meinthe ejercía «más o menos» la medicina. Encontré entre las páginas del libro de Maurois una tarjeta de visita con estas tres palabras impresas: «Doctor René Meinthe» y, en la repisa de uno de los lavabos, entre los productos de belleza, una receta con el membrete: «Doctor R. C. Meinthe» y la prescripción de un somnífero.

Por lo demás, todas las mañanas, cuando nos despertábamos, encontrábamos una carta que Meinthe había echado por debajo de la puerta. He conservado algunas y el tiempo no ha borrado su aroma de vetiver. Me he preguntado si el aroma aquel venía del sobre, del papel o, ¿quién sabe?, de la tinta que usaba Meinthe. Vuelvo a leer una, al azar: «¿Tendré el gusto de veros esta noche? Tengo que pasar la tarde en Ginebra. Os llamaré al hotel a eso de las nueve. Un beso, Vuestro René M.» Y esta otra: «Disculpadme por no haber dado señales de vida. Pero llevo cuarenta y ocho horas sin salir de mi cuarto. Me acordé de que dentro de tres semanas cumpliré veintisiete años. Y de que seré una persona muy, muy vieja, viejísima. Hasta muy pronto. Un beso. Vuestra madrina de guerra, René.» Y esta otra, dirigida a Yvonne con letra más nerviosa: «¿No sabes a quién acabo de ver en el vestíbulo? A esa guarra de François Maulaz. Y ha querido darme la mano. Ah, no, nunca. Nunca. ¡A ver si revienta!» (la última palabra iba subrayada cuatro veces). Y

otras cartas más.

Hablaban con frecuencia entre sí de gente a la que yo no conocía. Se me han quedado unos cuantos nombres: Claude Brun, Paulo Hervieu, una tal «Rosy», Jean-Pierre Pessoz, Pierre Fournier, François Maulaz, la «Carlton», uno al que llamaban Doudou Hendrickx y del que Meinthe decía que era un «cerdo»… No tardé en darme cuenta de que aquellas personas eran oriundas de donde estábamos, un lugar para pasar las vacaciones de verano, pero que volvía a ser una ciudad pequeña y anónima a finales de octubre. Meinthe decía que Brun y Hervieu habían «subido» a París, que «Rosy» había vuelto a hacerse cargo del hotel de su padre en La Clusaz y que aquella «guarra» de Maulaz, el hijo del librero, se exhibía todos los veranos en el Sporting con un actor de la Comédie-Française. Todos habían sido seguramente los amigos de infancia o de adolescencia de ambos. Cuando yo hacía alguna pregunta, Meinthe e Yvonne se mostraban evasivos e interrumpían su aparte. Me acordaba entonces de lo que había descubierto en el pasaporte de Yvonne y me los imaginaba a los dos, a eso de los quince o los dieciséis años, en invierno, a la salida del cine Le Régent.

Capítulo VII

Me bastaría con volver a encontrar alguno de los programas que editaba la oficina de turismo, con tapa blanca en la que destacaban, en verde, el Casino y la silueta de una mujer dibujada al estilo de Jean-Gabriel Domergue. Al leer la lista de las celebraciones y las fechas exactas podría hacerme con puntos de referencia.

Una noche, fuimos a aplaudir a Georges Ulmer, que cantaba en el Sporting. Esto ocurrió, creo, a principios de julio, y yo debía de llevar cinco o seis días viviendo con Yvonne. Meinthe vino con nosotros. Ulmer llevaba un traje de un azul claro y muy cremoso en el que se me quedaban enviscados los ojos. Aquel azul aterciopelado debía de tener poderes hipnóticos, porque estuve a punto de quedarme dormido mirándolo.

Meinthe nos propuso que tomásemos algo. En la semipenumbra, entre gente que bailaba, los oí hablar de la Copa Houligant por primera vez. Me acordé de la avioneta y de su pancarta enigmática. La Copa Houligant tenía preocupada a Yvonne. Era algo así como un concurso de elegancia. Por lo que decía Meinthe, para participar en la Copa había que tener un coche de lujo. ¿Iban a usar el Dodge o alquilarían un coche en Ginebra? (La cuestión la planteó Meinthe.) Yvonne quería probar suerte. El jurado lo componían varias personalidades: el presidente del club de golf de Chavoire y su mujer; el presidente de la oficina de turismo; el subprefecto de Alta Saboya; André de Fouquières (me sobresalté al oír aquel nombre y le pedí a Meinthe que lo repitiera: sí, era efectivamente André de Fouquières, al que apodaron durante mucho tiempo «árbitro de la elegancia», y de quien había leído unas interesantes «Memorias»); el señor y la señora Sandoz, directores del Hotel Windsor; el ex campeón de esquí Daniel Hendrickx, propietario de unos almacenes de deporte muy elegantes en Megève y en Alpe
d'Huez
(ese mismo al que Meinthe llamaba «cerdo»); un director de cine cuyo nombre no recuerdo ya (algo así como Gamonge o Gamace); y, en último lugar, el bailarín José Torres.

Meinthe también estaba muy entusiasmado con la perspectiva de participar en la Copa en calidad de acompañante masculino de Yvonne. No tendría más papel que conducir el coche por el paseo principal, de grava, del Sporting y detenerlo ante el jurado. Luego, se bajaría y abriría la puerta de Yvonne. Por descontado, el dogo alemán no faltaría.

Meinthe puso expresión misteriosa y me alargó, con un guiño, un sobre: la lista de los participantes en la Copa. Eran los últimos de la competición: el número 32. «Doctor R.
C. Meinthe
y señorita Yvonne Jacquet» (acabo de acordarme de su apellido). La Copa Houligant la daban todos los años en la misma fecha y premiaba «la belleza y la elegancia». Los organizadores habían sabido rodearla de una campaña publicitaria bastante considerable –me explicó Meinthe–, puesto que a veces hablaban de ella en la prensa de París. Según él, a Yvonne le interesaba mucho participar.

Y cuando nos levantamos de la mesa para ir a bailar, ella no pudo por menos de preguntarme qué me parecía a mí: ¿debía competir en aquella Copa o no? Trascendental problema. Tenía la mirada perdida. Yo divisaba a Meinthe, que se había quedado solo con su oporto «claro». Se hacía visera en los ojos con la mano izquierda. ¿Estaría llorando? Había veces en que Yvonne y él parecían vulnerables y desnortados (desnortados es la palabra exacta).

Pues claro que debía participar en la Copa Houligant. Pues claro. Tenía importancia para su carrera. Con un poco de suerte, sería Miss Houligant. Claro que sí. Y, además, todas habían empezado así.

Meinthe había decidido usar el Dodge. Si lo lustraban la víspera de la Copa, aquel modelo causaría buen efecto aún. La capota beige estaba casi nueva.

Según iban pasando los días y se acercaba aquel domingo 9 de julio, a Yvonne se la notaba cada vez más nerviosa. Volcaba los vasos, no podía estarse quieta, le hablaba con dureza al perro. Y éste le echaba una mirada de dulce misericordia.

Meinthe y yo intentábamos tranquilizarla. Seguro que la Copa le costaba menos que el rodaje de la película. Cinco minutitos de nada. Unos cuantos pasos ante el jurado. Y ya está. Y, si fracasaba, el consuelo de decirse que, entre todas las participantes, ella era la única que ya había trabajado en el cine. Una profesional, como quien dice.

No debíamos dejar que nos pillase nada de improviso y Meinthe nos propuso que hiciéramos un ensayo general el viernes por la tarde en un paseo ancho y sombreado, detrás del Hotel Alhambra. Yo, sentado en una silla de jardín, hacía las veces de jurado. El Dodge avanzaba despacio. Yvonne tenía una sonrisa crispada. Meinthe conducía con la mano derecha. El perro les daba la espalda y estaba quieto, como un mascarón de popa.

Meinthe se detuvo delante de mí exactamente y, apoyándose con la mano izquierda en la puerta y con un impulso vigoroso, saltó por encima. Cayó con elegancia, con las piernas juntas y el busto recto. Tras esbozar un saludo con la cabeza, dio la vuelta al Dodge a pasos cortos y abrió con gesto escueto la puerta de Yvonne. Ésta salió, agarrando al perro por el collar, y dio unos cuantos pasos tímidos. El dogo alemán agachaba la cabeza. Volvieron a su asiento y Meinthe saltó otra vez por encima de la puerta para ponerse de nuevo al volante. Admiré su flexibilidad.

Estaba de lo más decidido a repetir la hazaña ante el jurado. A ver qué cara ponía Doudou Hendrickx.

La víspera, Yvonne quiso tomar champán. Durmió con sueño agitado. Era esa niña que tiene casi ganas de llorar antes de subir a la tarima el día de la fiesta de la escuela.

Meinthe nos había citado en el vestíbulo a las diez en punto de la mañana. La Copa empezaba a las doce, pero necesitaba tiempo para zanjar ciertos detalles: una revisión general del Dodge, consejos varios a Yvonne y quizá también unos cuantos ejercicios de flexibilidad.

Tuvo mucho empeño en presenciar los últimos preparativos de Yvonne, que no acababa de decidirse entre un turbante rosa fucsia y una pamela de paja. «El turbante, cariño, el turbante», zanjó él con voz hastiada. Yvonne había optado por un vestido abrochado por delante de lino blanco. En cuanto a Meinthe, llevaba un terno de shantung color arena. Tengo buena memoria para la ropa.

Salimos al sol Yvonne, Meinthe, el perro y yo. Una mañana de julio como no he vuelto a ver otra. Un viento liviano movía la bandera grande que estaba izada en un mástil a la puerta del hotel. Azul cielo y oro. ¿De qué país eran esos colores?

Bajamos en rueda libre por el bulevar de Carabacel.

Los coches de los demás participantes estaban ya aparcados a ambos lados del paseo, muy ancho, que llevaba al Sporting. Oirían sus nombres y su número por un altavoz y deberían presentare en el acto ante el jurado. Éste se hallaba en la terraza del restaurante. Como el paseo terminaba en una rotonda situada en un nivel más bajo, podría contemplar el desfile desde las alturas.

Meinthe me había ordenado que me colocase lo más cerca posible de los miembros del jurado y que observase hasta en los menores detalles cómo se desarrollaba la Copa. Debía, sobre todo, acecharle la expresión de la cara a Doudou Hendrickx cuando Meinthe hiciera aquel número acrobático de altura. Si era menester, podía tomar unas cuantas notas.

Esperábamos, sentados en el Dodge. Yvonne, con la frente casi pegada al retrovisor, se retocaba el maquillaje. Meinthe se había puesto unas gafas de sol muy raras con montura de acero y se secaba a toquecitos la barbilla y las sienes con el pañuelo. Yo acariciaba al perro, que nos lanzaba a todos, por turnos, miradas desconsoladas. Estábamos parados al filo de una pista de tenis en donde cuatro jugadores –dos hombres y dos mujeres– estaban jugando un partido y, por distraer a Yvonne, le hice notar que uno de los jugadores se parecía al actor cómico francés Fernandel. «¿Y si fuera él?», sugerí. Pero Yvonne no me oía. Le temblaban las manos. Meinthe disimulaba la ansiedad con una tosecilla. Encendió la radio, que tapó el ruido monótono y exasperante de las pelotas de tenis. Los tres estábamos quietos, con el corazón palpitante, oyendo un boletín informativo. Por fin el altavoz anunció: «Rogamos a los amables participantes de la Copa Houligant de la elegancia que estén preparados.» Luego, pasados dos o tres minutos: «¡Jean Hatmer y señora, que participan con el número 1!» Meinthe hizo una mueca nerviosa. Besé a Yvonne, le deseé buena suerte y me encaminé, por un camino lateral, al restaurante del Sporting. Yo también me notaba bastante emocionado.

El jurado se sentaba tras una hilera de mesas de madera de pino, cada cual con su correspondiente sombrilla verde y roja. En torno, se agolpaban muchos espectadores. Unos tenían la suerte de estar sentados y tomando unas copas; los demás se habían quedado de pie y vestidos de playa. Me colé lo más cerca posible de los miembros del jurado, como quería Meinthe, para poder acecharlos.

Reconocí en el acto a André de Fouquières, cuya foto había visto en la portada de sus libros (los preferidos de mi padre. Me los aconsejó y disfruté mucho con ellos). Fouquières llevaba un panamá con una cinta de seda azul marino alrededor. Tenía apoyada la barbilla en la palma de la mano derecha y el rostro expresaba una elegante desgana. Se aburría. A su edad, todos aquellos veraneantes con sus bikinis y sus bañadores de leopardo le parecían marcianos. Nadie a quien hablar de Émilienne
d'Alençon
o de La Gándara. A excepción de mí, si se hubiera presentado la ocasión.

El cincuentón de cabeza leonina, pelo rubio (¿se teñía?) y piel tostada: Doudou Hendrickx, sin duda. Hablaba sin parar con las personas que tenía al lado y se reía alto. Tenía los ojos azules y rezumaba una vulgaridad sana y dinámica. Una mujer morena, de pinta muy burguesa, le lanzaba al ex esquiador sonrisas cómplices: ¿la presidenta del club de golf de Chavoire o la de la oficina de turismo? ¿La señora Sandoz? Gamange (o Gamonge), el cineasta, debía de ser el individuo con gafas de concha y vestido de calle: chaqueta cruzada gris de rayas finas blancas. Si hago un esfuerzo llego a ver a un personaje de unos cincuenta años, con el pelo ondulado entre gris y azul y boca golosa. Sacaba la nariz y también la barbilla, con la pretensión, seguramente, de parecer enérgico y supervisarlo todo. ¿El subprefecto? ¿El señor Sandoz? ¿Y el bailarín José Torres? No, no había venido.

Ya avanzaba por el paseo un Peugeot 203 descapotable de color granate; se detenía en el centro de la rotonda y una mujer con un vestido abullonado en la cintura se bajaba con un caniche enano bajo el brazo. El hombre se quedó al volante. Ella dio unos cuantos pasos ante el jurado. Llevaba zapatos negros de tacón de aguja. Una rubia oxigenada como debían de gustarle al ex rey Faruk de Egipto, del que me había hablado tantas veces mi padre y cuya mano aseguraba haber besado. El hombre del pelo ondulado entre gris y azul anunció: «Señora de Jean Hatmer», con voz dental; y con la boca modelaba las sílabas de ese nombre. La mujer soltó al caniche enano, que cayó de pie, y caminó intentando más o menos imitar a las modelos en los desfiles de moda; mirada vacía, cabeza floja. Luego, volvió a subirse al Peugeot. Aplausos débiles. Su marido llevaba el pelo a cepillo. Me fijé en que tenía expresión tensa. Metió la marcha atrás y luego giró con habilidad, y podía intuirse que tenía mucho empeño en conducir lo mejor posible. El Peugeot relucía tanto que debía de haberlo lustrado personalmente. Decidí que era un matrimonio joven; él, ingeniero, nacido en una familia de la burguesía de pro; ella, de procedencia más modesta; ambos muy deportistas. Y, con esta costumbre mía de colocar lo que sea en un lugar, me los imaginé viviendo en un pisito «cosy» de la calle del Docteur-Blanche, en Auteuil.

Fueron pasando otros participantes. Los he olvidado, por desgracia, salvo a unos cuantos. Aquella euroasiática de unos treinta años, por ejemplo, a quien acompañaba un hombre grueso y pelirrojo. Iban en un Nash descapotable de color verde agua. Cuando salió del coche, dio un paso de autómata hacia el jurado y se detuvo. Le entró un temblor nervioso. Lanzaba en torno miradas despavoridas, sin mover la cabeza. El pelirrojo grueso del Nash la llamaba: «Monique… Monique… Monique…», y hubiérase dicho un lamento, un ruego para conciliarse a un animal exótico y huraño. Se bajó también del coche y tiró de ella, cogiéndola de la mano. La hizo sentarse con cariño. Ella rompió en sollozos. Él entonces arrancó a toda velocidad y, al dar la vuelta, estuvo a punto de llevarse por delante al jurado. Y aquella pareja de sexagenarios encantadores cuyos nombres se me han quedado: Jackie y Tounette Roland-Michel. Llegaron en un Studebaker gris y se presentaron juntos ante el jurado. Ella, alta, pelirroja, de rostro enérgico y caballuno, con ropa de tenis. Él, de estatura media, bigotito, nariz de buen tamaño, sonrisa socarrona, con un físico de auténtico francés tal y como se lo puede imaginar un productor californiano. Debían de ser unas personalidades porque el individuo del pelo entre gris y azul había anunciado: «Nuestros amigos Tounette y Jackie Roland-Michel.» Tres o cuatro miembros del jurado (entre ellos la mujer morena y Daniel Hendrickx) aplaudieron. Pero Fouquières no se dignó ni tan siquiera honrarlos con una mirada. Saludaron con una inclinación de cabeza, un ademán sincronizado. Estaban en perfecto estado de salud y tenían ambos un aspecto muy satisfecho.

«Número 32. Señorita Yvonne Jacquet y doctor René Meinthe.» Creí que iba a desmayarme. De entrada, ya no veía nada, como si me hubiera incorporado de golpe tras pasarme el día entero tumbado en un sofá. Y la voz que decía esos nombres reverberaba en todas las direcciones. Me apoyaba en el hombro de alguien que estaba sentado delante de mí y me di cuenta de repente de que se trataba de André de Fouquières. Se dio la vuelta. Tartamudeé unas disculpas lánguidas. No podía despegarle la mano del hombro. Tuve que

echarme hacia atrás y recoger poco a poco el brazo contra el pecho, haciendo fuerza para superar una languidez plúmbea. No los vi llegar en el Dodge. Meinthe había detenido el coche frente al jurado. Llevaba los faros encendidos. Mi malestar iba cediendo el paso a algo parecido a una euforia y me llegaban las cosas con mayor agudeza que en circunstancias normales. Meinthe dio tres bocinazos y les leí en la cara a varios miembros del jurado una leve estupefacción. El propio Fouquières parecía interesado. Daniel Hendrickx sonreía, aunque, en mi opinión, de modo forzado. Por lo demás, ¿era realmente una sonrisa? No, era una risa sardónica congelada. No bajaban del coche. Meinthe apagaba los faros y los volvía a encender. ¿Dónde quería ir a parar? Puso en marcha los limpiaparabrisas. La cara de Yvonne no tenía expresión alguna, era impenetrable. Y, de pronto, Meinthe saltó. Un murmullo corrió entre el jurado y los espectadores. Aquel salto no tenía punto de comparación con el del «ensayo» del viernes; Meinthe no se contentó con pasar por encima de la puerta, sino que rebotó, se alzó por los aires, separó las piernas con un movimiento brusco y tuvo una caída elástica, todo ello con un único impulso, con una única descarga eléctrica. Y yo le notaba tanta rabia, tanto nerviosismo y tanta provocación quimérica, que le aplaudí. Giraba en torno al Dodge, deteniéndose a veces, quedándose inmóvil, como si caminase por un campo de minas. Todos los miembros del jurado lo observaban boquiabiertos. Todos tenían la seguridad de que corría peligro; y cuando por fin abrió la puerta del coche, hubo quienes lanzaron un suspiro de alivio.

Ella salió con su vestido blanco. El perro la siguió, tras un impulso perezoso. Pero no caminó arriba y abajo ante el jurado, como las demás participantes. Se apoyó en el capó y allí se quedó, mirando a Fouquières, a Hendrickx, a los demás, con una sonrisa insolente en los labios. Y, con ademán imprevisible, se quitó de un tirón el turbante y lo arrojó desganadamente hacia atrás. Se pasó una mano por el pelo para que le cayera sobre los hombros. Y el perro, por su parte, se subió de un salto a una de las aletas del Dodge y adoptó en el acto su postura de esfinge. Ella lo acariciaba con mano distraída. Meinthe, detrás, esperaba al volante.

Hoy en día, cuando me acuerdo de ella, es esa imagen la que me vuelve a la cabeza con más frecuencia. Aquella sonrisa y aquella melena pelirroja. El perro blanco y negro a su lado. El Dodge beige. Y Meinthe, a quien apenas se divisa tras el parabrisas del coche. Y los faros encendidos. Y los rayos de sol.

Se deslizó despacio hacia la puerta y la abrió sin apartar la vista del jurado. Volvió a sentarse en su sitio. El perro saltó al asiento de atrás con tanta indolencia que, cuando reconstruyo la escena en detalle, me parece verlo saltar a cámara lenta. Y el Dodge –aunque quizá no debe uno fiarse de sus recuerdos– sale de la rotonda en marcha atrás. Y Meinthe (este ademán lo veo también en una filmación a cámara lenta) lanza una rosa. Le cae encima de la chaqueta a Daniel Hendrickx, que la coge y la mira fijamente, atontado. No sabe qué hacer con ella. Ni siquiera se atreve a dejarla encima de la mesa. Por fin, suelta una carcajada boba y se la alarga a la mujer que tiene al lado, esa morena que no sé quién es, pero que debe de ser la mujer del presidente de la oficina de turismo, o la del presidente del club de golf de Chavoires. O, ¿quién sabe?, la señora Sandoz.

Antes de que el coche se meta por el paseo, Yvonne se vuelve y saluda con el brazo a los miembros del jurado. Creo incluso que les manda a todos un beso.

Deliberan en voz baja. Tres bañeros del Sporting nos han rogado cortésmente que nos apartemos unos cuantos metros para no quebrantar el secreto del debate. Todos los miembros del jurado tenían delante una hoja en donde constaban el nombre y el número de las diversas participantes. Y había que ponerles una nota según iban desfilando.

Están garabateando algo en unos trozos de papel y los doblan. Hacen luego un montón con las papeletas. Hendrickx las mezcla bien, una y otra vez, metiendo en ellas las manos pequeñas y de manicura, que contrastan con las espaldas anchas y la constitución recia. También tiene a su cargo el escrutinio. Va diciendo nombres y cantidades: Hatmer, 14; Tissot, 16; Roland-Michel, 17; Azuelos, 12, pero, por más que aguzo el oído, no me llegan la mayoría de los nombres. El hombre de las ondas y los labios golosos anota los números en una libreta. Mantienen todos un conciliábulo animado. Los más vehementes son Hendrickx, la mujer morena y el hombre del pelo entre gris y azul. Éste sonríe sin parar, para lucir –supongo– una hilera de dientes espléndidos, y lanza en torno miradas que pretende que sean seductoras: pestañea con rapidez, y así trata de aparentar que es candoroso y que todo lo deja maravillado. Abulta en los labios, con impaciencia. Un gastrónomo, seguramente. Y también eso que se llama vulgarmente un «golfo». Debe de haber una rivalidad entre él y Doudou Hendrickx. Juraría que se disputan las conquistas femeninas. Pero,

por el momento, ponen la expresión seria y responsable de los miembros de un consejo de administración.

Fouquières, por su parte, se desentiende por completo de cuanto sucede. Garabatea en la hoja de papel, con el ceño fruncido y cara de altanería irónica. ¿Qué está viendo? ¿Con qué escena del pasado sueña? ¿Con su última entrevista con Lucie Delarue-Mardrus? Hendrickx se inclina hacia él, muy respetuoso, y le hace una pregunta. Fouquières contesta sin mirarlo siquiera. Luego Hendrickx va a preguntar a Ganonge (o Gamange), el «cineasta», que está sentado en la última mesa a la derecha. Vuelve hacia el hombre del pelo entre gris y azul. Tienen un breve altercado y los oigo pronunciar varias veces el apellido «Roland-Michel». Por fin el «gris azulado de las ondas» –pienso llamarlo así– se acerca a un micrófono y dice con voz glacial:

–Señoras y caballeros, vamos, dentro de unos momentos, a conocer los resultados de esta Copa Houligant de la elegancia.

Vuelvo a sentirme mal. Todo lo veo empañado alrededor. Me pregunto dónde pueden andar Yvonne y Meinthe. ¿Están esperando en el sitio en donde los dejé, al filo de la pista de tenis? ¿Y si me hubieran abandonado?

–Por cinco votos contra cuatro –la voz del «gris azulado de las ondas» se hace más y más alta–, repito, por cinco votos contra cuatro para nuestros amigos Roland-Michel –ha insistido en: nuestros amigos, remachando las sílabas y ahora se le ha puesto la voz tan aguda como la de una mujer–, a quienes todos conocemos bien y apreciamos y cuyo talento deportivo quiero celebrar… y que habrían merecido, es mi opinión personal, ganar esta Copa de la elegancia… –ha dado un puñetazo en la mesa pero tiene la voz cada vez más quebrada– le ha sido concedida la Copa –hace una pausa– a la señorita Yvonne Jacquet, a quien acompañaba el señor René Meinthe…

Confieso que se me llenaron los ojos de lágrimas.

Tenían que presentarse una última vez ante el jurado y recibir la Copa. Todos los niños de la playa se habían sumado a los demás espectadores y esperaban, enardecidos. Los músicos de la orquesta del Sporting habían ocupado sus sitios acostumbrados, bajo el ancho dosel a rayas verdes y blancas, en el centro de la terraza. Estaban afinando los instrumentos.

Apareció el Dodge. Yvonne iba medio tendida encima del capó. Meinthe conducía despacio. Se bajó de un salto y se acercó al jurado, muy tímida. La aplaudieron mucho.

Hendrickx bajó y fue hacia ella, enarbolando la Copa. Se la dio y la besó en ambas mejillas. Y luego acudieron otras personas a felicitarla. Incluso André de Fouquières le dio la mano y ella no sabía quién era aquel señor mayor. Meinthe fue a su lado. Recorría con la vista la terraza del Sporting y me localizó enseguida. Gritó: «Victor… Victor» y me hizo amplias señas. Corrí hacia él. Estaba salvado. Me habría gustado darle un beso a Yvonne, pero estaba ya muy solicitada. Unos cuantos camareros con copas de champán intentaban abrirse paso. Las personas allí reunidas brindaban, bebían, parloteaban al sol. Meinthe seguía a mi lado, mudo e impenetrable tras las gafas oscuras. A pocos metros de mí, Hendrickx, animadísimo, presentaba a Yvonne a la mujer morena, a Gamonge (o Ganonge) y a otras dos o tres personas. Ella estaba pensando en otra cosa. ¿En mí? No me atrevía a creerlo.

Todo el mundo estaba cada vez más alegre. Todo el mundo reía. La gente se llamaba, se apretujaba. El director de orquesta nos preguntó a Meinthe y a mí qué «pieza» debía tocar en honor de la Copa y de la «encantadora ganadora». Nos quedamos un momento sin saber qué decir, pero como me llamaba provisionalmente Chmara y me notaba corazón de cíngaro, le pedí que tocase *Ojos negros*.

Estaba prevista una velada en el Sainte-Rose para festejar aquella quinta Copa Houligant y a Yvonne, la triunfadora del día. Y ella decidió ponerse un vestido de lamé color oro viejo.

Había colocado la Copa en la mesilla de noche, junto al libro de Maurois. La tal Copa era en realidad una estatuilla que representaba una bailarina de puntas en un pedestal pequeño en donde habían grabado en letra gótica: «Copa Houligant. 1.er premio». Y, debajo, el año.

Antes de salir, la acarició con la mano y, luego, se me colgó del cuello.

–¿No te parece maravilloso? –me preguntó.

Quiso que me pusiera el monóculo y acepté, porque no era una noche como las demás.

Meinthe llevaba un traje verde pálido, muy suave y muy rozagante. Se pasó todo el trayecto hasta Voirens burlándose de los miembros del jurado. El «gris azulado de las ondas» se llamaba Raoul Fossorié y dirigía la oficina de turismo. La mujer morena estaba casada con el presidente del club de golf de Chavoires: y sí, coqueteaba llegado el caso con ese «buey gordo» de Doudou Hendrickx. Meinthe lo

aborrecía. Un individuo, me decía, que llevaba treinta años rompiendo corazones en las pistas de esquí. (Me acordé del protagonista de *Liebesbriefe auf dem Berg*, la película de Yvonne); en 1943, Hendrickx daba lustre a las noches de
L'Équipe
y de *Le Chamois* de Megève, pero ahora frisaba los cincuenta y se parecía cada vez más a un «sátiro». Meinthe salpicaba su perorata de «¿A que sí, Yvonne?», «¿A que sí, Yvonne?», de sobrentendidos irónicos y poco sutiles. ¿Por qué? ¿Y cómo es que Yvonne y él conocían tanto a toda aquella gente?

Cuando aparecimos en la terraza con pérgola del Sainte-Rose, unos cuantos aplausos acogieron a Yvonne. Venían de una mesa en la que había alrededor de diez personas, entre las que Hendrickx ocupaba el lugar de honor. Nos hacía señas. Un fotógrafo se puso de pie y nos cegó con el flash. El gerente, aquel individuo que se llamaba Pulli, nos trajo tres sillas y volvió luego para ofrecerle, muy atento, una orquídea a Yvonne. Y ella le dio las gracias.

–En este gran día, señorita, es un honor para mí. ¡Y bravo!

Tenía acento italiano. Saludaba con una inclinación a Meinthe.

–¿Señor…? –me decía con una sonrisa al bies, apurado seguramente al no poder llamarme por el apellido.

–Victor Chmara.

–Ah… ¿Chmara…?

Parecía asombrado y fruncía el ceño.

–Señor Chmara…

–Sí.

Me lanzó una mirada rara.

–Enseguida estaré con ustedes, señor Chmara…

Y se fue hacia las escaleras que llevaban al bar de la planta baja.

Yvonne estaba sentada junto a Hendrickx y Meinthe y yo estábamos enfrente de ambos. Entre mis vecinos de mesa, reconocí a la mujer morena del jurado, a Tounette y a Jackie Roland-Michel, a un hombre de pelo gris muy corto y rostro enérgico de ex aviador o de militar: el director del club de golf, seguramente. Raoul Fossorié estaba en un extremo de la mesa y mordisqueaba una cerilla. A las otras tres o cuatro personas que había, entre ellas dos rubias muy tostadas, era la primera vez que las veía.

No había mucha gente aquella noche en el Sainte-Rose. Todavía era temprano. La orquesta estaba tocando la melodía de una canción que se oía con frecuencia y cuya letra susurraba uno de los músicos:

Es como un día el amor.
Se va, se va
el amor.

Hendrickx le había rodeado los hombros con el brazo derecho a Yvonne y yo me preguntaba adónde quería llegar. Me volví hacia Meinthe. Se ocultaba tras otro par de gafas de sol, con patillas macizas de concha, y tabaleaba, nervioso, en el filo de la mesa. No me atrevía a dirigirle la palabra.

–¿Qué, estás contenta de haber ganado la copa? –le preguntó Hendrickx con voz mimosa.

Yvonne me lanzó una mirada de apuro.

–Me la debes un poco a mí…

Debía de ser buena persona, claro que sí. ¿Por qué desconfiaba yo siempre del primero que llegaba?

–Fossorié no quería. ¿Eh, Raoul? No querías…

Y Hendrickx soltó la carcajada. Fossorié se tragaba una bocanada de humo del cigarrillo. Y hacía gala de mucha calma.

–Ni mucho menos, Daniel, ni mucho menos. Estás equivocado…

Modelaba las sílabas de una forma que me parecía obscena. «Mira que eres falso», exclamó Hendrickx sin malevolencia alguna.

Esa respuesta hizo reírse a la mujer morena, a las dos rubias tostadas (de repente me acabo de acordar de cómo se llamaba una de ellas, Meg Devillers) e incluso al individuo con pinta de ex oficial de caballería. Los Roland-Michel, por su parte, se esforzaban en compartir la hilaridad de los demás, pero sin ganas. Yvonne me miraba de reojo. Meinthe seguía tabaleando.

–Tus favoritos –seguía diciendo Hendrickx– eran Jackie y Tounette… ¿Eh, Raoul? –Luego, se dio la vuelta hacia Yvonne–: Deberías darles la mano a nuestros amigos Roland-Michel, tus competidores desbancados.

Yvonne se resignó a ello. Jackie mostraba una expresión jovial, pero Tounette Roland-Michel le clavó la mirada en los ojos a Yvonne. Parecía rencorosa.

–Uno de tus pretendientes –preguntó Hendrickx.

Me señalaba a mí.

–Mi novio –contestó desafiante Yvonne.

Meinthe alzó la cabeza. Los tics volvían a recorrerle el pómulo izquierdo y la comisura de los labios.

–Se nos había olvidado presentarte a nuestro amigo –dijo con voz refinada–. El conde Victor Chmara…

Pronunció «conde» recalcando las sílabas y haciendo una pausa. Luego se volvió hacia mí:

–Tiene delante a uno de los ases del esquí francés: Daniel Hendrickx.

Éste sonrió, pero yo notaba a la perfección que no se fiaba de las reacciones imprevisibles de Meinthe. Seguro que lo conocía desde hacía mucho.

–Por supuesto, mi querido Victor, es usted demasiado joven para que ese nombre le diga algo –añadió Meinthe.

Los demás esperaban. Hendrickx se disponía a encajar el ataque con fingida indiferencia.

–Supongo que no había usted nacido cuando Daniel Hendrickx ganó el combinado…

–¿Por qué dice usted esas cosas, René? –le preguntó Fossorié con tono muy suave, muy untuoso, modelando aún más las sílabas, tanto que uno se esperaba ver cómo le salían de la boca esos caramelos blandos y torneados de malvavisco que se compran en las ferias.

–Yo estaba cuando ganó el eslalon y el combinado –manifestó una de las rubias tostadas, la que se llamaba Meg Devillers–. No hace tanto…

Hendrickx se encogió de hombros y, como la orquesta estaba empezando a tocar una pieza lenta, aprovechó para sacar a bailar a Yvonne. Fossorié los acompañó poco después con Meg Devillers. El director del club de golf se llevó a la otra rubia tostada. Luego les tocó la vez de irse hacia la pista a los Roland-Michel. Iban cogidos de la mano. Meinthe se inclinó ante la mujer morena:

–Bueno, pues vamos también nosotros a bailar un rato…

Me quedé solo en la mesa. No les quitaba ojo a Yvonne y Hendrickx. Éste, visto de lejos, tenía cierta prestancia: medía alrededor de un metro ochenta ochenta y cinco y la luz que envolvía la pista –azul con una pizca de rosa– le suavizaba el rostro y le borraba el abotagamiento. Se arrimaba mucho a Yvonne. ¿Qué hacer? ¿Partirle la jeta? Me temblaban las manos. Por supuesto que podía sacarle partido al efecto sorpresa y arrearle un puñetazo en toda la cara. O también acercarme por detrás y romperle una botella en la cabeza. ¿Para qué? De entrada, haría el ridículo delante de Yvonne. Y además ese comportamiento no encajaba con mi forma de ser pacífica, con mi pesimismo natural y con cierta cobardía que me caracteriza.

La orquesta enlazaba con otro lento y ninguna de las parejas se iba de la pista. Hendrickx se arrimaba cada vez más a Yvonne. ¿Por qué lo consentía ella? Yo acechaba un guiño que podría haberme lanzado a hurtadillas, una sonrisa de connivencia. Nada. Pulli, el gerente grueso y aterciopelado, se había acercado prudentemente a mi mesa. Lo tenía muy cerca, apoyado en el respaldo de una de las sillas vacías. Intentaba hablar conmigo. A mí me estaba fastidiando.

–Señor Chmara… Señor Chmara…

Me volví hacia él por cortesía.

–Dígame, ¿es pariente de los Chmara de Alejandría?

Se inclinaba con mirada ávida y entendí por qué había elegido yo aquel apellido, que creía que me había brotado de la imaginación: era el de una familia de Alejandría de la que mi padre me hablaba con frecuencia.

–Sí. Son parientes míos –contesté.

–¿Así que es usted oriundo de Egipto?

–Un poco.

Sonrió, emocionado. Quería saber más y yo habría podido hablarle de la ciudad de Sidi-Birsh, en la que pasé unos cuantos años de mi infancia, del palacio Abdin y de la posada de las Pirámides, de la que conservo un recuerdo muy vago. Y preguntarle a mi vez si era él pariente de uno de los conocidos no muy recomendables de mi padre, aquel Antonio Pulli que le hacía las veces de confidente y «secretario» al rey Faruk. Pero estaba demasiado pendiente de Yvonne y de Hendrickx.

Ella seguía bailando con aquel individuo talludo que seguramente se teñía el pelo. Pero a lo mejor lo estaba haciendo por algo concreto que me contaría cuando estuviéramos solos. ¿O a lo mejor lo estaba haciendo porque sí? ¿Y si me hubiera olvidado? Nunca he confiado gran cosa en mi identidad y la idea de que no me reconociera se me pasó por la cabeza. Pulli se había sentado en el sitio de Meinthe.

–Conocí a Henri Chmara en El Cairo… Nos veíamos todas las noches. En Groppi o en el Mena House.

Parecía que me estuviera contando secretos de Estado.

–Espere…, fue el año en que el rey andaba con aquella cantante francesa… ¿Sabe quién le digo?

–Ah, sí…

Hablaba cada vez más bajo. Tenía miedo de policías invisibles.

–¿Y usted vivió allí…?

Los focos que iluminaban la pista no lanzaban ya sino una luz rosa muy débil. Por un momento perdí de vista a Yvonne y a Hendrickx, pero volvieron a aparecer detrás de Meinthe, Meg Devillers, Fossorié y Tounette Roland-Michel. Ésta les comentó algo por encima del hombro de su marido. Yvonne se echó a reír.

–Ya sabe, es imposible olvidar Egipto… No… Hay noches en que me pregunto qué estoy haciendo aquí…

Yo también me lo preguntaba de pronto. ¿Por qué no me había quedado en Les Tilleuls leyendo mis guías telefónicas y mis revistas de cine? Pulli me puso la mano en el hombro.

–No sé lo que daría por estar en la terraza del Pastroudis… ¿Cómo olvidar Egipto?

–Pero si ya no debe de existir –susurré.

–¿Lo cree usted de verdad?

Algo más allá, Hendrickx aprovechaba la semipenumbra para pasarle a Yvonne una mano por las nalgas.

Meinthe volvía a nuestra mesa. Solo. La mujer morena estaba bailando con otro. Se dejó caer en la silla.

–¿De qué hablaban? –Se había quitado las gafas de sol y me miraba con una sonrisa simpática–: Estoy seguro de que Pulli le estaba contando sus historias de Egipto…

–Este caballero es de Alejandría, igual que yo –dijo Pulli con tono seco.

–¿Usted, Victor?

Hendrickx intentaba besar a Yvonne en el cuello, pero ella no se dejaba. Se echaba hacia atrás.

–Pulli lleva aquí diez años –decía Meinthe–. En invierno, trabaja en Ginebra. Bueno, pues nunca ha podido acostumbrarse a las montañas.

Se había fijado en que estaba mirando cómo bailaba Yvonne e intentaba distraerme.

–Si viene a Ginebra en invierno –decía Meinthe–, tendré que llevarlo al sitio ese, Victor. Pulli ha reproducido con total exactitud un restaurante que había en El Cairo. ¿Cómo se llamaba, que no me acuerdo?

–El Khedival.

–Cuando está en ese local, le parece que está todavía en Egipto y se siente un poco menos mustio. ¿Verdad, Pulli?

–¡Menuda mierda de montañas!

–No hay que estar mustio nunca –canturreaba Meinthe–. Mustio nunca. Mustio nunca. Nunca.

Algo más allá, empezaban a bailar otra pieza; Meinthe se inclinó hacia mí:

–No haga caso, Victor.

Los Roland-Michel volvieron a la mesa. Luego, Fossorié y la rubia, Meg Devillers. Y finalmente Yvonne y Hendrickx. Ella vino a sentarse a mi lado y me cogió la mano. Así que no me había olvidado. Hendrickx me miraba atentamente, con curiosidad.

–¿Así que es usted el novio de Yvonne?

–Pues sí –dijo Meinthe, sin darme tiempo a contestar–. Y si todo va bien no tardará en llamarse condesa Yvonne Chmara. ¿Qué te parece?

Lo estaba provocando, pero Hendrickx seguía con la sonrisa puesta.

–¿A que suena mejor que Yvonne Hendrickx? –añadió Meinthe.

–¿Y este joven a qué se dedica? –preguntó Hendrickx con entonación pomposa.

–A nada –dije, atornillándome el monóculo en el ojo izquierdo–. NADA, NADA.

–Seguramente te creías que este joven era profesor de esquí o comerciante como tú, ¿no? –siguió diciendo Meinthe.

–Cállate o te hago picadillo –dijo Hendrickx; y no se sabía si se trataba de una amenaza o de una broma.

Yvonne me rascaba la palma de la mano con el dedo índice. Estaba pensando en otra cosa. ¿En qué? Llegaron la mujer rubia y su marido de rostro enérgico y llegó simultáneamente la otra rubia, pero eso no alivió la tensión del ambiente en absoluto. Todo el mundo miraba de reojo a Meinthe. ¿Qué iba a hacer? ¿Insultar a Hendrickx? ¿Tirarle un cenicero a la cara? ¿Provocar un escándalo? El director del club de golf

acabó por decirle con tono de charla mundana:

–¿Sigue ejerciendo en Ginebra, doctor?

Meinthe le contestó como un alumno aplicado:

–Desde luego, señor Tessier.

–Hay que ver cómo me recuerda usted a su padre.

Meinthe sonrió con tristeza:

–Ay, no, no diga eso…, mi padre valía mucho más que yo.

Yvonne tenía apoyado el hombro en el mío y aquel simple contacto me trastornaba. Y el padre de ella ¿quién era? A Hendrickx le caía bien (o más bien se le arrimaba demasiado al bailar), pero, en cambio, me daba cuenta de que Tessier, su mujer y Fossorié no le hacían ningún caso. Ni tampoco los Roland-Michel. Le sorprendí incluso una expresión de desprecio burlón a Tounette Roland-Michel cuando Yvonne le dio la mano. Yvonne no era del mismo ambiente que ellos. En cambio, parecían considerar a Meinthe como un igual y le manifestaban cierta indulgencia. ¿Y yo? ¿Era para ellos sólo un adolescente entusiasta del rock and roll? A lo mejor no. Mi circunspección, mi monóculo y mi título nobiliario los tenían un tanto intrigados. Sobre todo a Hendrickx.

–¿Fue usted campeón de esquí? –le pregunté.

–Sí –dijo Meinthe–, pero es algo que se pierde en la noche de los tiempos.

–Figúrese –me dijo Hendrickx, poniéndome la mano en el antebrazo– que conocí a este mocoso –señalaba a Meinthe– cuando tenía cinco años. Jugaba con muñecas.

Menos mal que en ese preciso momento retumbó un chachachá. Eran las doce pasadas y los clientes llegaban por racimos. Había empujones en la pista de baile. Hendrickx llamó a Pulli.

–Vete por el champán y avisa a la orquesta.

Y le hizo un guiño al que Pulli contestó con un saludo más o menos militar, con el índice sobre la ceja.

–Doctor, ¿cree usted que la aspirina va bien para los trastornos circulatorios? –preguntaba el director del club de golf–. He leído algo de eso en *Science et Vie*.

Meinthe no lo había oído. Yvonne me apoyaba la cabeza en el hombro. La orquesta se calló. Pulli traía una bandeja con copas y dos botellas de champán. Hendrickx se levantó y gesticuló con los brazos. Las parejas que estaban bailando y los demás clientes se volvieron hacia nuestra mesa.

–Señoras y caballeros –dijo Hendrickx a voces–, vamos a beber a la salud de la afortunada ganadora de la Copa Houligant, la señorita Yvonne Jacquet.

Indicó a Yvonne con un ademán que se levantase. Todos estábamos de pie. Brindamos y, como notaba las miradas fijas en nosotros, fingí un acceso de tos.

–Y ahora, señoras y caballeros –seguía diciendo Hendrickx con tono enfático–, les pido un aplauso para la joven y deliciosa Yvonne Jacquet.

Los «bravos» se dispararon en torno. Yvonne se apretaba contra mí, intimidada. Se me había caído el monóculo. Los aplausos se prolongaban y no me atrevía a moverme ni un centímetro. Tenía la vista clavada al frente, en el pelo abundante de Fossorié, en esas ondas elaboradas y nutridas que se cruzaban entre sí, aquel curioso pelo entre azul y gris que parecía un casco labrado.

La orquesta reanudó la música interrumpida. Un chachachá muy lento en el que se reconocía el tema de *Abril en Portugal*.

Meinthe se levantó:

–Si no le parece mal, Hendrickx –era la primera vez que le hablaba de usted–, voy a dejarlo, y también a esta dilecta compañía. –Se volvió hacia Yvonne y hacia mí–: ¿Os llevo?

Contesté con un «sí» dócil. Yvonne se levantó a su vez. Les dio la mano a Fossorié y al director del club de golf, pero no se atrevía a despedirse de los Roland-Michel ni de las dos rubias tostadas.

–¿Y para cuándo es la boda? –preguntó Hendrickx apuntándonos con el dedo.

–En cuanto nos vayamos de este pueblucho francés de mierda –contesté deprisa.

Todos me miraban boquiabiertos.

¿Por qué había hablado de forma tan necia y tan grosera de un pueblo francés? Todavía me lo estoy preguntando y me disculpo por ello. El propio Meinthe parecía consternado al verme desde esa perspectiva.

–Ven –me dijo Yvonne cogiéndome del brazo. Hendrickx se había quedado sin palabras y me miraba fijamente con los ojos muy abiertos.

Le di un empujón sin querer a Pulli.

–¿Se va, señor Chmara?

Intentaba retenerme apretándome la mano.

–Ya volveré, ya volveré –le dije.

–Ay, sí, por favor. Volveremos a hablar de todas esas cosas…

Y tenía una expresión evasiva. Cruzamos la pista. Meinthe iba detrás de nosotros. Merced a un juego de focos, parecía que la nieve cayera en copos gruesos. Yvonne tiraba de mí y nos costaba trabajo abrirnos paso.

Antes de bajar la escalera, quise lanzarle una última mirada a la mesa de la que veníamos.

Se me había disipado toda la rabia y lamentaba haber perdido el control de mí mismo.

–¿Vienes? –me dijo Yvonne–. ¿Vienes?

–¿En qué piensa, Victor? –me preguntó Meinthe; y me daba palmadas en el hombro.

Yo estaba quieto, al filo de la escalera; volvía a hipnotizarme el pelo de Fossorié. Relucía. Debía de darse algo así como una brillantina Bakerfix fosforescente. Cuántos esfuerzos y cuánta paciencia para edificar todas las mañanas aquella tarta de pisos entre gris y azul.

En el Dodge, Meinthe dijo que habíamos perdido tontamente la velada. La culpa la tenía Daniel Hendrickx, que le había recomendado a Yvonne que acudiera so pretexto de que estarían presentes todos los miembros del jurado y también unos cuantos periodistas. Nunca había que fiarse del «cabrón» aquel.

–Que sí, cariño, lo sabes perfectamente –añadía Meinthe con tono irritado–. Te habrá dado el cheque por lo menos.

–Claro.

Y los dos me desvelaron las interioridades de aquella velada tan triunfal: Hendrickx había creado la Copa Houligant cinco años antes. Se entregaba un año sí y otro no en invierno, en Alpe
d'Huez
o en Megève. Había tomado aquella iniciativa por esnobismo (escogía a unas cuantas personalidades de la buena sociedad para la composición del jurado), para hacerse publicidad (los periódicos que hablaban de la Copa lo citaban a él, a Hendrickx, recordando sus hazañas deportivas) y también por afición a las chicas guapas. Con la promesa de que le iban a dar la Copa, cualquier idiota caía. El cheque era de ochocientos mil francos. En el jurado, mandaba Hendrickx. A Fossorié le habría gustado que «aquella copa de la elegancia» que tenía tanto éxito todos los años dependiera algo más de la oficina de turismo. De ahí aquella rivalidad sorda entre ambos hombres.

–Pues sí, mi querido Victor –fue la conclusión de Meinthe–, ya ve lo mezquinos que son en provincias.

Se volvió hacia mí y me brindó una sonrisa triste. Habíamos llegado delante del Casino. Yvonne le pidió a Meinthe que nos dejara allí. Volveríamos al hotel a pie.

–Eh, vosotros, llamadme mañana. –Parecía desconsolado de que lo dejáramos solo. Se asomó por encima de la puerta–: Y olvidaos de esta velada infame.

Luego arrancó de golpe, como si quisiera arrancarse de nosotros. Tiró por la calle Royale y me pregunté dónde pasaría la noche.

Nos quedamos unos momentos contemplando el surtidor, que cambiaba de colores. Nos acercábamos cuanto podíamos y nos caían gotas en la cara. Le di a Yvonne un empujón. Se defendió entre gritos. Ella también quiso darme un empujón por sorpresa. Nuestras carcajadas retumbaban en la explanada desierta. Más allá, los camareros de La Taverne debían de estar acabando de recoger las mesas. Era alrededor de la una de la madrugada. La noche era tibia y noté algo parecido a una embriaguez al pensar que el verano estaba recién empezado y que teníamos aún por delante días y días para pasarlos juntos, para pasearnos por la noche o para quedarnos en la habitación oyendo el golpeteo sofocado y estúpido de las pelotas de tenis.

En la primera planta del Casino había luz en las cristaleras: la sala de bacará. Se divisaban siluetas. Le dimos la vuelta a ese edificio en cuya fachada ponía en redonda CASINO y dejamos atrás la entrada del Brummel, de donde salía música. Sí, aquel verano había en el aire músicas y canciones, siempre las mismas.

Íbamos por la avenida de Albigny, por la acera de la izquierda, la que va bordeando los jardines de la prefectura. Pasaban algunos coches en ambos sentidos. Le pregunté a Yvonne por qué dejaba a Hendrickx que le tocase el culo. Me contestó que no tenía ninguna importancia. No le quedaba más remedio que ser amable con Hendrickx porque le había hecho ganar la Copa y le había dado un cheque de ochocientos mil francos. Le dije que en mi opinión había que pedir mucho más de ochocientos mil francos para dejarse «tocar el culo» y que, en cualquier caso, la Copa Houligant de la elegancia no tenía interés alguno. Ningún interés. Nadie sabía que existía esa copa, sólo unas cuantas personas de provincias extraviadas a orillas de un lago perdido. Y era una copa grotesca. Y una birria. ¿No? Y, para empezar, qué sabían de elegancia en

aquel «pueblucho de Saboya». ¿Eh? Me contestó con un tonillo tirante que Hendrickx le parecía «muy atractivo» y que estaba encantada de haber bailado con él. Le dije –intentando articular todas las sílabas, pero era inútil, me tragaba la mitad– que Hendrickx tenía cara de buey y «era caído de nalgas como todos los franceses». «Pero tú también eres francés», me dijo ella. «No. No. Yo no tengo nada que ver con los franceses. Vosotros los franceses sois incapaces de entender la auténtica nobleza, la auténtica…» Se echó a reír. No la intimidaba. Entonces le expuse –y fingía una extremada frialdad– que en el futuro haría muy bien en no vanagloriarse demasiado de la Copa Houligant de la elegancia si no quería que se burlasen de ella. Montones de chicas habían ganado copitas ridículas como aquélla antes de caer en un olvido total. Y otras muchas habían trabajado por casualidad en alguna película que no valía nada, del estilo de *Liebesbriefe auf dem Berg*… Y ahí se había quedado su carrera cinematográfica. Muchas eran las llamadas y pocas las elegidas. «¿Te parece que esa película no vale nada?», me preguntó. «Nada.» Esta vez sí creo que se puso triste. Andaba sin decir nada. Nos sentamos en el banco del chalet para esperar el funicular. Ella rompía minuciosamente un paquete vacío de cigarrillos. Iba dejando, uno tras otro, los pedacitos de papel en el suelo y eran del tamaño del confeti. Me enterneció tanto aquel primor que le besé las manos.

El funicular se detuvo antes de Saint-Charles Carabacel. Una avería seguramente; pero a aquella hora nadie iba a venir a arreglarla. Yvonne se mostraba aún más apasionada que de costumbre. Pensé que algo sí debía de quererme en realidad. A veces mirábamos por la ventanilla y nos veíamos entre el cielo y la tierra, con el lago abajo del todo y los tejados. Llegaba el alba.

Al día siguiente salió un artículo extenso en la tercera página de *L'Écho-Liberté*.

El titular anunciaba: «LA COPA HOULIGANT DE LA ELEGANCIA CONCEDIDA POR QUINTA VEZ».

«Ayer, a última hora de la mañana, en el Sporting, una nutrida concurrencia presenció con curiosidad cómo se desarrollaba la quinta Copa Houligant de la elegancia. Los organizadores, al haber concedido la copa el año pasado en Megève, durante la temporada de invierno, han preferido que este año fuera un acontecimiento veraniego. El sol no faltó a la cita. Nunca estuvo tan radiante. La mayoría de los espectadores iba en atuendo playero. Destacaba entre ellos Jean Marchat de la Comédie-Française, que está aquí para dar en el teatro del Casino unas cuantas representaciones de *Écoutez bien Messieurs*.

»En el jurado coincidían, como de costumbre, las personalidades más diversas. Lo presidía André de Fouquières, que tuvo a bien poner a disposición de esta Copa su larga experiencia, ya que, efectivamente, podemos decir que el señor De Fouquières, tanto en París como en Deauville o en Cannes o en Le Touquet, lleva los cincuenta últimos años participando en la vida elegante y siendo su árbitro.

»Se sentaban junto a él: Daniel Hendrickx, el bien conocido campeón y promotor de esta Copa; Fossorié, de la oficina de turismo; el director de cine Gamange; los señores de Tessier del club de golf; los señores de Sandoz, del Windsor; y el señor subprefecto, P.
A. Roquevillard
. Hubo que lamentar la ausencia del bailarín José Torres, que tuvo un impedimento de última hora.

»La mayoría de los participantes hicieron honor a la Copa; Jacques Roland-Michel y señora, que pasan el verano, como todos los años, en su villa de Chavoires, despertaron especial atención y recibieron muchos aplausos.

»Pero la palma se la llevó, tras varias votaciones, la señorita Yvonne Jacquet, de veintidós años, una preciosa pelirroja, vestida de blanco, a la que seguía un dogo impresionante. La señorita Jacquet, por su encanto y su inconformismo, impresionó mucho al jurado.

»La señorita Yvonne Jacquet nació y creció en nuestra ciudad. Su familia es oriunda de la comarca. Acaba de debutar en el cine con una película que ha rodado a pocos kilómetros de aquí un director alemán. Le deseamos a nuestra compatriota, la señorita Jacquet, mucha suerte y muchos éxitos.

»La acompañaba René Meinthe, hijo del doctor Henri Meinthe. Este nombre despertará en algunos gran cantidad de recuerdos. El doctor Henri Meinthe, de una antigua familia de Saboya, fue, efectivamente, uno de los héroes y mártires de la Resistencia. Una calle de nuestra ciudad lleva su nombre.»

Una foto grande ilustraba el artículo. La habían tomado en el Sainte-Rose en el preciso instante en que entrábamos. Estábamos los tres de pie, Yvonne y yo juntos y Meinthe algo más atrás. Debajo, el pie decía: «La señorita Yvonne Jacquet, el señor René Meinthe y un amigo de ambos, el conde Victor Chmara.» Era una instantánea muy nítida pese al papel de periódico. Yvonne y yo estábamos serios. Meinthe sonreía. Teníamos la vista clavada en un punto del horizonte. Esa foto la he llevado conmigo durante muchos años

antes de guardarla con otros recuerdos; y, una noche en que la estaba mirando con melancolía, no pude por menos de cruzarla con estas palabras escritas con lápiz rojo: «Reyes por un día.»

Capítulo VIII

–Un oporto lo más claro posible, hijita –repite Meinthe.

La camarera no lo entiende.

–¿Claro?

–Muy, muy claro.

Pero lo dice sin convicción.

Se pasa una mano por las mejillas sin afeitar. Hace doce años se afeitaba dos o tres veces al día. Por la guantera del Dodge andaba rodando una maquinilla de afeitar eléctrica, pero, a lo que decía, aquel aparato no le servía para nada porque él tenía la barba durísima. A veces se le rompían incluso las hojas de afeitar azul extra.

Vuelve la camarera con una botella de Sandeman y le llena una copa:

–No tengo oporto… «claro».

Cuchichea «claro» como si se tratase de una palabra malsonante.

–No tiene importancia, hijita –le contesta Meinthe.

Y sonríe. Ha rejuvenecido de golpe. Sopla en la copa y contempla las arrugas de la superficie del oporto.

–¿No tendría una paja, hijita?

Ella se la trae de mala gana, con expresión hosca. No tiene más de veinte años. Debe de estarse diciendo: «¿Hasta qué hora se va a quedar este zumbado? ¿Y el otro del fondo, con esa chaqueta de cuadros?» Como todas las noches, acaba de reemplazar a Geneviève, esa que ya estaba allí a principios de los sesenta y que, durante el día, llevaba el bar del Sporting, cerca de las cabinas. Una rubia con mucho encanto. Por lo visto tenía un soplo cardíaco.

Meinthe se volvió hacia el hombre de la chaqueta de cuadros. La chaqueta es el único recurso para que se fijen en él. Pues todo es mediocre en el rostro ese: bigotito negro, nariz bastante grande, pelo moreno peinado hacia atrás. Aunque hace un momento adoptaba la apariencia de un borracho, está muy erguido, con una expresión de suficiencia en la comisura de los labios:

–¿Quiere ponerme… –la voz es pastosa y titubeante– con el 233 de Chambéry…?

La camarera marca. Alguien contesta al otro extremo del hilo. Pero el hombre de la chaqueta de cuadros sigue, muy tieso, en su mesa.

–Señor, tengo a esa persona al aparato –dice la camarera intranquila.

Él no se mueve ni un milímetro. Tiene los ojos muy abiertos y saca un poco la barbilla.

–Señor…

Sigue de piedra. La camarera cuelga. Debe de estar empezando a preocuparse. Cuidado que son raros estos dos clientes… Meinthe ha contemplado la escena con un fruncimiento de ceño. Al cabo de unos minutos, el hombre vuelve a decir con voz aún más sorda:

–¿Quiere ponerme con… el 233 de Chambéry…?

La camarera no se mueve. El hombre sigue, imperturbable:

–¿Quiere ponerme con…?

Ella se encoge de hombros. Entonces Meinthe se inclina hacia el teléfono y marca el número. Cuando oye la voz, alarga el auricular hacia donde está el hombre de la chaqueta de cuadros, pero éste no hace ni un movimiento. Clava en Meinthe los ojos, muy abiertos.

–Vamos, caballero… –susurra Meinthe–. Vamos…

Acaba por dejar el auricular encima de la barra y se encoge de hombros.

–A lo mejor tiene ganas de ir a acostarse, hijita –le dice a la camarera–. No querría entretenerla.

–No. De todas formas cerramos a las dos de la mañana… Va a venir gente.

–¿Gente?

–Hay un congreso. Aterrizarán aquí.

Se pone un vaso de
Coca-Cola

.

–Esto no está muy animado en invierno, ¿verdad?

–Yo voy a irme a París –le contesta ella en tono agresivo.

–Hace usted bien.

El hombre, desde la parte de atrás, chasquea los dedos.

–¿Podría ponerme otro *dry*, por favor? –Y añade–: Y ponerme con el 233 de Chambéry.

Meinthe vuelve a marcar el número y, sin darse la vuelta, pone el auricular junto a él, en un taburete. A la chica le entra una risa incontenible. Meinthe alza la cabeza y sus ojos topan con las fotos antiguas de Émile Allais y de James Couttet, encima de las botellas de licor. Han añadido una foto de Daniel Hendrickx, que se mató hace unos años en un accidente de coche. Debe de ser seguramente una iniciativa de Geneviève, la otra camarera. Estaba enamorada de Hendrickx en los tiempos en que trabajaba en el Sporting. En los tiempos de la Copa Houligant.

Capítulo IX

¿Dónde andará ahora esa copa? ¿En lo hondo de qué armario empotrado? ¿De qué trastero? Al final, la usábamos de cenicero. Porque el pedestal sobre el que estaba la bailarina tenía un reborde circular. Apagábamos ahí los cigarrillos. Debimos de dejárnosla olvidada en la habitación del hotel, y me extraña no habérmela llevado porque les cojo mucho apego a las cosas.

Aunque, al principio, a Yvonne parecía que le importaba. La colocó muy a la vista encima del buró del salón. Era el principio de una carrera. Más adelante llegarían las Victorias y los Oscars. Andando el tiempo, la mencionaría con enternecimiento ante los periodistas, porque a mí no me cabía duda de que Yvonne acabaría por ser una estrella de cine. Mientras tanto, pusimos en la pared del cuarto de baño el extenso artículo de
L'Écho-Liberté
.

Vivíamos días ociosos. Nos levantábamos bastante temprano. Por la mañana había bruma muchas veces, o más bien un vapor azul que nos liberaba de las leyes de la gravedad. Éramos livianos, tan livianos… Cuando íbamos bulevar Carabacel abajo, apenas si tocábamos la acera. Las nueve. El sol no iba a tardar en desvanecer aquella bruma sutil. Aún no había cliente alguno en la playa del Sporting. Éramos los únicos seres vivos junto con uno de los bañeros, vestido de blanco, que colocaba en su sitio las tumbonas y las sombrillas. Yvonne llevaba un bañador de dos piezas de color ópalo y yo le cogía prestado el albornoz. Se bañaba y yo la miraba nadar. También el perro la seguía con la vista. Me hacía una seña con la mano y me gritaba, entre risas, que fuera hasta donde estaba ella. Yo me decía que todo aquello era demasiado bueno y que al día siguiente ocurriría una catástrofe. El 12 de julio de 1939, pensaba, un individuo parecido a mí, ataviado con un albornoz de baño de rayas rojas y verdes, miraba cómo su novia nadaba en la piscina del
Éden-Roc
. Como a mí, le daba miedo poner la radio. Incluso en aquel lugar, en Cabo de Antibes, no podría librarse de la guerra. En su cabeza tropezaban nombres de refugios, pero no le daría tiempo a desertar. Durante unos segundos se adueñaba de mí un terror inexplicable, y luego Yvonne salía del agua y venía a tumbarse a mi lado para tomar un baño de sol.

A eso de las once, cuando la gente empezaba a invadir el Sporting, nos refugiábamos en algo así como una ensenada pequeña. Se llegaba a ella desde la terraza del restaurante por una escalera que se caía a pedazos y era de tiempos del señor Gordon-Gramme. Al llegar abajo, una playa de cantos rodados y rocas; un chalet diminuto con una única habitación, ventanas y postigos. En la puerta desvencijada, dos iniciales grabadas en la madera, en letra gótica: G. G. –Gordon Gramme– y la fecha: 1903. Estaba claro que se había construido él aquella casa de muñecas y la usaba para meditar, retirado del mundo. Qué atento y previsor este Gordon-Gramme. Cuando el sol calentaba demasiado entrábamos un momento. Penumbra. Un charco de luz en el umbral. Flotaba un leve olor a moho al que habíamos acabado por acostumbrarnos. El ruido de la resaca, tan monótono y tranquilizador como el de las pelotas de tenis. Cerrábamos la puerta.

Ella se bañaba y se desperezaba al sol. Yo prefería la sombra, como mis antepasados orientales. A primera hora de la tarde volvíamos a subir a
L'Hermitage
y ya no salíamos de la habitación hasta las siete o las ocho. Había una terraza muy espaciosa en cuyo centro se tumbaba Yvonne. Yo me acomodaba a su lado, tocado con un sombrero «colonial» de fieltro blanco, uno de los pocos recuerdos que conservaba de mi padre y por el que sentía tanto más apego cuanto que iba conmigo cuando lo compró. Fue en Sport et Climat en la esquina del bulevar Saint-Germain con la calle de Saint-Dominique. Yo tenía ocho años y mi padre se disponía a irse a Brazzaville. ¿Qué iba a hacer allí? Nunca me lo dijo.

Bajaba al vestíbulo por revistas. Como había muchos clientes extranjeros, recibían la mayoría de las que

se publicaban en Europa. Las compraba todas: *Oggi, Life, Cinémonde, Stern, Confidential*… Miraba de reojo los titulares a toda plana de los diarios. Estaban pasando cosas graves en Argelia, pero también en la metrópolis y en el mundo. Prefería no saberlo. Se me hacía un nudo en la garganta. Hacía votos para que no mencionaran demasiado todo aquello en las revistas. No. No. Eludir los asuntos de importancia. Volvía a adueñarse de mí el pánico. Para calmarme, me tomaba un Alexandra en el bar y me volvía a la habitación con mi montón de revistas. Las leíamos repantigados en la cama o tirados en el suelo, delante de las puertas acristaladas abiertas, entre las manchas doradas que dejaban los últimos rayos de sol. La hija de Lana Turner había matado de una cuchillada al amante de su madre. Errol Flynn se había muerto de un ataque al corazón, y le había dado tiempo a indicarle las fauces abiertas de un leopardo disecado a la joven amiga que le estaba preguntando dónde podía echar la ceniza del cigarrillo. Henri Garat había muerto como un vagabundo. Y el príncipe Ali Khan, en un accidente de coche por la zona de Suresnes. Ya no me acuerdo de los acontecimientos dichosos. Recortábamos unas cuantas fotos. Las poníamos en las paredes de la habitación y, aparentemente, a la dirección del hotel no le parecía mal.

Tardes vacías. Horas lentas. Yvonne llevaba muchas veces una bata de seda negra con lunares rojos, agujereada en algunos sitios. A mí se me olvidaba quitarme el sombrero «colonial» viejo.

Las revistas, medio rotas, estaban desparramadas por el suelo. Andaban rodando por todos lados frascos de *Ambre Solaire*. El perro se tumbaba, cruzado, en un sillón. Y poníamos discos en el Teppaz viejo. Se nos olvidaba encender la luz.

Abajo, empezaba a tocar la orquesta y llegaba la gente que venía a cenar. Entre dos piezas, oíamos el murmullo de las conversaciones. Destacaba alguna voz entre aquel zumbido –voz de mujer– o una carcajada. Y la orquesta volvía a tocar. Yo dejaba la puerta acristalada abierta para que aquel barullo y aquella música subieran hasta nosotros. Nos protegían. Y además empezaban todos los días a la misma hora, lo cual quería decir que el mundo seguía girando. ¿Hasta cuándo?

Por la puerta del cuarto de baño salía un rectángulo de luz. Yvonne se estaba maquillando. Yo, acodado en la terraza, contemplaba a todas aquellas personas (la mayoría vestían de etiqueta), las idas y venidas, a los camareros, a los músicos, cada una de cuyas mímicas acababa por saberme. Por ejemplo, el director de orquesta encorvaba la espalda y pegaba casi la barbilla al pecho. Y, cuando acababa, alzaba la cabeza de pronto, con la boca abierta, como un hombre que se estuviera ahogando. El violinista tenía cara simpática y un tanto porcina; cerraba los ojos y cabeceaba, olfateando el aire.

Yvonne estaba lista. Yo encendía una lámpara. Me sonreía y ponía mirada misteriosa. Se había puesto, en broma, unos guantes negros que le llegaban a medio brazo. Estaba de pie, en medio del desorden de la habitación, de la cama deshecha, de los albornoces y los vestidos tirados por ahí. Salíamos de puntillas, eludiendo el perro, los ceniceros, el tocadiscos y los vasos vacíos.

Bien entrada la noche, tras dejarnos Meinthe en el hotel, oíamos música. Nuestros vecinos de al lado se habían quejado en varias ocasiones del «escándalo» que montábamos. Eran un industrial de Lyon –me lo dijo el conserje– y su mujer, a quienes había visto estrecharle la mano a Fossorié después de la Copa Houligant. Di orden de que les mandasen un ramo de peonías con esta nota: «El conde Chmara, muy apenado, les envía estas flores.»

Cuando volvíamos, el perro ladraba de forma quejumbrosa y regular y la cosa duraba alrededor de una hora. Imposible calmarlo. Por eso preferíamos poner música, para que cubriera esa voz. Mientras Yvonne se desnudaba y se daba un baño, yo le leía unas cuantas páginas del libro de Maurois. No habíamos apagado el tocadiscos, del que salía una canción frenética. Yo oía más o menos los puñetazos que pegaba en la puerta de comunicación el industrial de Lyon y los timbrazos del teléfono. Había debido de avisar al conserje de noche. Igual acababan por echarnos de aquel hotel. Mejor. Yvonne se había puesto el albornoz de playa y le preparábamos algo de comer al perro (contábamos para eso con un montón de latas de conserva e incluso con un infiernillo). Teníamos la esperanza de que, después de comer, se tranquilizaría. Las vociferaciones de la mujer del industrial de Lyon conseguían prevalecer: «Pero haz algo, Henri, haz algo. LLAMA A LA POLICÍA…» Su terraza lindaba con la nuestra. Habíamos dejado la puerta acristalada abierta y el industrial, harto de dar golpes en el tabique, nos insultaba desde fuera. Entonces Yvonne se quitaba el albornoz y salía a la terraza, completamente desnuda, tras ponerse los guantes largos. El individuo la miraba fijamente, congestionado. Su mujer tiraba de él por el brazo, Berreaba: «Pero qué cabrones… Pero qué puta…»

Éramos jóvenes.

Y ricos. El cajón de la mesilla de noche de Yvonne estaba a rebosar de billetes de banco. ¿De dónde sacaba el dinero? No me atrevía a preguntárselo. Un día, cuando estaba ordenando los fajos, unos junto a otros, para poder cerrar el cajón, me explicó que era lo que le habían pagado por la película. Había exigido que se lo dieran en efectivo y en billetes de cinco mil francos. Añadió que había cobrado el cheque de la Copa Houligant. Me enseñaba un paquete envuelto en papel de periódico: ochocientos billetes de mil francos. Prefería los billetes pequeños.

Me propuso, cariñosamente, prestarme dinero, pero yo rechacé la oferta. Aún tenía, rodando por el fondo de las maletas, ochocientos o novecientos mil francos. Había ganado aquella cantidad vendiéndole a un librero de Ginebra dos ediciones «de bibliófilo» que había comprado por cuatro cuartos en París en una almoneda. Cambié en recepción los billetes de cincuenta mil francos por otros de quinientos, que me llevé en una bolsa de playa. La vacié encima de la cama. Ella agrupó sus propios billetes; y todo junto formaba un montón impresionante. Nos maravillaba aquella acumulación de billetes que no tardaríamos en gastarnos. Y yo hallaba en Yvonne mi misma afición al dinero en efectivo, a las cantidades líquidas, quiero decir el dinero ganado fácilmente, los fajos que se mete uno en el bolsillo, el dinero ciego que se escurre entre los dedos.

Desde que habían publicado el artículo, le hacía preguntas acerca de su infancia en aquella ciudad. Ella eludía las respuestas, seguramente porque le habría gustado conservar cuanto más misterio mejor y porque entre los brazos del «conde Chmara» se avergonzaba un poco de sus orígenes «modestos». Y, como mi propia verdad la habría decepcionado, yo le contaba las aventuras de mi entorno próximo. Mi padre se había ido de Rusia muy joven, con su madre y sus hermanas, por culpa de la Revolución. Pasaron algún tiempo en Constantinopla, en Berlín y en Bruselas antes de afincarse en París. Mis tías fueron modelos en Schiaparelli para ganarse la vida, lo mismo que otras rusas hermosas, nobles y blancas. Mi padre, a los veinticinco años, se fue en velero a Norteamérica, en donde se casó con la heredera de los almacenes Woolworth. Luego se divorció y consiguió una pensión alimenticia colosal. Cuando regresó a Francia, conoció a mamá, artista irlandesa de revista teatral. Nací yo. Desaparecieron ambos a bordo de un avioneta, por la zona de Cap-Ferrat en julio del 49. Me crió mi abuela en París, en una planta baja de la calle de Lord Byron. Y ya está.

¿Me creía? A medias. Antes de dormirse, necesitaba que le contase historias «maravillosas» llenas de gente con títulos y de artistas de cine. ¿Cuántas veces le referí los amores de mi padre y de la actriz Lupe Vélez en la villa de estilo español de Beverly Hills? Pero, cuando quería que ella me hablase, a su vez, de su familia, me decía: «Ay, si no tiene interés…» Y, no obstante, era lo único que me faltaba para ser feliz: que me narrase una infancia y una adolescencia transcurridas en una ciudad de provincias. ¿Cómo explicarle que, desde mi punto de vista de apátrida, Hollywood, los príncipes rusos y el Egipto de Faruk parecían muy desangelados y muy sobados en comparación con ese ente exótico y casi inaccesible: una niña francesa?

Capítulo X

Ocurrió una noche, sencillamente. Me dijo: «Vamos a cenar a casa de mi tío.» Estábamos leyendo unas revistas en la terraza y en la portada de una de ellas –lo recuerdo– salía la actriz de cine inglesa Belinda Lee, que se había matado en un accidente de coche.

Me puse el traje de franela y, como el cuello de mi única camisa blanca estaba tazadísimo, un «polo» crudo que iba bien con la corbata del International Bar Fly, azul y roja. Me costó mucho hacerle el nudo porque el cuello del «polo» era demasiado blando; pero quería ir bien arreglado. Animé la chaqueta de franela con un pañuelo de bolsillo azul oscuro, que había comprado por el color intenso que tenía. Para calzarme, dudé entre unos mocasines destrozados, unas alpargatas o unos Weston casi nuevos, pero con suelas de crepé muy gruesas. Opté por éstos, porque me parecieron más respetables. Yvonne me rogó que me pusiera el monóculo: le resultaría intrigante a su tío y yo le «haría gracia». Pero precisamente yo no quería que pasara eso ni poco ni mucho y deseaba que aquel hombre me viera con mi auténtica forma de ser: un muchacho modesto y serio.

Yvonne eligió un vestido de seda blanca y el turbante rosa fucsia que llevaba el día de la Copa Houligant. Se maquilló con más cuidado que de costumbre. El lápiz de labios era del mismo color que el turbante. Se puso los guantes que le llegaban a medio brazo y me pareció algo curioso para ir a cenar a casa de su tío. Salimos con el perro.

En el vestíbulo del hotel, unas cuantas personas contuvieron la respiración al pasar nosotros. El perro iba delante trazando sus figuras de cuadrilla. Le ocurría cuando salíamos a horas a las que no estaba acostumbrado.

Cogimos el funicular.

Íbamos por la calle de Le Parmelan, que es la prolongación de la calle Royale. Según íbamos andando, descubría otra ciudad. Dejábamos atrás todo cuanto constituye el encanto artificial de una estación termal, todo ese ramplón decorado de opereta en donde acaba por dormirse de tristeza un pachá egipcio muy viejo y en el exilio. Los comercios de alimentación y de motocicletas ocupaban el lugar de las tiendas de lujo. Sí, resultaba curioso que hubiera tantas tiendas de motocicletas. A veces, había dos, una al lado de la otra y, expuestas en la acera, varias Vespas de segunda mano. Dejamos atrás la estación de autobuses. Un autocar estaba esperando con el motor en marcha. Llevaba al costado el nombre de la compañía y las paradas: Sevrier-Pringy-Albertville. Llegamos a la esquina de la calle de Le Parmelan con la avenida del Maréchal-Leclerc. Aquella avenida se llamaba «Maréchal-Leclerc» en un tramo muy corto porque era la Nacional 201 que iba a Chambéry. Estaba flanqueada de plátanos.

El perro estaba asustado y andaba lo más lejos posible de la carretera. El escenario de
L'Hermitage
entonaba mejor con su silueta fatigada, y su presencia en el suburbio despertaba curiosidad. Yvonne no decía nada, pero el barrio le era familiar. Debía de haber ido por ese mismo camino durante años y años, cuando volvía del colegio o de un guateque en el centro (la palabra «guateque» no es la adecuada. Iba a «bailar» o a una «sala de fiestas»). Y a mí se me había olvidado ya el vestíbulo de
L'Hermitage
, no sabía adónde íbamos pero aceptaba de antemano vivir con ella en la Nacional 201. Los cristales de las ventanas de nuestro cuarto vibrarían cuando pasasen camiones de mucho tonelaje, igual que en aquel pisito del bulevar Soult donde viví unos cuantos meses con mi padre. Me sentía liviano. Sólo me rozaban un poco en los talones los zapatos nuevos.

Se había hecho de noche y, a ambos lados, unas viviendas de dos o tres pisos montaban guardia, unos edificios pequeños de tonos blancos y encanto colonial. Edificios así había en el barrio europeo de Túnez, o incluso en Saigón. De trecho en trecho, una casa con forma de chalet en medio de un jardín diminuto, me recordaba que estábamos en Alta Saboya.

Pasamos delante de una iglesia de ladrillos y le pregunté a Yvonne cómo se llamaba: Saint-Christophe. Me habría gustado que hubiera hecho allí la primera comunión, pero no se lo pregunté por temor a llevarme un chasco. Algo más allá, el cine se llamaba Splendid. Con aquel frontón de un beige sucio y aquellas puertas rojas con ojos de buey se parecía a todos los cines que se ven en los suburbios al cruzar las avenidas de Maréchal-de-Lattre-de-Tassigny, Jean-Jaurès o Maréchal-Leclerc, inmediatamente antes de entrar en París. Ahí también debía de haber ido Yvonne a los dieciséis años. En el Splendid echaban aquella noche una película de nuestra infancia: *El prisionero de Zenda*, y me imaginé que sacábamos en la taquilla dos entradas de entresuelo. Conocía esa sala desde siempre; veía las butacas con respaldos de madera y el cartelón con los anuncios locales delante de la pantalla: Jean Chermoz, floristería, calle de Sommeiller, 22. LAV NET, calle del Président-Fabre, 17. Decouz, Radio, TV, Alta Fidelidad, avenida de Allery, 23… Había un bar tras otro. Detrás de las cristaleras del último, cuatro chicos jóvenes con tupé jugaban al futbolín. Había unas mesas verdes al aire libre. La clientela que estaba sentada en ellas miró al perro con interés. Yvonne se había quitado los guantes largos. En resumidas cuentas, volvía a su escenario natural y el vestido de seda blanca que llevaba podía pensarse que se lo había puesto para ir a una fiesta de por allí o a un baile del 14 de julio.

Fuimos siguiendo durante casi cien metros una empalizada de madera oscura. Había carteles de todas clases pegados a ella. Carteles del cine Splendid. Carteles que anunciaban la feria de la parroquia y la llegada del circo Pinder. La cabeza medio arrancada de Luis Mariano. Pintadas viejas casi ilegibles: Libertad para Henri Martin… Ridgway go home… Argelia francesa… Corazones con iniciales que atravesaba una flecha. Habían colocado en aquel lugar farolas modernas de hormigón levemente curvadas. Proyectaban en la empalizada la sombra de los plátanos y de sus hojas, que susurraban. Una noche muy calurosa. Me quité la chaqueta. Estábamos delante de la entrada de un taller de coches imponente. A la derecha, en una puertecita lateral, una placa en donde estaba grabado en letra gótica: Jacquet. Y un cartel en el que leí: «Piezas sueltas para coches americanos».

Nos estaba esperando en la habitación de la planta baja que debía de hacer las veces de salón y comedor al tiempo. Las dos ventanas y la puerta acristalada daban al taller, una nave gigantesca.

Yvonne me presentó dando mi título de nobleza. Yo estaba apurado, pero a él, por lo visto, le parecía de lo más natural. Se volvió hacia Yvonne y le preguntó con tono regañón:

–¿Al conde le gustan los filetes empanados? –Tenía un acento parisino marcadísimo–. Porque tenemos filetes.

Para hablar, no se quitaba el cigarrillo de la comisura de los labios, o la colilla más bien, y guiñaba los ojos. Tenía la voz muy grave, ronca, voz de alcohólico o de persona que fumara mucho.

–Sentaos…

Nos señaló un sofá azulenco pegado a la pared. Luego se fue a pasitos bamboleantes hacia la habitación contigua: la cocina. Oímos el ruido de una sartén.

Volvió con una bandeja que puso encima del brazo del sofá. Tres vasos y un plato lleno de esas galletas que se llaman lenguas de gato. Nos alargó los vasos a Yvonne y a mí. Un líquido remotamente sonrosado. Me sonrió:

–Pruébelo. Un cóctel del copón. Dinamita. Se llama… la Dama Rosa… Pruébelo.

Me humedecí los labios. Tragué un sorbito. Empecé a toser en el acto. Yvonne se echó a reír.

–No habrías debido darle eso, tito Roland…

Me emocionó y me sorprendió oírle decir tito Roland.

–Dinamita, ¿eh? –me soltó él con ojos chispeantes y casi desorbitados–. Hay que acostumbrarse.

Se sentó en el sillón que estaba tapizado con la misma tela azulenca y ajada que el sofá. Acariciaba al perro, que dormitada delante de él, y bebía un trago de cóctel.

–¿Todo bien? –le preguntó a Yvonne.

–Sí.

Él asintió con la cabeza. No sabía qué más decir. A lo mejor no quería hablar en presencia de alguien a quien veía por primera vez. Estaba esperando a que yo iniciase la conversación, pero estaba aún más intimidado que él e Yvonne no hacía nada para disipar aquel apuro. Antes bien, había sacado los guantes del bolso y se los estaba poniendo despacio. Él miraba de reojo aquella operación peculiar e interminable, con un mohín algo enfurruñado. Hubo unos minutos de prolongado silencio.

Yo lo miraba a hurtadillas. Tenía el pelo moreno y abundante y la tez roja, pero unos ojos grandes, negros y de pestañas muy largas prestaban a aquel rostro abotagado cierto toque de encanto y languidez.

Debió de ser guapo de joven, de una apostura un tanto achaparrada. Los labios, en cambio, eran finos, maliciosos, muy franceses.

Podía intuirse que se había arreglado con esmero para recibirnos. Chaqueta de tweed gris, que le estaba ancha de espalda, camisa oscura sin corbata. Olor a lavanda. Intentaba encontrarle un aire de familia con Yvonne. En vano. Pero pensé que lo conseguiría antes de que acabase la velada. Me plantaría delante de ellos y los acecharía al tiempo. Y no podría por menos de acabar hallando un ademán o una expresión que tuvieran en común.

–¿Qué, tío Roland, tienes mucho trabajo ahora mismo?

Le hizo la pregunta con un tono que me sorprendió. Había en él una mezcla de ingenuidad infantil y de la brusquedad que puede mostrar una mujer hacia el hombre con el que vive.

–Ya lo creo…, esa porquería de «americanos»…, toda esa mierda de Studebakers…

–No tiene ninguna gracia, ¿verdad, tito Roland?

Ahora hubiérase dicho que le hablaba a un niño.

–No. Sobre todo los motores de esas porquerías de Studebaker…

Dejó la frase en el aire como si se diera cuenta de pronto de que esos detalles técnicos podían no interesarnos.

–Pues sí… ¿Y tú qué tal? –le preguntó a Yvonne–. ¿Todo bien?

–Sí, tito.

Yvonne estaba pensando en otra cosa. ¿En qué?

–Estupendo. Si todo va bien, pues todo va bien… ¿Y si nos sentamos a la mesa?

Se había levantado y me había puesto la mano en el hombro.

–Eh, Yvonne, ¿me oyes?

La mesa estaba puesta junto a la puerta acristalada y las ventanas que daban al taller. Un mantel de cuadros azul marino y blancos. Vasos de Duralex. Me indicó un sitio: el que yo tenía previsto. Estaba enfrente de ellos. En el plato de Yvonne y en el suyo unos servilleteros de madera con sus nombres «Roland» e «Yvonne» grabados en redonda.

Se fue, con aquellos andares suyos algo bamboleantes, hacia la cocina e Yvonne aprovechó para rascarme con la uña la palma de la mano. Nos trajo una fuente de «ensalada *niçoise*». Yvonne nos sirvió.

–Le gusta, ¿no?

Luego se dirigió a Yvonne y recalcando las sílabas:

–¿Al-con-de-le-gus-ta-de-ver-dad?

No vi en ello la menor mala intención, sino una ironía y una amabilidad muy parisinas. Por lo demás, no entendía por qué aquel «saboyano» (me acordaba de la frase del artículo acerca de Yvonne: «Su familia es oriunda de la comarca») tenía el acento exhausto de Belleville.

No, definitivamente no se parecían. El tío no tenía los rasgos delicados, las manos largas y el cuello grácil de Yvonne. A su lado parecía más cuadrado y con más aspecto de toro que cuando estaba sentado en el sillón. Me habría gustado saber de quién había sacado Yvonne los ojos verdes y el pelo cobrizo, pero el infinito respeto que me inspiran las familias francesas y sus secretos me impedía hacer preguntas. ¿Dónde estaban el padre y la madre de Yvonne? ¿Vivían aún? ¿A qué se dedicaban? Sin embargo, al seguir observándolos –con discreción– les encontré a Yvonne y a su tío los mismos gestos. La misma forma, por ejemplo, de sujetar el tenedor y el cuchillo, con el índice demasiado estirado; la misma lentitud en llevarse el tenedor a la boca; y, a ratos, el mismo guiño, que les marcaba a ambos unas arruguitas en los ojos.

–¿Y usted a qué se dedica en la vida?

–No se dedica a nada, tito.

Yvonne no me había dejado tiempo para contestar.

–No es verdad –balbucí–. No. Trabajo en libros…

–… ¿En libros? ¿En libros?

Roland me miraba con unos ojos increíblemente vacuos.

–Yo… Yo…

Yvonne me contemplaba con una sonrisita insolente.

–Yo… estoy escribiendo un libro. Eso es.

Me tenía muy asombrado el tono categórico con que había dicho esa mentira.

–¿Está escribiendo un libro?… ¿Un libro?

Fruncía las cejas y se inclinaba algo más hacia mí.

–¿Un libro… policíaco?

Parecía aliviado. Sonreía.

–Sí, un libro policíaco –susurré–, policíaco.

Sonó un reloj en la habitación de al lado. Un carillón cascado e interminable. Yvonne escuchaba con la boca entreabierta. El tío de Yvonne estaba al acecho de mis reacciones, se avergonzaba de aquella música intempestiva y desvencijada que yo no conseguía identificar. Y luego bastó con que dijera: «Otra vez el puñetero Westminster», para que reconociera en aquella cacofonía el carillón londinense, pero más melancólico y más inquietante que el auténtico.

–Ese puñetero Westminster se ha vuelvo completamente loco. Da las doce en todas las horas… Me voy a poner malo con este puñetero Westminster… Como lo coja…

Hablaba del reloj como de un enemigo personal e invisible.

–¿Me oyes, Yvonne…?

–Pero si ya te he dicho que era de mamá… Devuélvemelo y que no se hable más…

Roland estaba muy encarnado de repente y temí que le diera un ataque de ira.

–Se quedará aquí, me oyes… Aquí…

–Que sí, tito, que sí… –Se encogió de hombros–. Quédate con tu reloj… Con tu birria de Westminster…

Se volvió hacia mí y me guiñó un ojo. Él también quiso ponerme por testigo.

–Entiéndame. Notaría un vacío si dejara de oír ese cochino Westminster…

–A mí me recuerda cuando era pequeña –dijo Yvonne–; no me dejaba dormir.

Y la vi en la cama, abrazada a un oso de peluche y con los ojos de par en par.

Oímos otras cinco notas a intervalos regulares, como los hipidos de un borracho. Luego el Westminster se calló y parecía que era ya para siempre.

Cogí aire y me volví hacia el tío de Yvonne:

–¿Vivía aquí Yvonne cuando era pequeña?

Dije la frase de forma tan precipitada que no me entendió.

–Te pregunta si yo vivía aquí de pequeña. ¿Estás sordo, tito?

–Sí, claro. Arriba.

E indicaba el techo con el índice.

–Luego te enseño mi cuarto. Si es que existe aún, ¿eh, tito?

–Pues claro, no he cambiado nada.

Se levantó, nos quitó los platos y los cubiertos y se fue a la cocina. Volvió con platos limpios y con otros cubiertos.

–¿Prefiere el filete muy hecho? –me preguntó.

–Como quiera.

–De eso nada. Como lo quiera USTED, señor conde.

Me ruboricé.

–¿Qué, se decide? ¿Muy hecho o poco hecho?

Yo no conseguía ya articular palabra. Hice un ademán inconcreto con la mano para ganar tiempo. Estaba plantado delante de mí con los brazos cruzados. Me miraba con algo así como estupefacción.

–Oye, ¿éste es siempre así?

–Sí, tito, siempre. Es siempre así.

Nos sirvió los filetes, con guisantes, especificando que eran «guisantes frescos y no de lata». También nos ponía de beber, un mercurey, un vino que sólo compraba para los invitados «de marca».

–Así que te parece que es un invitado «de marca» –le preguntó Yvonne señalándome.

–Pues claro. Es la primera vez en la vida que ceno con un conde. ¿Es usted el conde qué, por cierto?

–Chmara –le contestó muy seca Yvonne, como si le guardase rencor por haberlo olvidado.

–¿Y de dónde viene eso de Chmara? ¿Es portugués?

–Ruso –balbucí.

Roland quería saber más.

–¿Así que es usted ruso?

Me entró un agobio infinito. Otra vez tenía que contar lo de la Revolución, Berlín, París, Schiaparelli, Norteamérica, la heredera de los almacenes Woolworth, la abuela de la calle de Lord Byron… No. Me dio una arcada.

–¿Se encuentra mal?

Me puso la mano en el brazo; se portaba de forma paternal.

–Qué va… Hacía mucho que no me sentía tan bien…

Estas palabras parecieron asombrarlo, tanto más cuanto que era la primera vez en toda la velada en que hablaba con claridad.

–Venga, tome un poquito de mercurey…

–¿Sabes, tito, sabes…? –Yvonne hizo una pausa y me puse rígido pues sabía que me iba a caer un rayo–. ¿Sabes que usa monóculo?

–Anda…, ¿en serio?

–Ponte el monóculo para que lo vea…

Yvonne lo había dicho con voz pícara. Repitió, como si fuera una canción infantil: «ponte el monóculo…, ponte el monóculo…».

Hurgué con mano temblorosa en el bolsillo de la chaqueta y, con lentitud de sonámbulo, alcé el monóculo hasta el ojo izquierdo. E intenté ponérmelo, pero los músculos ya no me obedecían. Se me cayó el monóculo tres veces. Notaba una anquilosis a la altura del pómulo. La última vez, se cayó encima de los guisantes.

–Mierda –refunfuñé.

Estaba empezando a perder la sangre fría y me daba miedo decir alguna de esas cosas horribles que nadie se espera de un chico como yo. Pero no lo puedo evitar, me dan ataques.

–¿Quiere probar? –le dije al tío de Yvonne, alargándole el monóculo.

Lo consiguió a la primera y le di una efusiva enhorabuena. Le sentaba bien. Se parecía a Conrad Veidt en *Nocturno der Liebe*. Yvonne soltó la carcajada. Y yo también. Y su tío. No podíamos parar.

–Tiene usted que volver –dictaminó–. Qué bien nos lo pasamos los tres. Es usted graciosísimo.

–Eso es verdad –asintió Yvonne.

–También usted es «graciosísimo» –le dije.

Me habría gustado añadir: y tranquilizador, porque su presencia, su forma de hablar, sus ademanes me protegían. En aquel comedor, entre Yvonne y él, no tenía nada que temer. Nada. Era invulnerable.

–¿Tiene mucho trabajo? –me atreví a preguntar.

Encendió un cigarrillo.

–Huy, sí. Tengo que llevar esto yo solo…

Hizo un ademán para indicar la nave que estaba tras las ventanas.

–¿Desde hace mucho?

Me alargó su paquete de Royale.

–Empezamos el padre de Yvonne y yo…

En apariencia lo asombraban y lo enternecían mi interés y mi curiosidad. No debían de preguntarle a menudo ni por él ni por su trabajo. Yvonne había vuelto la cabeza y le estaba dando un trozo de carne al perro.

–Le compramos esto a la compañía de aviación Farman… Nos hicimos concesionarios de Hotchkiss para todo el departamento… Trabajábamos con Suiza para los coches de lujo…

Soltaba esas frases muy deprisa y casi a media voz, como si temiera que alguien lo interrumpiese, pero Yvonne no le hacía el menor caso. Le estaba hablando al perro y lo acariciaba.

–El negocio iba bien con su padre…

Le daba caladas al cigarrillo, que sujetaba entre el pulgar y el índice.

–¿Le interesa todo esto? Son cosas ya pasadas…

–¿Qué le estás contando, tito?

–Los principios del taller, con tu padre…

–Le estás dando la lata…

Tenía un toque de maldad en la voz.

–Ni mucho menos –dije–. Ni mucho menos. ¿Qué fue de tu padre?

Se me había escapado la pregunta y ya no podía dar marcha atrás. Un momento de tirantez. Me fijé en que Yvonne fruncía el ceño.

–Albert…

Al pronunciar ese nombre, el tío de Yvonne tenía la mirada ausente. Luego salió del entumecimiento.

–Albert tuvo problemas…

Comprendí que por lo que él dijera no me enteraría de nada más y me sorprendí de que me hubiera contado ya tantas cosas.

–¿Y tú? –Le apoyaba la mano en el hombro a Yvonne–. ¿Todo va saliendo a tu gusto?

–Sí.

La conversación iba a empantanarse. Así que decidí ir al asalto.

–¿Sabe que va a convertirse en actriz de cine?

–¿Lo cree de verdad?

–Estoy seguro.

Yvonne me echaba cariñosamente el humo del cigarrillo a la cara.

–Yo, cuando me dijo que iba a rodar una película, no la creí. Y, sin embargo, era cierto… ¿Acabaste la película esa?

–Sí, tito.

–¿Y cuándo se podrá ver?

–La estrenarán dentro de tres o cuatro meses –dije yo.

–¿Y la van a echar aquí?

Lo decía con escepticismo.

–Desde luego. En el cine del Casino. –Yo hablaba con un tono de lo más convencido–. Ya verá.

–Pues habrá que celebrarlo entonces… Dígame… ¿Usted cree que eso es de verdad un oficio?

–Pues claro que sí. Además va a seguir. Va a trabajar en otra película.

La vehemencia de aquella afirmación mía me asombraba a mí mismo.

–Y se convertirá en una estrella de cine, ¿sabe usted?

–¿En serio?

–Pues claro que sí, señor mío. Pregúnteselo.

–¿Es cierto, Yvonne?

Tenía en la voz un matiz un tanto zumbón.

–Claro; todo lo que dice Victor es verdad, tito.

–Ya ve usted que tengo razón.

Esta vez recurrí a un tono empalagoso, parlamentario, y me daba vergüenza hacerlo, pero era un tema que me importaba demasiado y, para referirme a él, intentaba por todos los medios vencer mis dificultades de elocución.

–Yvonne tiene muchísimo talento, créame.

Ella acariciaba al perro. Él me miraba atentamente con la colilla del Royale en la comisura de los labios. Otra vez aquella sombra de inquietud, aquella mirada absorta.

–¿Usted cree de verdad que es un oficio?

–El oficio más hermoso del mundo, sí, señor.

–Bueno, pues espero que lo consigas –le dijo muy serio a Yvonne–. Bien pensado, no eres más tonta que otras…

–Victor me dará buenos consejos, ¿eh, Victor?

Y me lanzaba una mirada tierna e irónica.

–¿Ha visto que ganó la Copa Houligant? –le pregunté a su tío–. ¿Eh?

–Me quedé de piedra cuando lo vi en el periódico. –Titubeó un momento–: Oiga, ¿la Copa Houligant esa es algo importante?

Yvonne se rió con sarcasmo.

–Puede servir de trampolín –afirmé limpiando el monóculo.

Nos preguntó si queríamos café. Me senté en el sofá viejo de color azulenco mientras Yvonne y él quitaban la mesa. Yvonne tarareaba mientras llevaba los platos y los cubiertos a la cocina. Su tío dejaba correr el agua. El perro se había dormido a mis pies. Vuelvo a ver aquel comedor con total precisión. En las paredes, un papel pintado con tres motivos: rosas rojas, hiedra y pájaros (soy incapaz de decir si eran mirlos o gorriones). Papel pintado algo descolorido con fondo beige o blanco. La lámpara del techo, redonda, era de madera y tenía unas diez bombillas con pantallas de pergamino. La luz era ambarina y cálida. En la pared, un cuadrito sin marco que representaba un soto, y yo admiraba la forma en que el pintor había conseguido que destacasen los árboles contra un cielo claro de atardecer y la mancha de sol que se demoraba al pie de un árbol. Aquel cuadro contribuía a que el ambiente de la habitación fuera más sosegado. El tío de Yvonne, por ese fenómeno de contagio que lo lleva a uno, cuando oye una melodía conocida, a cantarla también, tarareaba al mismo tiempo que Yvonne. Me sentía a gusto. Habría querido que la velada durase indefinidamente para poder observar durante horas las idas y venidas de ambos, los ademanes gráciles de Yvonne y su forma de andar indolente, y la forma de andar bamboleante de su tío. Y oírlos susurrar el estribillo de la canción, que ya no me atrevo a cantar yo porque me recordaría aquel instante valiosísimo que viví.

El tío de Yvonne vino a sentarse en el sofá, a mi lado. Intenté seguir con la conversación señalando el cuadro:

–Muy bonito.

–Fue el padre de Yvonne quien lo pintó…, sí…

Aquel cuadro debía de llevar en el mismo sitio muchos años, pero todavía lo maravillaba pensar que el autor era su hermano.

–Albert tenía buena mano con los pinceles… Puede ver la firma abajo, a la derecha: Albert Jacquet. Era un individuo curioso, mi hermano…

Iba a hacer una pregunta indiscreta, pero salió Yvonne de la cocina con la bandeja del café. Sonreía. El perro se desperezaba. Su tío tenía la colilla en la comisura de la boca y tosía. Yvonne se metía entre el brazo del sofá y yo y me apoyaba la cabeza en el hombro. Su tío servía el café entre carraspeos y hubiérase dicho que rugía. Le dio un terrón de azúcar al perro, que lo cogió con delicadeza entre los dientes, y yo sabía de antemano que no masticaría ese terrón, sino que lo chuparía con la mirada perdida en el vacío. Nunca masticaba la comida.

No me había fijado en una mesa que había detrás del sofá, que tenía encima un aparato de radio de tamaño mediano y color blanco, un modelo a medio camino entre el aparato clásico y el transistor. El tío de Yvonne giró el mando y en el acto sonó en sordina una música. Bebíamos todos el café a sorbitos. Él apoyaba de vez en cuando la nuca en el respaldo del sofá y hacía redondeles de humo. Le salían muy bien. Yvonne escuchaba la música y llevaba el compás con un dedo índice perezoso. Allí estábamos, sin decirnos nada, como gente que se conoce de toda la vida, tres personas de la misma familia.

–Deberías enseñarle la casa –susurró su tío.

Había cerrado los ojos. Yvonne y yo nos levantamos. El perro nos lanzó una mirada taimada, se levantó a su vez y nos siguió. Estábamos en la entrada, al pie de la escalera, cuando volvió a sonar el Westminster, pero de forma más incoherente y más brusca que la primera vez, de forma tal que se me vino a la cabeza la imagen de un pianista loco que golpease las teclas con los puños y con la frente. El perro, aterrado, subió la escalera y nos esperó arriba. Una bombilla colgaba del techo y arrojaba una luz amarilla y fría. La cara de Yvonne parecía aún más pálida por el turbante rosa y el lápiz de labios. Y yo, bajo la luz aquella, notaba que me inundaba un polvillo de plomo. A la derecha, un armario de luna. Yvonne abrió la puerta que teníamos delante. Un dormitorio cuya ventana daba a la carretera nacional puesto que oí el ruido ahogado de varios camiones que pasaban.

Encendió la lámpara de cabecera. La cama era muy estrecha. Además sólo quedaba de ella el somier. Alrededor de éste había una estantería corrida y el conjunto formaba un rincón acogedor. En la esquina de la izquierda, un lavabo diminuto y, encima, un espejo. Contra la pared, un armario de madera de pino. Yvonne se sentó al borde del somier y dijo:

–Éste era mi cuarto.

El perro se había acomodado en el centro de una alfombra tan gastada que ya no se veía el dibujo. Se levantó al cabo de un rato y salió de la habitación. Examiné las paredes y pasé revista a las estanterías con la esperanza de dar con algún vestigio de la infancia de Yvonne. Hacía mucho más calor que en las demás habitaciones y se quitó el vestido. Llevaba ligas, medias, sostén, todas esas cosas con que cargaban las mujeres aún. Abrí el armario de madera de pino. A lo mejor había algo dentro.

–¿Qué buscas? –me preguntó, apoyándose en los codos.

Guiñaba los ojos. Yo localicé una cartera pequeña al fondo del armario empotrado. La cogí y me senté en el suelo, apoyando la espalda en el somier. Ella me encajó la barbilla entre el cuello y el hombro y me sopló en el cuello. Abrí la cartera, metí una mano y saqué un lápiz viejo que iba ya por la mitad y cuyo extremo remataba una goma grisácea. De dentro de la cartera salía un olor estomagante de cuero y también de cera, a lo que me pareció. La primera noche de unas vacaciones de verano Yvonne la había cerrado definitivamente.

Apagó la luz. ¿Por qué casualidades, por qué rodeos estaba yo junto a ella en aquel somier, en aquella habitacioncita abandonada?

¿Cuánto tiempo nos quedamos allí? Imposible fiarse del carillón cada vez más loco del Westminster, que dio tres veces las doce con pocos minutos de intervalo. Me levanté y, en la semipenumbra, vi que Yvonne se volvía de cara a la pared. A lo mejor quería dormir. El perro estaba en el rellano, con postura de esfinge, delante de la luna del armario. Se miraba en ella con altanero desprecio. Cuando pasé, no se inmutó. Tenía el cuello muy tieso, la cabeza levemente alzada, las orejas enhiestas. Al llegar a mitad de las escaleras, lo oí bostezar. Y seguía aquella luz fría y amarilla que caía desde la bombilla y me dejaba embotado. Por la puerta entornada del comedor salía una música límpida y gélida, de esas que se oyen a menudo por la radio

de noche y recuerdan a un aeropuerto desierto. El tío de Yvonne escuchaba, sentado en el sillón. Cuando entré volvió hacia mí la cabeza:

–¿Qué tal?

–¿Y usted?

–Yo bien –contestó–. ¿Y usted?

–Bien.

–Podemos seguir si quiere… ¿Qué tal?

Me miraba con la sonrisa congelada y la mirada compacta, como si estuviera ante un fotógrafo que fuera a retratarlo.

Me alargó el paquete de Royale. Rasqué cuatro cerillas sin resultado. Por fin conseguí una llama que acerqué con cuidado a la punta del cigarrillo. Y aspiré. Me daba la impresión de que estaba fumando por primera vez. El tío de Yvonne me acechaba con el ceño fruncido.

–No es que sea usted un manitas –comentó, con mucha seriedad.

–Lo siento.

–Pero ¿por qué, muchacho? ¿Cree que resulta divertido eso de andar hurgando en los motores?

Se miraba las manos.

–A veces debe de resultar satisfactorio –dije.

–¿Ah, sí? ¿Usted cree?

–Los coches no dejan de ser un buen invento…

Pero ya no me estaba escuchando. La música concluyó y un locutor –tenía entonación inglesa y suiza a la vez y me pregunté de qué nacionalidad sería– dijo esta frase que a veces, después de tantos años, me repito en voz alta cuando me paseo a solas: «Señoras y caballeros, aquí termina la emisión de hoy de Genève-Musique. Hasta mañana. Buenas noches.» El tío de Yvonne no hizo el mínimo ademán para girar el botón del aparato, y como no me atrevía a intervenir, oía un chisporroteo continuo, un ruido de parásitos que acababan por parecerse al ruido del viento en las hojas de los árboles. Y algo fresco y verde invadía el cuarto de estar.

–Es una buena chica, Yvonne.

Hizo un redondel de humo bastante logrado.

–Es mucho más que una buena chica –le contesté.

Me miró fijamente a los ojos, interesado, como si yo acabase de decir algo de capital importancia.

–¿Y si anduviéramos un poco? –me propuso–. Se me duermen las piernas.

Se levantó y abrió la puerta acristalada.

–¿No le dará miedo?

Me indicaba con la mano la nave, cuyo perímetro se hallaba sumido en la oscuridad. Apenas si se vislumbraba, a intervalos regulares, la lucecita de una bombilla.

–Así de paso ve usted el taller…

Nada más poner el pie en el filo de esa gigantesca extensión a oscuras me llegó un olor a gasolina, olor que siempre me ha emocionado –sin que consiga saber por qué razones exactas–, un olor tan suave para el olfato como el del éter y el del papel de plata en que ha estado envuelta una tableta de chocolate. El tío de Yvonne me había cogido del brazo y caminábamos hacia zonas cada vez más tenebrosas.

–Sí… Yvonne es una chica peculiar…

Quería entablar conversación. Andaba rondando un tema que le interesaba mucho y que, seguramente, no había sacado a colación con casi nadie. Bien pensado, a lo mejor lo estaba sacando a colación por vez primera.

–Peculiar, pero se encariña uno mucho con ella –dije.

Y, con el esfuerzo para pronunciar una frase inteligible, se me puso un timbre agudo, una voz de falsete de pedantería inaudita.

–¿Sabe? –Titubeaba por última vez antes de desahogarse y me apretaba el brazo–. Se parece mucho a su padre… Mi hermano era un cabeza loca…

Andábamos en línea recta. Me iba acostumbrando poco a poco a aquella oscuridad que, cada veinte metros más o menos, perforaba una bombilla.

–Me ha dado muchas preocupaciones, Yvonne…

Encendió un cigarrillo. De repente dejé de verlo y, como me había soltado el brazo, me guiaba por la punta incandescente del cigarrillo. Apretó el paso y me dio miedo perderlo de vista.

–Le digo todas estas cosas porque parece usted una persona educada…

Carraspeé. No sabía qué contestarle.

–Usted es de buena familia…

–Huy, no… –dije.

Iba delante de mí y yo buscaba con la mirada la punta roja del cigarrillo. Ni una bombilla por allí cerca. Llevaba los brazos extendidos para no toparme con una pared.

–No es la primera vez que Yvonne conoce a un joven de buena familia…

Risa breve. Con voz muy sorda:

–Ya ve, amiguito…

Me apretó el brazo con mucha fuerza a la altura del bíceps. Estaba de cara a mí. Yo volvía a ver la punta fosforescente del cigarrillo. No nos movíamos.

–Ha hecho ya tantas tonterías… –suspiró–. Y ahora esta historia del cine…

Yo no lo veía, pero pocas veces había notado en alguien tanto cansancio y tanta resignación.

–No vale de nada hacerle los cargos… Es como su padre… Como Albert…

Me tiró del brazo y seguimos andando. Me apretaba el bíceps cada vez con más fuerza.

–Le cuento todo esto porque me cae usted simpático… y me parece educado…

Retumbaba el ruido de nuestros pasos por toda aquella extensión. Yo no entendía cómo podía orientarse en la oscuridad. Como se me escabullera, no tendría posibilidad alguna de saber por dónde ir…

–¿Y si volviéramos? –dije.

–¿Sabe? Yvonne siempre quiso vivir por encima de sus posibilidades… Y eso es peligroso…, muy peligroso…

Me había soltado el bíceps y yo, para no perderlo, iba muy agarrado al faldón su chaqueta. No se daba por enterado.

–A los dieciséis años se las apañaba para comprar los productos de belleza por kilos.

Apretaba el paso, pero yo seguía agarrado al faldón de la chaqueta.

–No quería tratarse con la gente del barrio… Prefería a los veraneantes del Sporting… Como su padre…

Tres bombillas juntas, encima de nuestras cabezas, me deslumbraron. El tío de Yvonne torció hacia la izquierda y acarició la pared con las yemas de los dedos. El ruido seco de un conmutador. Nos rodeó una luz muy fuerte: unos focos fijados en el techo iluminaban toda la nave. Parecía aún más amplia.

–Usted disculpe, amiguito, pero sólo podíamos encender los focos desde aquí…

Estábamos al fondo del hangar. Unos cuantos coches americanos aparcados uno junto a otro, un autocar Chausson antiguo con las ruedas pinchadas. Me fijé, a la izquierda, en un taller acristalado que parecía un invernadero, junto al cual habían colocado, formando un cuadrado, unas jardineras de madera con plantas de interior. En el lugar aquel habían cubierto el suelo de grava y una hiedra trepaba por la pared. Había incluso un cenador, una mesa y unas sillas de jardín.

–¿Qué le parece mi merendero, eh, amiguito?

Acercamos las sillas a la mesa de jardín y nos sentamos, uno frente a otro. Él tenía puestos ambos codos encima de la mesa y se sujetaba la barbilla con las palmas de las manos. Parecía agotado.

–Aquí es donde hago una pausa cuando estoy harto de hurgar en los motores… Es mi glorieta…

Me señalaba los coches americanos y, luego, el autocar Chausson, detrás.

–¿Ve esa chatarra ambulante?

Tenía cara de estar harto, como si estuviera espantando una mosca.

–Es tremendo que ya no le guste a uno su oficio…

Yo hice una mueca que era una sonrisa de incredulidad.

–Vamos…

–¿Y a usted le gusta todavía su oficio?

–Sí –dije, sin saber muy bien de qué oficio se trataba.

–A la edad de usted, la gente se come el mundo…

Me envolvía en una mirada tierna que me trastornaba.

–Se come el mundo –repetía, a media voz.

Allí estábamos, alrededor de la mesa de jardín, tan pequeños en aquella nave inmensa. Las jardineras con plantas de interior, la hiedra y la grava constituían un oasis imprevisto. Nos amparaban de la desolación del entorno: el grupo de coches que esperaban turno (a uno le faltaba una aleta) y el autocar pudriéndose al fondo. La luz que desprendían los focos era fría, pero no amarilla como la de la escalera y la del pasillo por el que había pasado con Yvonne. En aquella luz había un toque gris azulado. Un gris azulado gélido.

–¿Quiere una menta con agua? Es todo lo que tengo aquí.

Fue hacia el taller acristalado y volvió con dos vasos, la botella de jarabe de menta y una jarra de agua.

Chocamos los vasos.

–Hay días, muchacho, en que me pregunto qué coño pinto en este taller…

Estaba claro que aquella noche necesitaba hacerle confidencias a alguien…

–Me resulta demasiado grande.

Barría con el brazo la nave en toda su extensión.

–Primero nos dejó Albert… Y, luego, mi mujer… Y ahora Yvonne…

–Pero viene a verlo muchas veces –insinué.

–No. La señorita quiere hacer películas de cine… Se cree que es Martine Carol…

–Pero llegará a ser una nueva Martine Carol –repliqué con voz firme.

–Vamos… No diga tonterías… Es demasiado perezosa…

Un trago de menta se le había ido por otro lado y se estaba ahogando. Tosía. No conseguía parar de toser y se ponía encarnadísimo. Seguro que iba a asfixiarse. Le di fuertes palmadas en la espalda hasta que se le calmó la tos. Alzó hacia mí una mirada que rebosaba benevolencia.

–Para qué nos vamos a preocupar… ¿eh, amiguito?

Tenía la voz más sorda que nunca. Desgastada por completo. De cada dos palabras que decía, sólo le entendía una, pero con eso bastaba para suponer lo demás.

–Es usted muy buen chico, amiguito… Y muy educado…

El ruido de una puerta que habían cerrado de golpe, un ruido muy lejano, pero que el eco reverberaba. Venía del fondo del hangar. La puerta del comedor, allá, a unos cien metros de nosotros. Reconocí la silueta de Yvonne, la melena pelirroja que le caía hasta la cintura cuando no se la peinaba. Desde donde estábamos, parecía diminuta, una liliputiense. El perro le llegaba al pecho. Nunca olvidaré la visión de aquella niña y de aquel moloso que se nos acercaban y, poco a poco, iban recobrando las proporciones auténticas.

–Ahí viene –comentó su tío–. No le cuente lo que le he dicho, ¿eh? Tiene que quedar entre nosotros.

–Claro que sí…

No le quitábamos los ojos de encima según iba cruzando la nave. El perro iba de avanzadilla.

–Qué menudita parece –comenté.

–Sí, muy menudita –dijo su tío–. Es una niña… difícil…

Nos veía y nos hacía señas con el brazo. Gritaba: Victor… Victor…, y el eco de aquel nombre, que no era el mío, retumbaba de un extremo a otro de la nave. Llegó a donde estábamos y se sentó a nuestra mesa, entre su tío y yo. Se había quedado un tanto sin aliento.

–Qué detalle que hayas venido a hacernos compañía –le dijo su tío–. ¿Quieres una menta con agua? ¿Fresca? ¿Con hielo?

Volvió a llenar los vasos de todos. Yvonne me sonreía y, como solía pasarme siempre, me entraba algo así como un vértigo.

–¿De qué estabais hablando los dos?

–De la vida –dijo su tío.

Encendió un Royale y yo sabía que se lo dejaría en la comisura de los labios hasta que le quemase la boca.

–Es buen chico, el conde… Y muy bien educado.

–Ay, sí –dijo Yvonne–. Victor es un individuo exquisito.

–A ver, repítelo –dijo su tío.

–¿Os lo parece de verdad? –pregunté, volviéndome hacia uno y, luego, hacia otro. Debía de estar poniendo una cara muy rara, porque Yvonne me dio un pellizco en la mejilla y me dijo, como si quisiera tranquilizarme:

–Que sí, que eres exquisito.

Su tío abundaba por su cuenta:

–Exquisito, muchacho, exquisito… Es usted exquisito…

–Pues entonces…

Y ahí me quedé, pero aún me acuerdo de lo que tenía intención de decir: «Pues, entonces, ¿puede concederme la mano de su sobrina?» Era el momento ideal, todavía lo pienso hoy en día, para pedirla en matrimonio. Sí. No continué la frase. Y él repetía con voz cada vez más bronca:

–Exquisito, muchacho, exquisito…, exquisito…, exquisito…

El perro asomaba la cabeza entre las plantas y nos observaba. Una nueva vida podría haber empezado a partir de aquella noche. Nunca habríamos debido separarnos. Me notaba tan a gusto entre ella y él, alrededor de la mesa de jardín, en aquella nave grande que, seguramente, deben de haber derribado ya.

Capítulo XI

El tiempo lo ha envuelto todo en un vaho de tonos cambiantes: tan pronto verde pálido y tan pronto azul, levemente sonrosado. ¿Un vaho? No, un velo que no se puede desgarrar, que ahoga los ruidos y a través del cual veo a Yvonne y a Meinthe, pero ya no los oigo. Temo que esas siluetas familiares acabarán por difuminarse, conservándoles aún cierta realidad…

Aunque Meinthe tenía unos cuantos años más que Yvonne, se habían conocido muy pronto. Lo que los unió fue el hastío que sentían ambos por vivir en aquella ciudad pequeña y los proyectos que tenían para el porvenir. Tenían la firme intención de irse en cuanto pudieran de aquel «pueblucho» (una de las expresiones de Meinthe), que sólo cobraba vida en los meses de verano, durante «la temporada». Meinthe acababa de entablar una relación con un barón belga millonario que se alojaba en el Grand Hôtel de Menthon. El barón se había enamorado de él en el acto y no me extraña porque a los veinte años Meinthe tenía cierto encanto físico y el don de divertir a la gente. El belga no quería ya prescindir de él. Meinthe le presentó a Yvonne como su «hermana pequeña».

Fue ese barón quien los sacó del «pueblucho», y siempre me hablaron de él con un cariño casi filial. Tenía una villa enorme en Cap-Ferrat y una suite permanentemente reservada en el Hôtel du Palais de Biarritz, y otra en el Beau-Rivage de Ginebra. A su alrededor gravitaba una corte pequeña de parásitos de ambos sexos que iban tras él cada vez que se desplazaba.

Meinthe me hacía a menudo una imitación de sus andares. El barón medía casi dos metros y caminaba con paso rápido y muy encorvado. Tenía costumbres curiosas: en verano, no quería que le diera el sol y se quedaba todo el día metido en la suite del Hôtel du Palais o en el salón de la villa de Cap-Ferrat. Tenía las contraventanas cerradas, las cortinas corridas y la luz encendida; y obligaba a unos cuantos efebos a que le hicieran compañía. Y ellos acababan por perder el estupendo bronceado que tenían.

Pasaba por altos y bajos de humor y no soportaba que le llevasen la contraria. Cortante de pronto. Y, un minuto después, muy tierno. Le decía a Meinthe, suspirando: «En el fondo soy la reina Isabel de Bélgica, esa pobre reina Isabel, LA POBRE, ya sabes… Y creo que tú entiendes la tragedia esa…» Con su trato, Meinthe se aprendió los nombres de todos los miembros de la familia real belga y era capaz de garabatear en pocos segundos su árbol genealógico en la esquina de un mantel de papel. Lo hizo varias veces en mi presencia porque sabía que me hacía mucha gracia.

De ahí le venía también el culto por la reina Astrid.

El barón era por entonces un hombre de cincuenta años. Había viajado mucho y había conocido a montones de personas interesantes y refinadas. Iba con frecuencia de visita a casa de su vecino en Cap-Ferrat, el escritor inglés Somerset Maugham, con quien tenía íntima amistad. Meinthe recordaba una cena con Maugham. Que era un desconocido para él.

Otras personas menos ilustres pero «entretenidas» se trataban asiduamente con el barón; las atraían sus caprichos fastuosos. Se había formado una «pandilla» cuyos miembros vivían en unas eternas vacaciones. A la sazón, salían de la villa de Cap-Ferrat en cinco o seis coches descapotables. Iban a bailar a Juan-les-Pins o a participar en los «Toros de Fuego» de Saint-Jean-de-Luz.

Yvonne y Meinthe eran los más jóvenes. Ella tenía dieciséis años apenas; y él, veinte. A todo el mundo le gustaban mucho. Les pedí que me enseñasen fotos, pero, según ellos, no habían conservado ninguna. Por lo demás, no hablaban de buen grado de aquella temporada.

El barón murió en circunstancias misteriosas. ¿Suicidio? ¿Accidente de coche? Meinthe alquiló un piso en Ginebra, en el que vivía Yvonne. Luego, ella empezó a trabajar como modelo para una casa de modas de Milán, pero no me dio muchas explicaciones al respecto. ¿Pasó entretanto Meinthe por la facultad de medicina? Me afirmó con frecuencia que «ejercía la medicina en Ginebra» y, siempre que lo decía, me entraban ganas de preguntarle: ¿qué medicina? Yvonne andaba entre Roma, Milán y Suiza. Era lo que llaman una modelo itinerante. Eso fue al menos lo que me dijo. ¿Coincidió con Madeja en Roma o en Milán o en tiempos de la pandilla del barón? Cuando le preguntaba cómo se habían conocido y por qué azar la escogió para actuar en *Liebesbriefe auf dem Berg*, eludía la pregunta.

Ni ella ni Meinthe me contaron nunca detalladamente su vida, sino con alusiones inconcretas y contradictorias.

Al barón belga que los sacó de su ciudad de provincias y se los llevó a la Costa Azul y a Biarritz, acabé por identificarlo (se negaban a decirme cómo se llamaba. ¿Pudor? ¿Voluntad de enredar las pistas?). Algún día buscaré a todas las personas que formaban la «pandilla» aquella y a lo mejor hay alguna que se acuerda de Yvonne… Iré a Ginebra, a Milán. ¿Conseguiré dar con algunas piezas del puzle incompleto que me dejaron?

Cuando los conocí, era el primer verano que pasaban en su ciudad natal desde hacía mucho; y, tras aquellos años de ausencia en que se intercalaban breves estancias, se sentían como forasteros. Yvonne me confesó que se habría quedado asombrada si hubiera sabido, a eso de los dieciséis años, que un día iba a vivir en

L'Hermitage

con la impresión de estar en una ciudad balnearia desconocida. Al principio, me indignaba que dijera esas cosas. A mí, que había soñado con nacer en una ciudad pequeña de provincias, no se me alcanzaba que alguien pudiera renegar del lugar de la infancia, de las calles, las plazas y las casas que constituyen el paisaje primero de cada cual. Sus cimientos. Y que alguien pudiera no regresar a él con el corazón palpitante. Le explicaba, muy serio, a Yvonne aquel punto de vista mío, de apátrida. No me hacía caso. Estaba echada en la cama con la bata de seda agujereada y fumaba cigarrillos Muratti. (Los fumaba por el nombre: Muratti, que le parecía muy fino, muy exótico y muy misterioso. Aquel nombre italo-egipcio me hacía bostezar de aburrimiento porque se parecía a mi apellido.) Yo le hablaba de la nacional 201, de la iglesia de Saint-Christophe y del taller de su tío. ¿Y el cine Splendid? ¿Y la calle Royale, por la que iba seguramente a los dieciséis años parándose en todos los escaparates? ¿Y tantos otros lugares que yo no sabía y que no podían por menos de ir unidos, en su cabeza, a determinados recuerdos? La estación, por ejemplo, o los jardines del Casino. Se encogía de hombros. No. Todo aquello ya no le decía nada.

Sin embargo, me llevó varias veces a algo así como un salón de té grande. Íbamos a eso de las dos de la tarde, cuando los veraneantes estaban en la playa o durmiendo la siesta. Había que ir por los soportales, pasada La Taverne, cruzar una calle, ir otra vez por los soportales, porque, efectivamente, circunvalaban dos bloques grandes de edificios construidos en la misma época que el Casino, que recordaban a las viviendas de estilo 1930 de la periferia del distrito XVII de París, del bulevar de Gouvion-Saint-Cyr, de Dixmude, del Yser y del Somme. El sitio aquel se llamaba el Réganne y los soportales le quitaban el sol. No había terraza como en La Taverne. Se intuía que el local tuvo su hora de gloria, pero que La Taverne lo había suplantado. Nos poníamos en una mesa del fondo. La cajera, una morena con el pelo corto que se llamaba Claude, era amiga de Yvonne. Venía a sentarse con nosotros. Yvonne le preguntaba por personas de las que ya le había oído hablar con Meinthe. Sí, Rosy llevaba el hotel de La Clusaz en vez de su padre y Paulo Hervieu trabajaba en el negocio de las antigüedades. Pimpin Lavorel seguía conduciendo como un loco. Acababa de comprarse un Jaguar. Claude Brun estaba en Argelia, De la «Yéyette» no se sabía nada…

–¿Y a ti te va bien por Ginebra? –le preguntaba Claude.

–Pues sí, ya sabes…, bastante bien –contestaba Yvonne, pensando en otra cosa.

–Vives en tu casa.

–No. En

L'Hermitage

.

–¿En

L'Hermitage

?

Sonreía con expresión irónica.

–Tendrás que venir a ver la habitación –propuso Yvonne–. Es muy divertida…

–Ay, sí, me gustaría verla… Una noche de éstas…

Tomaba algo con nosotros. La espaciosa sala del Réganne estaba desierta. El sol dibujaba rejas en la pared. Detrás de la barra de madera oscura, un fresco representaba el lago y la cadena del Aravis.

–Aquí ya no hay nunca nadie –comentaba Yvonne.

–Sólo viejos –decía Claude. Se reía con risa apurada.

–Qué diferencia con lo de antes, ¿eh?

También la de Yvonne era una risa forzada. Luego, se callaban. Claude se miraba las uñas, muy cortas y pintadas con un barniz naranja. Ya no tenían nada que decirse. Me habría gustado hacerles unas cuantas preguntas. ¿Quién era Rosy? ¿Y Paulo Hervieu? ¿Desde cuándo se conocían ellas dos? ¿Cómo era Yvonne a

los dieciséis años? ¿Y el Réganne antes de que lo convirtiesen en salón de té? Pero todas aquellas cosas ya no les interesaban a ninguna de las dos en realidad. Bien pensado, sólo a mí me interesaba su pasado de princesas francesas.

Claude nos acompañaba hasta la puerta giratoria e Yvonne le daba un beso. Y le volvía a proponer:

–Ven a
L'Hermitage
cuando quieras… Para ver la habitación…

–De acuerdo, una noche de éstas…

Pero nunca vino.

Dejando aparte a Claude y a su tío, daba la impresión de que Yvonne no había dejado nada tras de sí en aquella ciudad; y me asombraba que alguien pudiera cortar tan pronto las raíces cuando por fortuna tenía raíces en alguna parte.

Las habitaciones de los hoteles de lujo dan el pego durante los primeros días, pero no tarda en desprenderse de sus paredes y de sus muebles mortecinos la misma tristeza que de los hoteles de mala muerte. Lujo insípido; olor dulzón por los pasillos, que no consigo identificar, pero que debe de ser el mismísimo olor de la inquietud, de la inestabilidad, del destierro y de la pacotilla. Olor que nunca dejó de acompañarme. Vestíbulos de hoteles, en los que me citaba mi padre, con sus vitrinas, sus espejos y sus mármoles, y que no son sino salas de espera. ¿Qué se espera, por cierto? Tufos a pasaportes Nansen.

Pero no siempre pasábamos la noche en
L'Hermitage
. Dos o tres veces por semana, Meinthe nos pedía que durmiéramos en su casa. Esas noches tenía que ausentarse y nos dejaba encargado que cogiéramos el teléfono y apuntásemos los nombres y los «recados». La primera vez, me especificó claramente que el teléfono podía sonar a cualquier hora de la noche, sin aclararme quiénes podían ser sus misteriosos interlocutores.

Vivía en la casa que había sido de sus padres, en el centro de un barrio residencial que estaba antes de llegar a Carabacel. Había que ir por la avenida de Albigny y girar a la izquierda nada más pasar la prefectura. Barrio desierto, calles bordeadas de árboles cuyas frondas formaban bóvedas. Villas de la burguesía local, de volúmenes y estilos variables según la cuantía de las fortunas. La de los Meinthe, en la esquina de la avenida de Jean-Charcot con la calle de Marlioz, era bastante modesta en comparación con las demás. De tono gris azulado; una veranda pequeña daba a la avenida de Jean-Charcot y una ventana en voladizo que daba a la calle. Dos pisos, el segundo abuhardillado. Un jardín con el suelo cubierto de grava. Un cerramiento de setos descuidados. Y en la portalada de madera blanca desconchada Meinthe había escrito torpemente con pintura negra (fue él quien me lo contó): VILLA TRISTE.

Y, desde luego, era una villa que no respiraba alegría. No. Sin embargo, de entrada me pareció que el adjetivo «triste» no le iba bien. Y, al final, acabé por entender que Meinthe había acertado si notamos en la forma en que suena la palabra «triste» un algo dulce y cristalino. Tras cruzar el umbral de la villa lo embargaba a uno una melancolía límpida. Entrabas en una zona de sosiego y de silencio. El aire era más liviano. Te quedabas flotando. Lo más seguro era que hubiese ido prescindiendo de los muebles. Sólo quedaba un sofá macizo de cuero en cuyos brazos noté huellas de arañazos y, a la izquierda, una librería acristalada. Al sentarte en el sofá, tenías enfrente, a cinco o seis metros, la veranda. El suelo de tarima era de tono claro y estaba descuidado. Una lámpara de cerámica con pantalla amarilla, colocada directamente en el suelo, iluminaba esta estancia amplia. El teléfono estaba en una habitación próxima a la que se llegaba por un pasillo. Misma ausencia de muebles. Una cortina roja tapaba la ventana. Las paredes eran de color ocre, como las del salón. Pegado a la pared de la derecha, un catre. Colgando de la pared frontera, al alcance de la mano, un mapa Taride del África Occidental francesa y una vista aérea de buen tamaño de Dakar enmarcada con un junquillo muy fino. Parecía salido de una oficina de turismo. La foto, parduzca, debía de tener unos veinte años. Meinthe me contó que su padre había trabajado durante cierto tiempo en «las colonias». El teléfono estaba a los pies de la cama. Una araña pequeña con velas de imitación y colgantes de cristal de imitación. Supongo que era ahí donde dormía Meinthe.

Abríamos la puerta acristalada y nos tumbábamos en el sofá. Tenía un olor a cuero muy peculiar que sólo les he notado a este sofá y a los dos sillones que decoraban el despacho de mi padre en la calle de Lord Byron. Era en la época en que viajaba a Brazzaville, en la época de aquella misteriosa y quimérica Sociedad Africana de Empresa que fundó y de la que no sé gran cosa. El olor del sofá, el mapa Taride del África Occidental francesa y la foto aérea de Dakar constituían una serie de coincidencias. En mi cabeza, la casa de

Meinthe iba indisolublemente vinculada a la Sociedad Africana de Empresa, tres palabras que me habían acunado la infancia. Recobraba el ambiente del despacho de la calle de Lord Byron, aroma de cuero, penumbra, conciliábulos interminables entre mi padre y unos negros muy elegantes de pelo plateado… ¿Sería por eso por lo que, cuando nos quedábamos Yvonne y yo en el salón, a mí me entraba el convencimiento de que el tiempo se había parado de verdad?

Flotábamos. Hacíamos ademanes infinitamente lentos y, cuando cambiábamos de sitio, era centímetro a centímetro. Reptando. Un movimiento brusco habría desbaratado el encantamiento. Hablábamos en voz baja. La noche invadía la habitación desde la veranda y yo veía motas de polvo quietas en el aire. Pasaba un ciclista y oía durante varios minutos el ronroneo de la bicicleta. También él avanzaba centímetro a centímetro. Flotaba. Todo flotaba en torno. Ni siquiera encendíamos la luz cuando se hacía del todo de noche. Del farol más cercano, en la avenida de Jean-Charcot, llegaba una claridad lechosa. No salir nunca de aquella ciudad. No dejar nunca esa habitación. Seguir echados en el sofá, o quizá en el suelo, como solíamos hacer cada vez más a menudo. Me asombraba descubrir en Yvonne tantas dotes para la dejadez. En mí, tenía que ver con un horror por el movimiento, una intranquilidad relacionada con cuanto se mueve, lo que pasa y lo que cambia, con el deseo de dejar de andar por arenas movedizas, de quedarme quieto en alguna parte y, si menester fuere, de convertirme en piedra. Pero ¿y en ella? Creo que era perezosa sin más. Como un alga.

Llegábamos incluso a tumbarnos en el pasillo y quedarnos allí toda la noche. Una de esas noches nos colamos dentro de un trastero, debajo de la escalera que iba al primer piso, y nos quedamos atrapados entre bultos inconcretos que he identificado como baúles de mimbre. Pero no, no sueño: reptábamos para cambiar de sitio. Salíamos cada uno de una punta de la casa y reptábamos en la oscuridad. Había que meter el menor ruido posible y ser el más lento para que uno de los dos pillara por sorpresa al otro.

Una vez, Meinthe no volvió hasta el día siguiente a última hora de la tarde. No nos habíamos movido de la villa. Nos habíamos quedado tumbados en el suelo, a la orilla de la veranda. El perro dormía en el centro del sofá. Era una tarde apacible y soleada. Las hojas de los árboles oscilaban suavemente. Una música militar muy lejana. De vez en cuando pasaba un ciclista por la avenida con una vibración de alas. No tardamos en no oír ya ruido alguno. Los ahogaba un algodón muy suave. Creo que, si no hubiera llegado Meinthe, nos habríamos quedado días y más días sin movernos, nos habríamos dejado morir de hambre y de sed antes que salir de la villa. Nunca he tenido más adelante momentos tan plenos y tan lentos como aquéllos. Dicen que se consiguen con opio. Lo dudo.

El teléfono sonaba siempre después de las doce de la noche, como lo hacían los de antes, campanilleando. Timbrazos gráciles, completamente raídos. Pero bastaban para crear una amenaza en el ambiente y rasgar el velo. Yvonne no quería que contestase. «No vayas», cuchicheaba. Yo reptaba a tientas por el pasillo, no atinaba con la puerta del dormitorio, me pegaba un cabezazo contra la pared. Y, ya cruzada la puerta, tenía que seguir reptando hasta el aparato sin ningún punto de referencia visible. Antes de descolgar, notaba una sensación de pánico. Aquella voz –siempre la misma– me aterraba, dura y, no obstante, con algo que la ensordecía. ¿La distancia? ¿El tiempo? (a veces parecía una grabación antigua). Empezaba invariablemente con:

–¿Oiga? Henri Kustiker al aparato… ¿Me oye?

Yo contestaba: «Sí.»

Una pausa.

–Dígale al doctor que lo esperamos mañana a las nueve de la noche en el Bellevue, en Ginebra. ¿Se ha enterado bien?…

Yo soltaba un sí más flojo que el primero. Y él colgaba. Cuando no llamaba para fijar una cita, me encomendaba recados:

–¿Oiga? Henri Kustiker al aparato… –Pausa–. Dígale al doctor que el comandante Max y Guérin han llegado. Iremos a verlo mañana por la noche…, mañana por la noche…

Yo no me sentía con fuerzas para contestarle. Él ya había colgado. «Henri Kustiker» –siempre que le preguntábamos por él a Meinthe no contestaba– se había convertido para nosotros en un personaje peligroso que notábamos que merodeaba de noche alrededor de la villa. No sabíamos qué cara tenía y, por eso mismo, nos obsesionaba cada vez más. Yo me divertía en meterle miedo a Yvonne, alejándome de ella y repitiendo con voz tétrica en la oscuridad:

–Henri Kustiker al aparato… Henri Kustiker al aparato…

Ella lanzaba alaridos. Y yo me contagiaba y también me entraba miedo. Esperábamos con el corazón palpitante el cascabeleo del teléfono. Nos hacíamos un ovillo en el catre. Una noche sonó, pero no fui capaz de descolgar el aparato hasta pasados unos minutos, como en esos malos sueños en que hacer cualquier

gesto nos pesa como el plomo.

–¿Oiga? Henri Kustiker al aparato.

Yo no podía articular ni una sílaba.

–¿Oiga? ¿Me oye? ¿Me oye?…

Conteníamos la respiración.

–Henri Kustiker al aparato. ¿Me oye?

La voz era cada vez más floja.

–Kustiker… Henri Kustiker… ¿Me oye?

¿Quién era? ¿Desde dónde llamaría? Un leve murmullo aún.

–Tiker… oye…

Y luego nada. El último hilo que nos unía al mundo exterior acababa de romperse. Nos dejábamos ir otra vez rumbo a profundidades en donde nadie –esa esperanza tenía yo– volvería a molestarnos.

Capítulo XII

Va por el tercer «oporto claro». No le quita ojo a la foto de gran tamaño de Hendrickx que está encima de las hileras de botellas. Hendrickx en sus buenos tiempos, veinte años antes de aquel verano en que a mí me enfureció verlo bailar con Yvonne la noche de la Copa. Hendrickx joven y delgado y romántico –un cruce de Mermoz con el duque de Reichstadt–, una foto antigua que la chica que llevaba el bar del Sporting me enseñó un día cuando le estaba haciendo preguntas acerca de mi «rival». Había engordado mucho desde entonces.

Supongo que Meinthe, tras contemplar ese documento histórico, acabó por sonreír, con esa sonrisa inesperada suya que nunca expresaba alegría, sino que era una descarga nerviosa. ¿Se acordó de la noche en que estábamos los tres en el Sainte-Rose, después de la Copa? Debió de contar los años: cinco, diez, doce… Tenía la manía de contar los días y los años. «Dentro de un año y treinta y tres días cumpliré veintisiete años… Hace siete años y cinco días que nos conocemos Yvonne y yo…»

El otro cliente se iba con andares inseguros tras pagar los *dry* que se había tomado; pero se había negado a pagar además las llamadas telefónicas, alegando que nunca había pedido que lo pusiesen con el «233 de Chambéry». Como la discusión corría el riesgo de prolongarse hasta las claras del alba, Meinthe le explicó que él pagaría el teléfono. Y que, por lo demás, era él, Meinthe, quien había pedido que lo pusiesen con el 233 de Chambéry. Él y nadie más que él.

Falta poco para las doce de la noche. Meinthe le lanza una última mirada a la foto de Hendrickx y se dirige a la puerta del Cintra. Cuando va a salir, entran dos hombres, empujándolo sin apenas disculparse. Luego, tres. Luego, cinco. Cada vez son más y siguen llegando. Todos llevan prendido en la solapa del abrigo un rectangulito de cartón en donde pone: «Inter-Touring». Hablan a voces, se ríen muy alto, se dan fuertes palmadas en la espalda. Los participantes en el «Congreso» al que se refirió la camarera hace un rato. Uno, más solicitado que los demás, fuma en pipa. Mariposean a su alrededor y se dirigen a él: «Presidente… Presidente… Presidente…» Meinthe intenta en vano abrirse paso. Lo han hecho retroceder hasta la barra. Forman grupos compactos. Meinthe los rodea, busca un claro, se escurre, pero vuelven a acorralarlo y pierde terreno. Está sudando. Uno le pone la mano en el hombro, creyendo seguramente que se trata de un «colega» y Meinthe se ve en el acto metido en uno de los grupos: el del «presidente». Están apretujados como en la estación de metro Chaussée
d'Antin
en hora punta. El presidente, que es más bajo, protege la pipa envolviéndola con la palma de la mano. Meinthe consigue zafarse de ese barullo, pega con el hombro, da codazos y, al fin, se abalanza hasta quedar pegado a la puerta. La abre a medias y se cuela hacia la calle. Alguien sale detrás de él y lo llama:

–¿Adónde va? ¿Es del Inter-Touring?

Meinthe no contesta.

–Debería quedarse. El presidente invita a una «ronda»… Venga, quédese…

Meinthe aprieta el paso. El otro repite, con voz suplicante:

–Venga, quédese…

Meinthe anda cada vez más deprisa. El otro empieza a gritar:

–El presidente va a notar que falta uno del InterTouring… Vuelva… Vuelva…

La voz se oye con toda claridad en la calle desierta.

Meinthe ha llegado ahora ante el surtidor del Casino. En invierno no cambia de color y sube mucho menos alto que durante la «temporada». Se queda un momento mirándolo y luego cruza y tira por la avenida de Albigny, por la acera de la izquierda. Camina despacio y hace unas eses poco pronunciadas. Parece que va paseando sin prisa. De vez en cuando le da una palmadita a la corteza del tronco de un plátano. Pasa junto a la prefectura. Toma, por supuesto, por la primera calle a la izquierda, que se llama –si no me fallan los recuerdos– avenida de Mac-Croskey. Hace doce años no existía esta hilera de edificios nuevos. En vez de eso había un parque abandonado en cuyo centro se alzaba una casa grande de estilo anglo-normando donde no vivía nadie. Llega a la encrucijada de Pelliot. Nos sentábamos muchas veces en

esos bancos Yvonne y yo. Se mete a la derecha por la avenida de Pierre-Forsans. Yo podría ir por ese camino con los ojos cerrados. El barrio no ha cambiado gran cosa. Lo han respetado por razones misteriosas. Las mismas villas, con sus jardines alrededor y sus setos bajos, los mismos árboles a ambos lados de las avenidas. Pero les faltan las hojas. El invierno le da a todo un aspecto desolado.

Ya estamos en la calle de Marlioz. La villa está en la esquina, allá a la izquierda. La veo. Y te veo, andando con paso aún más lento que hace un rato y empujando con el hombro la portalada de madera. Te has sentado en el sofá del salón sin encender la luz. El farol de enfrente derrama su luz blanca.

«8 de diciembre… Un médico de A…, René Meinthe, de treinta y siete años, se quitó la vida en la noche del viernes al sábado en su domicilio. El desesperado abrió el gas.»

Iba yo –no recuerdo ya por qué– a lo largo de los soportales de la calle de Castiglione cuando leí esas pocas líneas en un periódico de la tarde. En *Le Dauphiné*, el diario local, venían más detalles. Meinthe gozaba del honor de salir en primera página, con el titular: «SUICIDIO DE UN MÉDICO DE A…», que remitía a la página 6, la de informaciones de la comarca:

«8 de diciembre. El doctor René Meinthe se quitó la vida anoche en su villa sita en el número 5 de la avenida de Jean-Charcot. A la señorita B…, empleada del doctor, al llegar a la casa como cada mañana, la alarmó en el acto el olor a gas. Era ya demasiado tarde. El doctor Meinthe dejó una carta.

»Lo habían visto ayer noche en la estación cuando llegó el expreso con destino a París. Hay un testigo que informa de que pasó un momento por el Cintra, en el 23 de la calle de Sommeiller.

»El doctor René Meinthe, tras desempeñar su profesión de médico en Ginebra, había vuelto hacía cinco años a A…, cuna de su familia, donde ejercía como osteópata. Se sabía que estaba pasando por algunas dificultades de orden profesional. ¿Se debe a ellas su determinación desesperada?

»Tenía treinta y siete años. Era hijo del doctor Henri Meinthe, que fue unos de los héroes y mártires de la Resistencia y cuyo nombre lleva una de las calles de nuestra ciudad.»

Seguí andando al azar y mis pasos me llevaron hasta la plaza de Le Carrousel, que crucé. Me metí en uno de los dos jardincillos que cerca el palacio del Louvre, antes de llegar a la Cour Carrée. Hacía un sol de invierno suave y unos niños jugaban en el césped en cuesta, al pie de la estatua del general La Fayette. La muerte de Meinthe iba a dejar para siempre ciertas cosas sin aclarar. Por ejemplo, yo no sabría nunca quién era Henri Kustiker. Repetí ese apellido en voz alta. Kus-ti-ker, Kus-ti-ker, un apellido que ya no tenía sentido para nadie, sólo para mí. Y para Yvonne. Pero ¿qué había sido de ella? Lo que nos hace caer más en la cuenta de que ha desaparecido una persona son las contraseñas que existían entre ella y nosotros, que, de pronto, se vuelven inútiles y vacías.

Kustiker… En aquella época hice miles y miles de conjeturas, cada una de ellas más inverosímil que la anterior; pero intuía que la verdad también tenía que ser rara. E inquietante. Meinthe nos invitaba a veces a tomar el té en la villa. Una tarde, a eso de las cinco, estábamos en el salón. Oyendo la melodía favorita de René: *The Café Mozart Waltz*, cuyo disco ponía una y otra vez. Llamaron a la puerta. Intentó contener un tic nervioso. Vi –e Yvonne también– a dos hombres en el rellano; sostenían a un tercer hombre que tenía la cara cubierta de sangre. Cruzaron deprisa el vestíbulo y se fueron hacia el cuarto de Meinthe. Oí que uno de ellos decía:

–Ponle una inyección de alcanfor. Si no esta guarra se nos va a morir en las manos…

Sí. Yvonne oyó lo mismo. René vino y nos pidió que nos fuéramos en el acto. Dijo con tono seco: «Ya os explicaré…»

No nos lo explicó, pero me había bastado con ver a medias a los dos hombres para darme cuenta de que eran «policías» o individuos relacionados de una forma u otra con la policía. Algunas coincidencias, algunos de los recados de Kustiker me confirmaron en esa opinión. Era la época de la guerra de Argelia, y Ginebra, adonde iba Meinthe a sus citas, hacía las veces de placa giratoria. Agentes de todo tipo. Policías paralelas. Redes clandestinas. Nunca entendí nada. ¿Qué papel desempeñaba René en todo aquello? En varias ocasiones, intuí que le hubiera gustado tomarme por confidente, pero seguramente le parecía demasiado joven. O, sencillamente, cuando estaba a punto de llegar a las confidencias, lo invadía un cansancio inmenso y prefería guardarse el secreto.

Una noche, sin embargo, en que yo no paraba de preguntarle, como en broma, quién era el tal «Henri Kustiker» e Yvonne lo estaba haciendo rabiar repitiéndole la frase ritual: «¿Oiga? Henri Kustiker al aparato…», lo vimos más tenso que de costumbre. Comentó con voz sorda: «Si supierais todo lo que me

obligan a hacer esos cabrones…» Y añadió con voz tajante: «Como si a mí me importasen algo sus rollos de Argelia…» Un minuto después había recobrado la despreocupación y el buen humor y nos estaba proponiendo que fuéramos al Sainte-Rose.

Doce años después, caía yo en la cuenta de que no sabía gran cosa de René Meinthe y me reprochaba aquella falta de curiosidad mía de la época en que lo veía casi a diario. Con el paso del tiempo la persona de Meinthe –y también la de Yvonne– se enturbiaron y me daba la impresión de que no los veía ya sino a través de un cristal esmerilado.

Allí, en aquel banco de una glorieta, con el diario que anunciaba la muerte de René junto a mí, volví a ver breves secuencias de aquella temporada, pero tan desenfocadas como de costumbre. Un sábado por la noche, por ejemplo, en que estábamos cenando, Meinthe, Yvonne y yo, en una taberna pequeña a orillas del lago. A eso de las doce, un grupo de gamberros rodeó nuestra mesa y empezó a meterse con nosotros. Meinthe, con total sangre fría, cogió la botella, la rompió contra el borde de la mesa y blandió el gollete erizado de aristas.

–Al primero que se acerque le rajo la cara…

Dijo la frase con un tono de alegría malvada que me asustó. A los demás también. Retrocedieron. Durante el camino de vuelta, René cuchicheó:

–Cuando pienso que le han tenido miedo a la reina Astrid…

Sentía una admiración particular por aquella reina y llevaba siempre consigo una foto suya. Había acabado por convencerse de que, en una vida anterior, había sido la joven, hermosa y desdichada reina Astrid. Junto con la foto de Astrid llevaba esa en la que estábamos los tres, la noche de la Copa. Tengo otra, tomada en la avenida de Albigny, en donde Yvonne va cogida de mi brazo. Al lado está el perro, muy circunspecto. Parece una foto de esponsales. Y, además, he conservado otra, mucho más antigua, que me dio Yvonne. Es de tiempos del barón. Se los ve a Meinthe y a ella, una tarde soleada, sentados en la terraza del Bar Basque de Saint-Jean-de-Luz.

Ésas son las únicas imágenes nítidas. Lo demás está en un nimbo de bruma. Vestíbulo y habitación de L’Hermitage
. Jardines del Windsor y del Hotel Alhambra. Villa Triste. El Sainte-Rose. Sporting. Casino. Houligant. Y las sombras de Kustiker (pero ¿quién era Kustiker?), de Yvonne Jacquet y de un tal conde Chmara.

Capítulo XIII

Fue más o menos por entonces cuando nos dejó Marilyn Monroe. Yo había leído mucho acerca de ella en las revistas y se la ponía a Yvonne de ejemplo. También ella, si quería, podría hacer una carrera estupenda en el cine. Francamente, tenía tanto encanto como Marilyn. Le bastaría con tener tanta perseverancia como ella.

Yvonne me escuchaba sin decir nada, echada en la cama. Le hablaba de los principios difíciles de Marilyn Monroe, de las primeras fotos en los calendarios, de los primeros papelitos, de los peldaños que había ido subiendo uno a uno. Ella, Yvonne Jacquet, no debía quedarse a medio camino. «Modelo itinerante.» Luego, un primer papel en *Liebesbriefe auf dem Berg* de Rolf Madeya. Y acababa de ganar la Copa Houligant. Todas las etapas tenían su importancia. Había que pensar en la siguiente. Subir algo más arriba. Algo más arriba.

Nunca me interrumpía cuando le comentaba mis ideas acerca de su «carrera». ¿Me escuchaba en realidad? Al principio, seguramente la dejó sorprendida tanto interés por mi parte y la halagó que le hablase con tal vehemencia de su espléndido porvenir. Quizá, a ratos, le infundí mi entusiasmo y se puso a soñar también. Pero supongo que no le duraba. Era mayor que yo. Cuanto más lo pienso, más me digo que Yvonne estaba viviendo ese momento de la juventud en que todo va a dar un vuelco a no mucho tardar, en el que va a ser un tanto tarde para todo. El barco está aún atracado, basta con cruzar la pasarela, quedan unos minutos… Y se adueña de nosotros un placentero anquilosamiento.

A veces se reía de mis peroratas. Llegué incluso a verla encogerse de hombros cuando le dije que a los directores, seguramente, les llamaría la atención su aparición en *Liebesbriefe auf dem Berg*. No, no creía en ello. No ardía en ella el fuego sagrado. Pero tampoco en Marilyn Monroe al principio. El fuego sagrado es algo que tiene que llegar.

Me pregunto a menudo dónde habrá ido a dar. Ya no es seguramente la misma; y a mí no me queda más remedio que mirar las fotos para que no se me olvide la cara que tenía entonces. Llevo años intentado en vano ver *Liebesbriefe auf dem Berg*. Las personas a quienes les he preguntado me han dicho que esa película no existía. Ni siquiera el nombre de Rolf Madeya les decía gran cosa. Lo siento. En el cine, habría vuelto a encontrarme con su voz, con sus gestos y con su mirada, tal y como los conocí. Y como los amé.

Esté donde esté –muy lejos, supongo–, ¿se acordará vagamente de los proyectos y de los sueños que elaboraba yo en la habitación de
L'Hermitage
mientras le preparábamos la comida al perro? ¿Se acordará de América?

Porque, aunque nos pasábamos los días y las noches en deliciosa postración, eso no me impedía pensar en nuestro porvenir, que veía con colores cada vez más concretos.

Pues efectivamente había pensado muy en serio en la boda de Marilyn Monroe y Arthur Miller, la boda de una americana auténtica, salida de la América más profunda, con un judío. Yvonne y yo íbamos a tener un destino casi igual. Ella, una francesita de provincias que dentro de pocos años sería una estrella de cine. Y yo, que acabaría por convertirme en un escritor judío con unas gafas de concha de cristales muy gruesos.

Pero, de pronto, Francia me parecía un territorio demasiado angosto en donde no podía dar de mí del todo. ¿A qué podía aspirar en aquel país tan pequeño? ¿A una tienda de antigüedades? ¿A una plaza de corredor de libros? ¿A una carrera de hombre de letras charlatán y friolero? Ninguna de esas profesiones me entusiasmaba. Teníamos que irnos, Yvonne y yo.

No iba a dejarme nada atrás, ya que no tenía ataduras en ninguna parte; e Yvonne había roto las suyas. Tendríamos una vida nueva.

¿Me inspiraba el ejemplo de Marilyn Monroe y Arthur Miller? Enseguida pensé en América. Allí Yvonne se dedicaría al cine. Y yo, a la literatura. Nos casaríamos en la sinagoga mayor de Brooklyn. Nos toparíamos con múltiples dificultades. A lo mejor nos quebrantaban de forma definitiva, pero, si las superábamos,

entonces el sueño cuajaría, Arthur y Marilyn, Yvonne y Victor.

Tenía previsto para mucho más adelante un regreso a Europa. Nos retiraríamos a una comarca montañosa, Tesino o Engadina. Viviríamos en un chalet enorme en medio de un parque. En una estantería, los Oscars de Yvonne y mis títulos de doctor *honoris causa* de las universidades de Yale y de México. Tendríamos diez dogos alemanes cuya misión sería descuartizar a las eventuales visitas y nunca veríamos a nadie. Nos pasaríamos días enteros sin hacer nada en el dormitorio, igual que en los tiempos de
L'Hermitage
y Villa Triste.

Para esa segunda parte de nuestra vida me inspiraba en Paulette Goddard y Erich Maria Remarque.

O nos quedábamos en América. Encontrábamos una casa grande en el campo. Me había impresionado el título de un libro que andaba rodando por el salón de Meinthe: *Las verdes praderas de Wyoming*. No lo leí nunca, pero me basta con repetir: *Las verdes praderas de Wyoming* para notar una punzada en el corazón. En definitiva, era en esa comarca que no existe, entre esa hierba alta y de un verde transparente, donde me habría gustado vivir con Yvonne.

En ese proyecto de irnos a América estuve pensando varios días antes de hablar de él con Yvonne. Existía el riesgo de que no me tomase en serio. Tenía que solucionar primero los detalles materiales. No improvisar nada. Reuniría el dinero del viaje. De los ochocientos mil francos que le había estafado al bibliófilo de Ginebra, me quedaban más o menos la mitad, pero contaba con otro recurso: una mariposa rarísima que llevaba desde hacía unos meses en el equipaje, pinchada en una cajita con tapa de cristal. Un experto me había asegurado que el bicho valía «por lo bajo» cuatrocientos mil francos. Así que valía el doble y podía sacarle el triple si se lo vendía a un coleccionista. Sacaría personalmente los pasajes en la Compañía General Transatlántica y nos alojaríamos en el Hotel Algonquin de Nueva York.

Contaba, luego, con mi prima Bella Darvi, que había hecho carrera allí, para que nos introdujera en el mundo del cine. Y listo. Ése era, por encima, mi plan.

Conté hasta tres y me senté en un peldaño de la escalera principal. A través de la barandilla veía el mostrador de recepción, abajo, y al conserje que estaba hablando con un individuo calvo que llevaba esmoquin. Ella se dio la vuelta, sorprendida. Llevaba el vestido de muselina verde y un echarpe del mismo color.

–¿Y si nos fuéramos a América?

Dije la frase a gritos por temor a que se me quedase en el fondo de la garganta o a que se convirtiese en gorgoteo. Respiré hondo y repetí igual de alto:

–¿Si nos fuéramos a América?

Vino a sentarse en el peldaño, a mi lado, y me apretó el brazo.

–¿Estás bien? –me preguntó.

–Claro que estoy bien. Es muy sencillo… Es muy sencillo, muy sencillo… Nos vamos a marchar a América…

Se miró los zapatos de tacón, me dio un beso en la mejilla y me dijo que ya se lo explicaría luego. Eran las nueve pasadas y Meinthe nos estaba esperando en La Resserre de Veyrier-du-Lac.

El lugar recordaba los merenderos de las orillas del Marne. Las mesas estaban en un pontón grande en torno al cual habían puesto emparrados, jardineras con plantas y arbustos. Se cenaba a la luz de las velas. René había escogido una de las mesas que estaban más cerca del agua.

Llevaba el traje de shantung beige y nos hizo una señal con el brazo. Estaba con un joven y nos lo presentó, pero se me ha olvidado cómo se llamaba. Nos sentamos enfrente de ellos.

–Qué sitio más agradable –dije para entablar conversación.

–Según se mire –me dijo René–. El hotel es más o menos una casa de citas…

–¿Desde cuándo? –preguntó Yvonne.

–De toda la vida, cariño.

Yvonne volvió a mirarme y se echó a reír. Y, luego, dijo:

–¿Sabes qué me propone Victor? Quiere llevarme a América.

–¿A América?

Estaba claro que no entendía nada.

–¡Qué idea tan curiosa!

–Sí –dije–. A América.

Me sonrió con expresión escéptica. Se lo tomaba como palabras dichas al buen tuntún. Se volvió hacia su amigo.

–¿Qué, estás mejor?

El otro respondió con una inclinación de cabeza.

–Ahora tienes que comer algo.

Le hablaba como a un niño, pero aquel chico debía de ser algo mayor que yo. Tenía el pelo rubio, muy corto, una cara de rasgos angelicales y unas espaldas de luchador.

René nos contó que su amigo se había presentado por la tarde al título de «Atleta mejor plantado de Francia». Las pruebas habían sido en el Casino. Y sólo había conseguido el tercer puesto en «juniors». El muchacho se pasó una mano por el pelo y dijo, dirigiéndose a mí:

–Que no he tenido suerte, vamos…

Lo estaba oyendo hablar por primera vez y, por primera vez, me fijé en sus ojos azul lavanda. Aún hoy recuerdo el desvalimiento infantil de aquella mirada. Meinthe le llenó el plato de *crudités*. El chico seguía hablándome a mí, y a Yvonne también. Se sentía a gusto con nosotros.

–Esos cabrones del jurado… tendrían que haberme dado la nota máxima en posturas plásticas libres…

–Calla y come –dijo Meinthe con tono afectuoso.

Desde nuestra mesa se veían las luces de la ciudad, al fondo, y, volviendo un poco la cabeza, llamaba la atención otra luz, de lo más resplandeciente, enfrente mismo, en la otra orilla: el Sainte-Rose. Aquella noche barrían la fachada del Casino y la del Sporting unos focos cuyos haces de luz llegaban hasta las orillas del lago. El agua se teñía de rojo o de verde. Oía una voz, que un altavoz amplificaba de forma desmesurada, pero estábamos demasiado lejos para entender lo que decía. Se trataba de un espectáculo de Luz y Sonido. Había leído en la prensa local que, con tal motivo, un actor de la Comédie-Française, me parece que Marchat, iba a recitar *El lago* de Alphonse de Lamartine. Seguramente esos ecos que nos llegaban eran los de su voz.

–Deberíamos habernos quedado y haber visto el espectáculo –dijo Meinthe–. Me encantan los números de Luz y Sonido. ¿Y a ti?

Se lo preguntaba a su amigo.

–No sé –contestó éste. Tenía la mirada aún más desesperada que en el instante anterior.

–Podríamos pasarnos luego –propuso Yvonne, sonriente.

–No –dijo Meinthe–. Esta noche tengo que ir a Ginebra.

¿Qué iba a hacer allí? ¿Con quién se encontraría en el Bellevue o en el Pavillon Arosa, esos sitios que me decía Kustiker por teléfono? Un día, no volvería vivo. Ginebra, ciudad en apariencia aséptica, pero crapulosa. Ciudad incierta. Ciudad de paso.

–Me voy a quedar tres o cuatro días –dijo Meinthe–. Os llamaré cuando vuelva.

–Pero si Victor y yo ya nos habremos ido a América para entonces –afirmó Yvonne.

Y se rió. Yo no entendía por qué se tomaba mi proyecto a la ligera. Notaba que me iba invadiendo una rabia sorda.

–Yo ya estoy harto de Francia –dije con tono tajante.

–Yo también –dijo el amigo de Meinthe, con una brusquedad que contrastaba con la timidez y la tristeza que había manifestado hasta entones.

Y aquel comentario relajó el ambiente.

Meinthe había pedido unas copitas y éramos los únicos clientes que quedaban en el pontón. Los altavoces, a lo lejos, emitían una música de la que no nos llegaban sino retazos.

–Eso –dijo Meinthe– es la banda municipal. Interviene en todos los espectáculos de Luz y Sonido. –Se volvió hacia nosotros–: ¿Qué vais a hacer esta noche?

–Preparar el equipaje para irnos a América –dije, muy seco.

Yvonne volvió a mirarme con cara de preocupación.

–Qué manía le ha entrado con América –dijo Meinthe–. ¿Así que me vais a dejar solo aquí?

–No, hombre, no –dije.

Brindamos los cuatro, por las buenas, sin motivo alguno, porque Meinthe nos lo propuso. Su amigo esbozó una débil sonrisa y le pasó por los ojos azules un fugitivo relámpago risueño. Yvonne me cogió la

mano. Los camareros ya estaban empezando a recoger las mesas.

Éstos son los recuerdos que me quedan de aquella cena última.

Me escuchaba con el ceño fruncido y muy aplicada. Se había tumbado en la cama, con la bata vieja de seda con lunares rojos. Le expliqué mis planes: la Compañía General Transatlántica, el Hotel Algonquin y mi prima Bella Darvi… América, hacia la que estaríamos navegando dentro de pocos días, aquella Tierra Prometida que me parecía, según iba hablando, cada vez más cerca, casi al alcance de la mano. ¿Acaso no divisábamos ya sus luces, allá, al otro lado del lago?

Me interrumpió dos o tres veces para preguntarme cosas: «¿Qué vamos a hacer en América? – ¿Cómo vamos a conseguir los visados? – ¿De qué vamos a vivir?» Y yo estaba tan metido en el asunto que apenas si me daba cuenta de que la voz se le iba poniendo cada vez más pastosa. Tenía los ojos entornados, e incluso cerrados, y de pronto los abría como platos y me miraba con expresión de espanto. No, no podíamos quedarnos en Francia, en aquel país pequeño y asfixiante, entre esos «catadores de vino» congestionados, esos corredores ciclistas y esos gastrónomos chochos que saben diferenciar varias categorías de peras. Me ahogaba la rabia. No podíamos quedarnos ni un minuto más en aquel país donde había cacerías a caballo. Se acabó. Nunca más. Las maletas. Pronto.

Se había quedado dormida. La cabeza le había resbalado por los barrotes de la cama. Aparentaba cinco años menos, con aquellas mejillas levemente infladas, con aquella sonrisa casi imperceptible. Se había quedado dormida como cuando le leía la *Historia de Inglaterra*, pero esta vez había tardado menos en dormirse de lo que tardaba escuchando a Maurois.

Yo la miraba, sentado en el filo de la ventana. En algún sitio disparaban fuegos artificiales.

Me puse a hacer el equipaje. Había apagado todas las luces de la habitación para no despertarla, menos la lamparilla de la mesilla de noche. Iba, por turno, a buscar a los armarios sus cosas y las mías.

Puse en fila nuestras maletas abiertas en el suelo del «salón». Yvonne tenía seis, de diferentes tamaños. Con las mías, sumaban once, sin contar el baúl-armario. Recogí mis periódicos viejos y mi ropa, pero las cosas de ella resultaba más complicado ordenarlas y me encontraba con otro vestido, o con un frasco de perfume, o con un montón de echarpes, cuando creía que ya había acabado del todo. El perro, sentado en el sofá, me miraba ir y venir con ojos atentos.

No me quedaban ya fuerzas para cerrar aquellas maletas y me desplomé en una silla. El perro había apoyado la barbilla en el borde del sofá y me miraba de reojo. Estuvimos mucho rato los dos clavándonos la vista.

Se iba haciendo de día y se me vino un leve recuerdo. ¿Cuándo había vivido antes un momento semejante? Volvía a ver los muebles del distrito dieciséis, o del diecisiete –calle de Colonel-Moll, glorieta Villaret-de-Joyeuse, avenida del Général-Balfourier–, en cuyas paredes había el mismo papel pintado que en las habitaciones de
L’Hermitage
, en donde las sillas y las camas le infundían al corazón el mismo desconsuelo. Sitios deslucidos y de paradas precarias, que hay que desalojar siempre antes de que lleguen los alemanes y donde no queda traza alguna de nosotros.

Fue ella quien me despertó. Miraba con la boca abierta las maletas a punto de reventar.

–¿Por qué has hecho esto?

Se sentó encima de la más grande, de cuero granate. Parecía agotada, como si se hubiera pasado la noche ayudándome a hacer el equipaje. Llevaba el albornoz de playa que se le ahuecaba y dejaba ver los pechos.

Entonces volví a hablarle en voz baja de América. Caí en la cuenta de que estaba recalcando las sílabas y las frases se convertían en una melopea.

Tras agotar todos los argumentos, le comuniqué que el mismísimo Maurois, aquel escritor al que admiraba, se había ido en 1940 a América. Maurois.

Maurois.

Asintió con la cabeza y me sonrió con cariño. Estaba de acuerdo. Nos iríamos lo antes posible. No quería disgustarme. Pero tenía que descansar. Me pasó la mano por la frente.

Yo tenía antes que pensar en tantos detallitos. Por ejemplo, en el visado del perro.

Me escuchaba sonriente, sin inmutarse. Estuve horas y más horas hablando; y siempre volvían a salir las mismas palabras: Algonquin, Compañía General Transatlántica, Zukor, Goldwyn, Warner Bros, Bella Darvi… Qué paciencia tenía Yvonne.

–Deberías dormir un rato –me repetía de vez en cuando.

La estaba esperando. ¿Qué andaría haciendo? Me había prometido que estaría en la estación media hora antes de que llegase el expreso de París. Así no nos arriesgábamos a perderlo. Pero acababa de salir. Y allí estaba yo, de pie, mirando cómo desfilaban cadenciosamente los vagones. Detrás de mí, alrededor de uno de los bancos, estaban colocados en semicírculo mis maletas y mi baúl-armario; el baúl, de pie. Una luz escueta trazaba sombras en el andén. Y yo notaba esa impresión de vacío y de atontamiento que llega después de pasar un tren.

En el fondo, me lo esperaba. Habría sido increíble que las cosas sucedieran de otra forma. Volví a mirar mi equipaje. Tres o cuatrocientos kilos con los que iba siempre cargado. ¿Por qué? Al ocurrírseme esa idea, me entró una risa ácida.

El tren siguiente llegaría a las doce y seis minutos de la noche. Tenía más de una hora por delante y me fui de la estación, dejando las maletas en el andén. Lo que había dentro no le interesaba a nadie. Y, además, pesaban demasiado para andar moviéndolas.

Me metí en el café que hace esquina, junto al Hotel de Verdun. ¿Se llamaba Café des Cadrans o Café de L'Avenir
? En las mesas del fondo estaban jugando al ajedrez. Una puerta de madera oscura daba a la sala de billar. Alumbraban el café unos tubos de neón de luz rosa indecisa. Oía el choque de las bolas de billar a intervalos muy largos y el chisporroteo continuo del neón. Nada más. Ni una palabra. Ni un suspiro. En voz baja fue como pedí una tila-poleo.

De repente me pareció que América estaba muy lejos. Albert, el padre de Yvonne, ¿venía aquí a jugar al billar? Me habría gustado saberlo. Me estaba quedando embotado y volvía a encontrar en aquel café el sosiego que había hallado en la pensión Les Tilleuls de la señora Buffaz. Por un fenómeno de alternancia o de ciclotimia tras un sueño venía otro, a ocupar su lugar; no me veía ya con Yvonne en América, sino en una ciudad pequeña de provincias que tenía un curioso parecido con Bayona. Sí, vivíamos en la calle de Thiers y en los atardeceres de verano íbamos a pasear por los soportales del teatro o por el paseo de Boufflers. Yvonne iba de mi brazo y oíamos el golpeteo de las pelotas de tenis. Los domingos por la tarde dábamos la vuelta a las fortificaciones y nos sentábamos en un banco del parque, cerca de busto de Léon Bonnat. Bayona, ciudad de descanso y de suavidad tras tantos años de incertidumbre. A lo mejor no era demasiado tarde. Bayona…

La busqué por todas partes. Intenté dar con ella en el Saint-Rose, entre las muchas personas que estaban cenando y todos los que bailaban. Era una velada que figuraba en el programa de festividades de la temporada: la «Velada refulgente», creo. Sí, refulgente. En breves chaparrones, el confeti inundaba las cabelleras y los hombros.

En la misma mesa que ocupaban la noche de la Copa reconocí a Fossorié, a los Roland-Michel, a la mujer morena, al director del club de golf y a las dos rubias tostadas. O sea, que no se habían movido del sitio desde hacía un mes. Lo único que había cambiado era el peinado de Fossorié: una primera ola untada de brillantina le formaba algo así como una diadema alrededor de la frente. Detrás, un hueco. Y otra ola anchísima le pasaba muy por encima de la cabeza y le rompía en cascadas en la nuca. No, no lo he soñado. Se levantan y van hacia la pista de baile. La orquesta toca un pasodoble. Me mezclan con las demás parejas que bailan bajo los chaparrones de confeti. Y toda esa gente gira y da vueltas, remolina y se dispersa en mi recuerdo. Motas de polvo.

Una mano en el hombro. El gerente del local, el tal Pulli.

–¿Busca a alguien, señor Chmara?

Me habla en un susurro, al oído.

–A la señorita Jacquet… Yvonne Jacquet…

He dicho el nombre sin grandes esperanzas. No debe de saber a quién corresponde. Tantas caras… Los clientes van sucediéndose, noche tras noche. Si le enseñase una foto, seguramente la reconocería. Hay que llevar siempre encima las fotos de las personas a quienes queremos.

–¿La señorita Jacquet? Acaba de irse en compañía del señor Hendrickx…

–¿Usted cree?

Debí de poner una cara muy rara, inflar las mejillas como un niño que se va a echar a llorar, porque me cogió del brazo.

–Pues sí. En compañía del señor Hendrickx.

No decía: «con», sino «en compañía de»; y reconocí en ello un refinamiento en la forma de hablar corriente entre la buena sociedad de El Cairo y de Alejandría cuando el francés era allí de rigor.

–¿Quiere que tomemos algo?

–No, tengo que coger un tren a las doce y seis minutos.

–Pues lo acompaño a la estación, Chmara.

Tira de mí por la manga. Se toma confianzas pero también se muestra deferente. Cruzamos entre la aglomeración de los que bailan. Siguen con el pasodoble. El confeti cae ahora en lluvia continua y me ciega. Se ríen, hay mucho bullicio a mi alrededor. Tropiezo con Fossorié. Una de las rubias tostadas, la que se llama Meg Devillers, se me echa en los brazos:

–Huy, usted…, usted…, usted…

No quiere soltarme. La llevo a rastras dos o tres metros. Pese a todo, consigo liberarme. Pulli y yo volvemos a encontrarnos al filo de la escalera. Tenemos el pelo y las chaquetas cuajados de confeti.

–Es la Noche refulgente, Chmara.

Se encoge de hombros.

Tiene el coche aparcado delante del Sainte-Rose, a un lado de la carretera del lago. Un Simca Chambord cuya puerta me abre ceremoniosamente.

–Suba a la cafetera esta.

Tarda en arrancar.

–Tenía un descapotable grande en El Cairo.

Y de buenas a primeras:

–¿Y sus maletas, Chmara?

–Están en la estación.

Llevábamos varios minutos de trayecto cuando me preguntó:

–¿Cuál es su destino?

No contesté. Redujo la velocidad. No pasábamos de treinta por hora. Se volvió hacia mí:

–… Los viajes…

Callaba. Yo también.

–No queda más remedio que establecerse en alguna parte –dijo por fin–. Por desgracia…

Íbamos bordeando el lago. Miré por última vez las luces, las de Veyrier enfrente del todo, el bulto oscuro de Carabacel en el horizonte, delante de nosotros. Guiñé los ojos para seguir con la vista el funicular. Pero no. Estábamos demasiado lejos.

–¿Volverá por aquí, Chmara?

–No lo sé.

–Qué suerte tiene de poder irse. Ay, estas montañas…

Me señalaba, a lo lejos, el puerto de la cadena del Aravis, que se veía a la luz de la luna.

–Siempre parece que se le van a caer a uno encima. Me ahogo, Chmara.

Aquella confidencia le salía directamente del corazón. Me conmovió, pero no tenía fuerzas para consolarlo. A fin de cuentas, tenía más años que yo.

Estábamos entrando en la ciudad por la avenida del Maréchal-Leclerc. Allí cerca estaba la casa natal de Yvonne. Pulli conducía arriesgadamente, por la izquierda, como los ingleses, pero afortunadamente no venía nadie en sentido opuesto.

–Vamos con tiempo de sobra, Chmara.

Detuvo el Chambord en la plaza de La Gare, delante del Hotel de Verdun.

Cruzamos el vestíbulo desierto. Pulli no tuvo ni que comprar un billete de andén. El equipaje seguía en el mismo sitio.

Nos sentamos en el banco. Sólo estábamos nosotros. En el silencio, en la tibieza del aire, en la iluminación había un algo tropical.

–Qué curioso –comentó Pulli–. Nota uno como si estuviera en la estacioncita de Ramleh…

Me ofreció un cigarrillo. Fumamos muy circunspectos, sin decir nada. Creo incluso que, por desafío, hice unos cuantos redondeles de humo.

–¿De verdad que la señorita Yvonne Jacquet se fue con el señor Daniel Hendrickx? –le pregunté con voz

reposada.

–Pues claro. ¿Por qué?

Se alisó los bigotes negros. Sospeché que quería decirme algo bien expresado y decisivo, pero no le salió nada. Arrugaba la frente. Seguramente iban a correrle por las sienes unas gotas de sudor. Miró el reloj. Las doce y dos minutos. Entonces, con esfuerzo:

–Podría ser su padre, Chmara… Fíjese en lo que le digo… Tiene la vida por delante… Hay que ser valiente…

Giraba la cabeza a derecha e izquierda a ver si venía el tren.

–A mí, a su edad… Hago por no mirar hacia el pasado… Intento olvidar Egipto…

El tren estaba entrando en la estación. Pulli lo seguía con la vista, hipnotizado.

Quiso ayudarme a subir las maletas. Me las iba pasando una tras otra y yo las colocaba en el pasillo del vagón. Una. Luego, dos. Luego, tres.

El baúl-armario nos dio mucho trabajo. Debió de hacerse un desgarro muscular al alzarlo en vilo y empujarlo hacia mí, pero lo hacía con algo así como un frenesí.

El empleado cerró de golpe las portezuelas. Bajé la ventanilla y me asomé. Pulli me sonrió.

–No se olvide de Egipto y buena suerte, *old sport*…

Aquellas dos palabras inglesas en su boca me sorprendieron. Decía adiós con el brazo. El tren se ponía en marcha. Se dio cuenta de pronto de que se nos había olvidado una de mis maletas, redonda, cerca del banco. La agarró y echó a correr. Intentaba alcanzar el vagón. Por fin se detuvo, sin resuello, y me hizo un amplio ademán de impotencia. Seguía con la maleta en la mano y estaba a pie firme, muy tieso, bajo las luces del andén. Hubiérase dicho un centinela que se iba haciendo más y más pequeño. Un soldado de plomo.